IRIARTE

FABULAS COMPLETAS

Biblioteca Mundial Sopena






FABULAS COMPLETAS

TOMAS DE IRIARTE, famoso fabulista hispano, vino a la vida en Santa Cruz de Tenerife (Canarias), el 18 de septiembre de 1750. Sus primeros trabajos literarios circunscribiéronse a algunas traducciones del latín, idioma en el que llegó a ser un verdadero erudito, y a la versión en castellano de varias obras teatrales de Voltaire, Molière y otros dramaturgos franceses. Su traducción del *Arte poética* de Horacio, muy superior, en opinión de Menéndez y Pelayo, a cuantas se han hecho de esa obra, provocó vivas y apasionadas polémicas que dieron a Iriarte renombre y prestigio entre los literatos españoles. Pero esta fama no trasciende al extranjero, hasta que en 1779 publica su poema intitulado *La Música*, de tan rotundo éxito que en un solo año alcanzó tres ediciones y fué en seguida traducido al francés, inglés, alemán e italiano. Sin embargo, este poema puede considerarse como una producción mediocre con la que, pese a su momentáneo triunfo, jamás hubiese logrado su autor pasar a la posteridad. La obra cumbre de Iriarte es, sin duda alguna, la titulada *Fábulas literarias en verso castellano* (1782), que desde el mismo momento de su aparición despierta enorme entusiasmo y le conquista definitivamente la fama. Pero en esta ocasión el triunfo era bien merecido, pues las fábulas de Iriarte son originalísimas y de un gran valor didáctico. Además, están escritas en un depurado estilo. Con verdadero ingenio se satirizan en ellas las flaquezas y los vicios humanos; y en cuanto a la moraleja que sirve de broche a este género literario, es siempre contundente, concisa y rápida. Iriarte falleció en Madrid el 17 de septiembre de 1791, cuando aun podía haber dado su ingenio nuevos y sazonados frutos a las letras hispanas.

BIBLIOTECA MUNDIAL SOPENA
EDITADA EN LA ARGENTINA

TOMAS DE IRIARTE

FABULAS COMPLETAS

EDICION ILUSTRADA



TEXTO INTEGRO, DE ACUERDO
CON EL ORIGINAL

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L.
ESMERALDA 116 • BUENOS AIRES

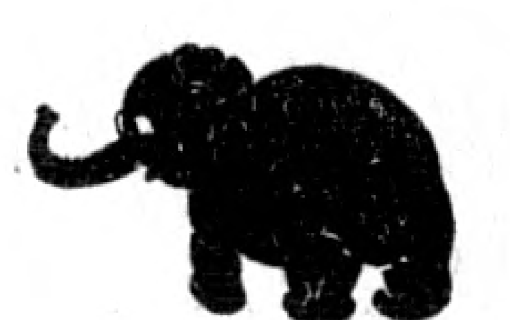
PRIMERA EDICION
ABRIL DE 1940

IMPRESO Y EDITADO EN LA ARGENTINA
PRINTED AND PUBLISHED IN ARGENTINE
IMPRIME ET PUBLIE EN ARGENTINE
STAMPATO E PUBBLICATO IN ARGENTINA
DRUCK UND AUSGABE IN ARGENTINIEN
IMPRESSO E EDITADO NA ARGENTINA

I

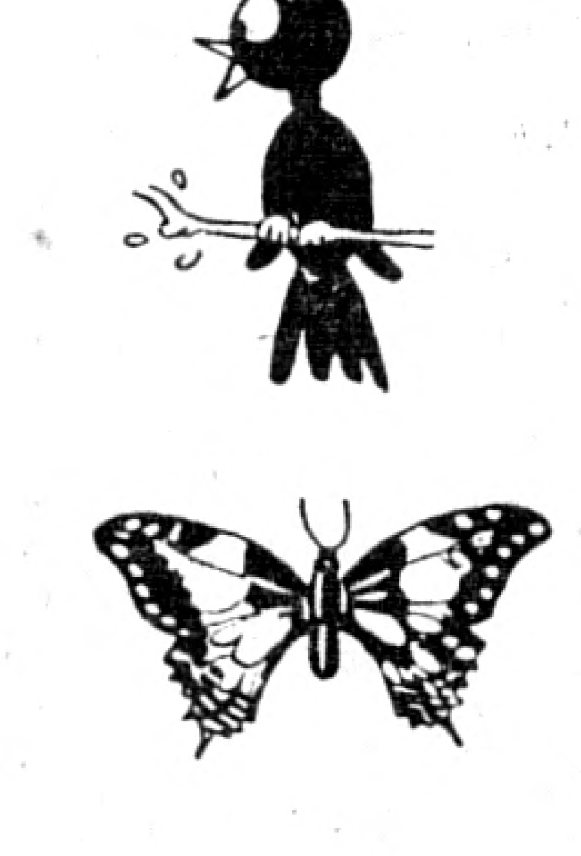
EL ELEFANTE
Y OTROS ANIMALES

Allá en tiempos de entonces,
Y en tierras muy remotas,
Cuando hablaban los brutos
Su cierta jerigonza,
Notó el sabio Elefante
Que entre ellos era moda
Incurrir en abusos
Dignos de gran reforma.



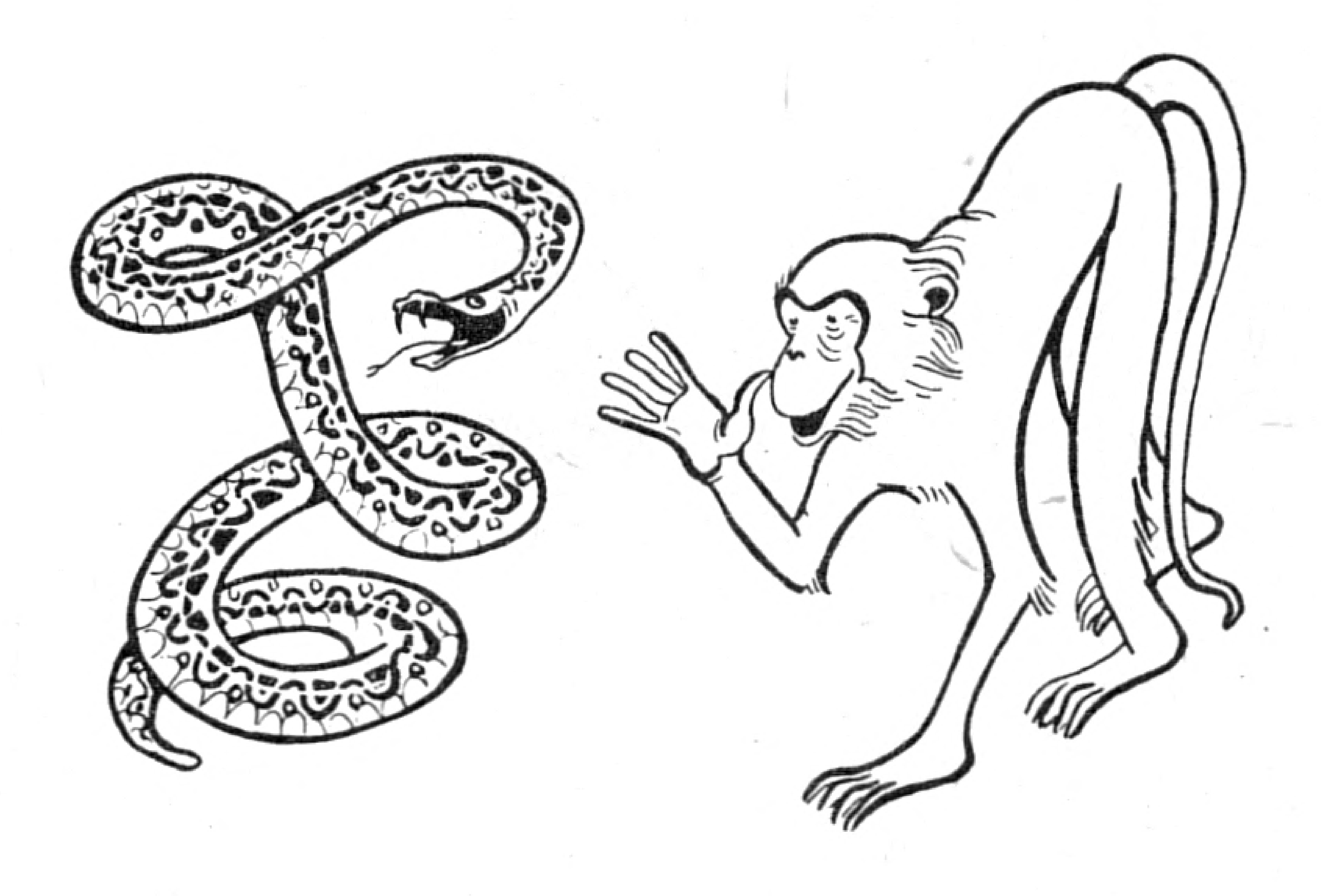
Afeárselos quiere,
Y a este fin los convoca.
Hace una reverencia
A todos con la trompa,
Y empieza a persuadirlos
En una arenga docta
Que para aquel intento
Estudió de memoria.
Abominando estuvo
Por más de un cuarto de hora
Mil ridículas faltas,
Mil costumbres viciosas;
La nociva pereza,
La afectada bambolla,
La arrogante ignorancia,
La envidia maliciosa.

Gustosos en extremo
Y abriendo tanta boca,
Sus consejos oían
Muchos de aquella tropa.
El Cordero inocente,
La siempre fiel Paloma,
El leal Perdiguero,
La Abeja artificiosa,
El Caballo obediente,
La Hormiga afanadora,
El hábil Jilguerillo,
La simple Mariposa.

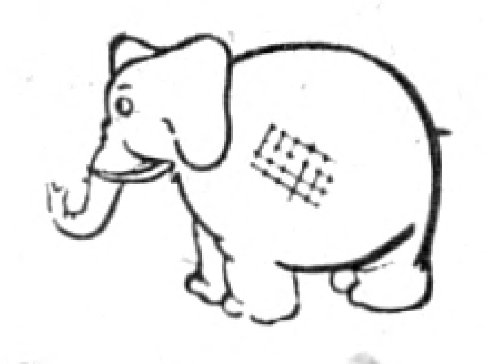


Pero, del auditorio,
Otra porción no corta,
Ofendida, no pudo
Sufrir tanta parola.

El Tigre, el rapaz Lobo,
Contra el censor se enojan.
¡Qué de injurias vomita
La Sierpe venenosa!



Murmuran por lo bajo,
Zumbando en voces roncas,
El Zángano, la Avispa,
El Tábano y la Mosca.
Sálense del concurso,
Por no escuchar sus glorias,
El Cigarrón dañino,
La Oruga y la Langosta.
La Garduña se encoge,
Disimula la Zorra,
Y el insolente Mono
Hace de todos mofa.

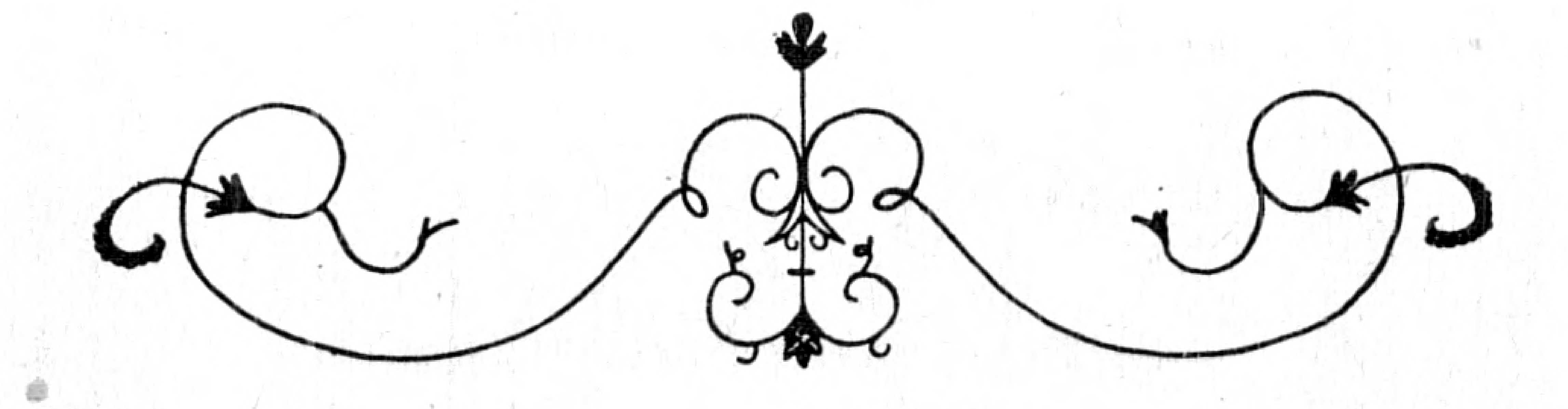


Estaba el Elefante
Viéndolo con pachorra,
Y su razonamiento
Concluyó en esta forma:

"A todos y a ninguno
Mis advertencias tocan:
Quien las siente, se culpa;
El que no, que las oiga".

Quien mis *Fábulas* lea,
Sepa también que todas
Hablan a mil naciones,
No sólo a la española.
Ni de estos tiempos hablan,
Porque defectos notan
Que hubo en el mundo siempre,
Como los hay ahora.
Y pues no vituperan
Señaladas personas,
Quien haga aplicaciones,
Con su pan se lo coma.

Ningún particular debe ofenderse de lo que se dice en común.





II

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO

Un Oso con que la vida
Ganaba un piamontés,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona,
Dijo a una Mona: —¿Qué tal? —.
Era perita la Mona,
Y respondióle: —Muy mal.



—Yo creo — replicó el Oso —
Que me haces poco favor.
¡Pues qué! ¿Mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor? —.

Estaba el Cerdo presente,
Y dijo: —¡Bravo! ¡Bien va!
Bailarín más excelente
No se ha visto ni verá —.



Echó el Oso, al oír esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademán modesto
Hubo de exclamar así:

—Cuando me desaprobaba
La Mona llegué a dudar;
Mas ya que el Cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar —.

Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, malo;
Si el necio aplaude, peor.

Nunca una obra se acredita tanto de mala como cuando la aplauden los necios.





III

LA ABEJA Y LOS ZANGANOS

A tratar de un gravísimo negocio
Se juntaron los Zánganos un día.
Cada cual varios medios discurría
Para disimular su inútil ocio;
Y por librarse de tan fea nota
A vista de los otros animales,
Aun el más perezoso y más idiota
Quería, bien o mal, hacer panales.

Mas como el trabajar les era duro,
Y el enjambre inexperto
No estaba muy seguro
De rematar la empresa con acierto,
Intentaron salir de aquel apuro
Con acudir a una colmena vieja
Y sacar el cadáver de una Abeja
Muy hábil en su tiempo y laboriosa;
Hacerle con la pompa más honrosa



Unas grandes exequias funerales,
Y susurrar elogios inmortales
De lo ingeniosa que era
En labrar dulce miel y blanca cera.

Con esto se alababan tan ufanos,
Que una Abeja les dijo por despique:
—¿No trabajáis más que eso? Pues, hermanos,
Jamás equivaldrá vuestro zumbido
A una gota de miel que yo fabrique—.

¡Cuántos pasar por sabios han querido
Con citar a los muertos que lo han sido!
¡Y qué pomposamente que los citan!
Mas pregunto yo ahora: ¿los imitan?

Fácilmente se luce con citar y elogiar a los hombres grandes de la antigüedad: el mérito está en imitarlos.




IV

LOS DOS LOROS Y LA COTORRA

De Santo Domingo trajo
Dos Loros una señora;
La isla es mitad francesa,
Y otra mitad española.
Así, cada animalito
Hablaba distinto idioma.
Pusiéronlos al balcón,
Y aquello era Babilonia:
De francés y castellano
Hicieron tal pepitoria,
Que al cabo ya no sabían
Hablar ni una lengua ni otra.
El francés del español
Tomó voces, aunque pocas;
El español al francés
Casi se las tomó todas.
Mandó el ama retirarlos,
Y el francés luego reforma

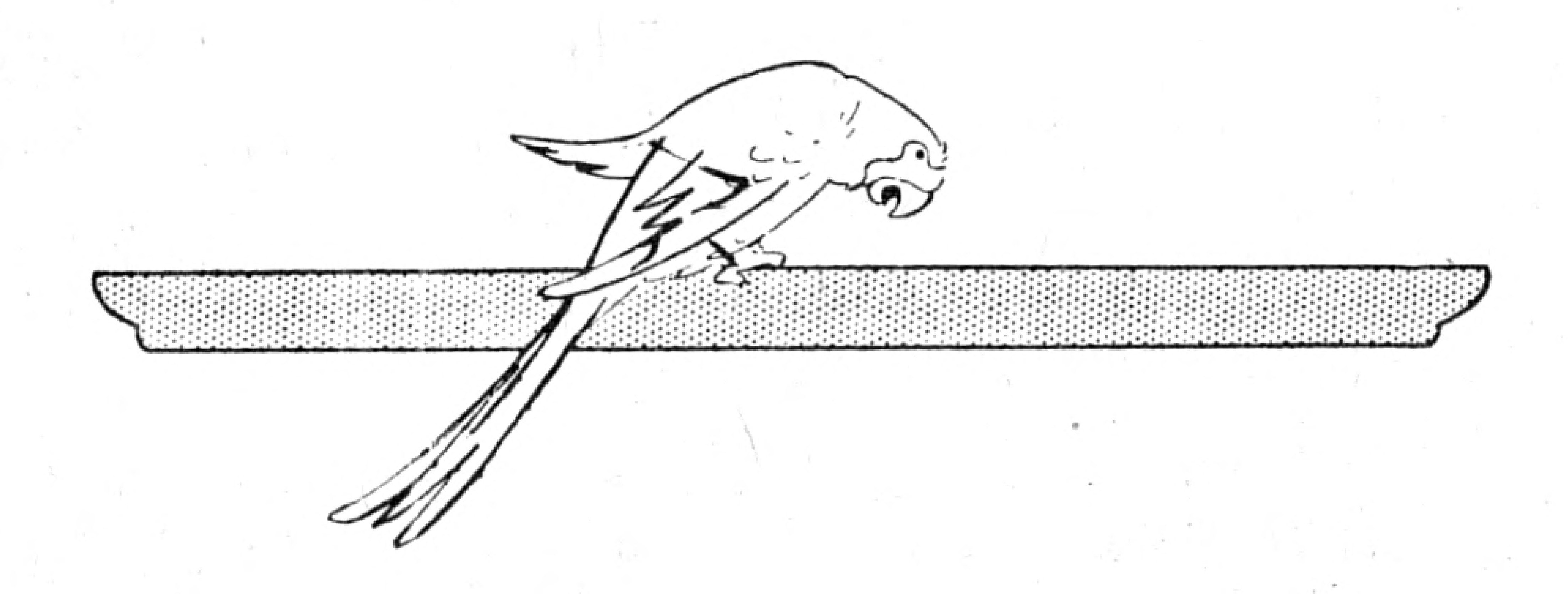


Las palabras que aprendió
De lengua que no es de moda.
El español, al contrario,
No olvida la jerigonza,
Y aun discurre que con ella
Ilustra su lengua propia.
Llegó a pedir en francés
Los garbanzos de la olla,
Y desde el balcón de enfrente
Una erudita Cotorra
La carcajada soltó,
Haciendo del Loro mofa.
El respondió solamente,
Como por tacha afrentosa:
—Vos sois una *purista* — (1).
Y ella dijo: —A mucha honra —.

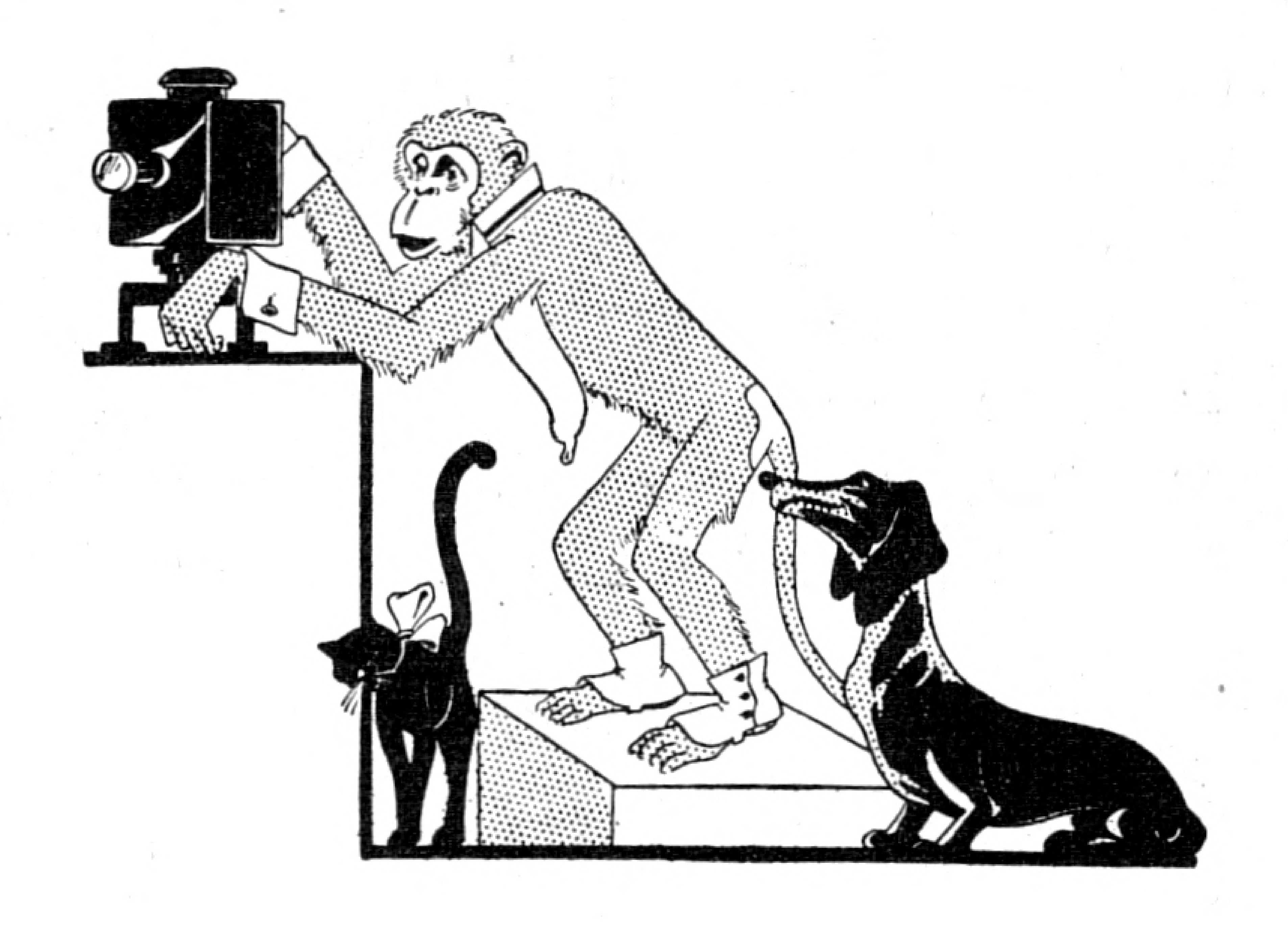


¡Vaya, que los loros son
Lo mismo que las personas!

Los que corrompen su idioma no tienen otro desquite que llamar PURISTAS *a los que lo hablan con propiedad, como si serlo fuera tacha.*



(1) Voz de que modernamente se valen los corruptores de nuestro idioma cuando pretenden ridiculizar a los que hablan con pureza.



V

EL MONO Y EL TITIRITERO

El fidedigno padre Valdecebro,
Que en discurrir historias de animales
Se calentó el cerebro,
Pintándolos con pelos y señales;
Que en estilo encumbrado y elocuente
Del unicornio cuenta maravillas,
Y el ave fénix cree a pie juntillas
(No tengo bien presente
Si es en el libro octavo o en el nono),
Refiere el caso de un famoso Mono.



Este, pues, que era diestro
En mil habilidades y servía
A un gran Titiritero, quiso un día,
Mientras estaba ausente su maestro,

Convidar diferentes animales
De aquellos más amigos
A que fuesen testigos
De todas sus monadas principales.
Empezó por hacer la mortecina;
Después bailó en la cuerda a la arlequina,
Con el salto mortal y la campana;
Luego el despeñadero,
La espatarrada, vueltas de carnero,
Y al fin, el ejercicio a la prusiana.
De éstas y de otras gracias hizo alarde;
Mas lo mejor faltaba todavía,
Pues, imitando lo que su amo hacía,
Ofrecerles pensó, porque la tarde
Completa fuese y la función amena,
De la linterna mágica una escena.

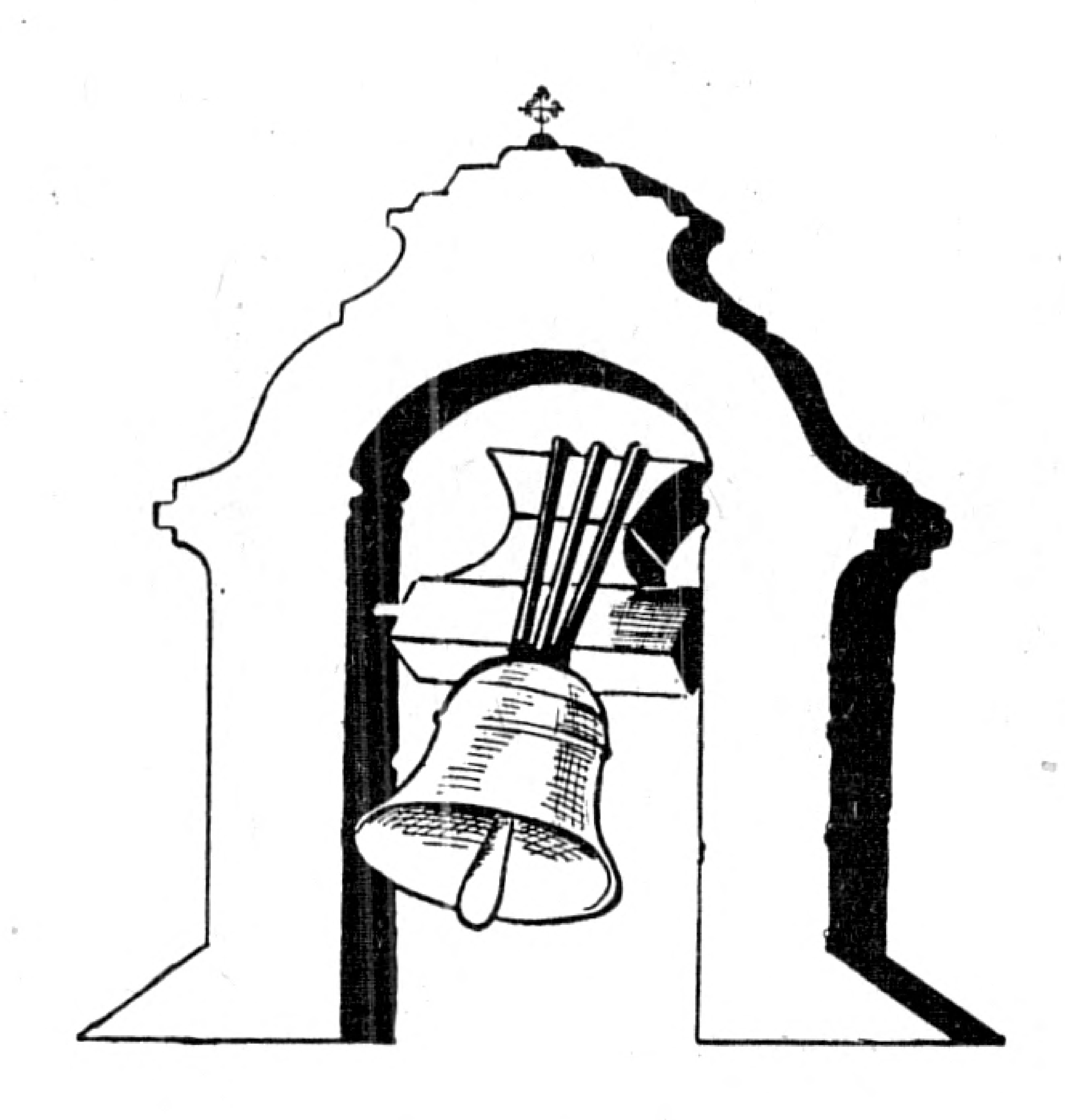
Luego que la atención del auditorio
Con un preparatorio
Exordio concilió, según es uso,
Detrás de aquella máquina se puso;
Y durante el manejo
De los vidrios pintados,
Fáciles de mover a todos lados,
Las diversas figuras
Iba explicando con locuaz despejo.
Estaba el cuarto a obscuras,
Cual se requiere en casos semejantes;
Y aunque los circunstantes
Observaban atentos,
Ninguno ver podía los portentos
Que con tanta parola y grave tono
Les anunciaba el ingenioso Mono.

Todos se confundían, sospechando
Que aquello era burlarse de la gente.
Estaba el Mono ya corrido, cuando
Entró maese Pedro de repente,
E informado del lance, entre severo
Y risueño, le dijo: —Majadero,
¿De qué sirve tu charla sempiterna,
Si tienes apagada la linterna? —.

¡Perdonadme, sutiles y altas musas!
Las que hacéis vanidad de ser confusas:
¿Os puedo yo decir con mejor modo
Que sin la claridad os falta todo?

Sin claridad no hay obra buena.





VI

LA CAMPANA Y EL ESQUILON

En cierta catedral una Campana había,
Que sólo se tocaba algún solemne día.
Con el más recio son, con pausado compás,
Cuatro golpes o tres solía dar no más.
Por esto y ser mayor de la ordinaria marca,
Celebrada fué siempre en toda la comarca.

Tenía la ciudad en su jurisdicción
Una aldea infeliz, de corta población,
Siendo su parroquial una pobre iglesita
Con chico campanario, a modo de una ermita;
Y un rajado Esquilón, pendiente en medio de él,
Era allí el que hacía el principal papel.

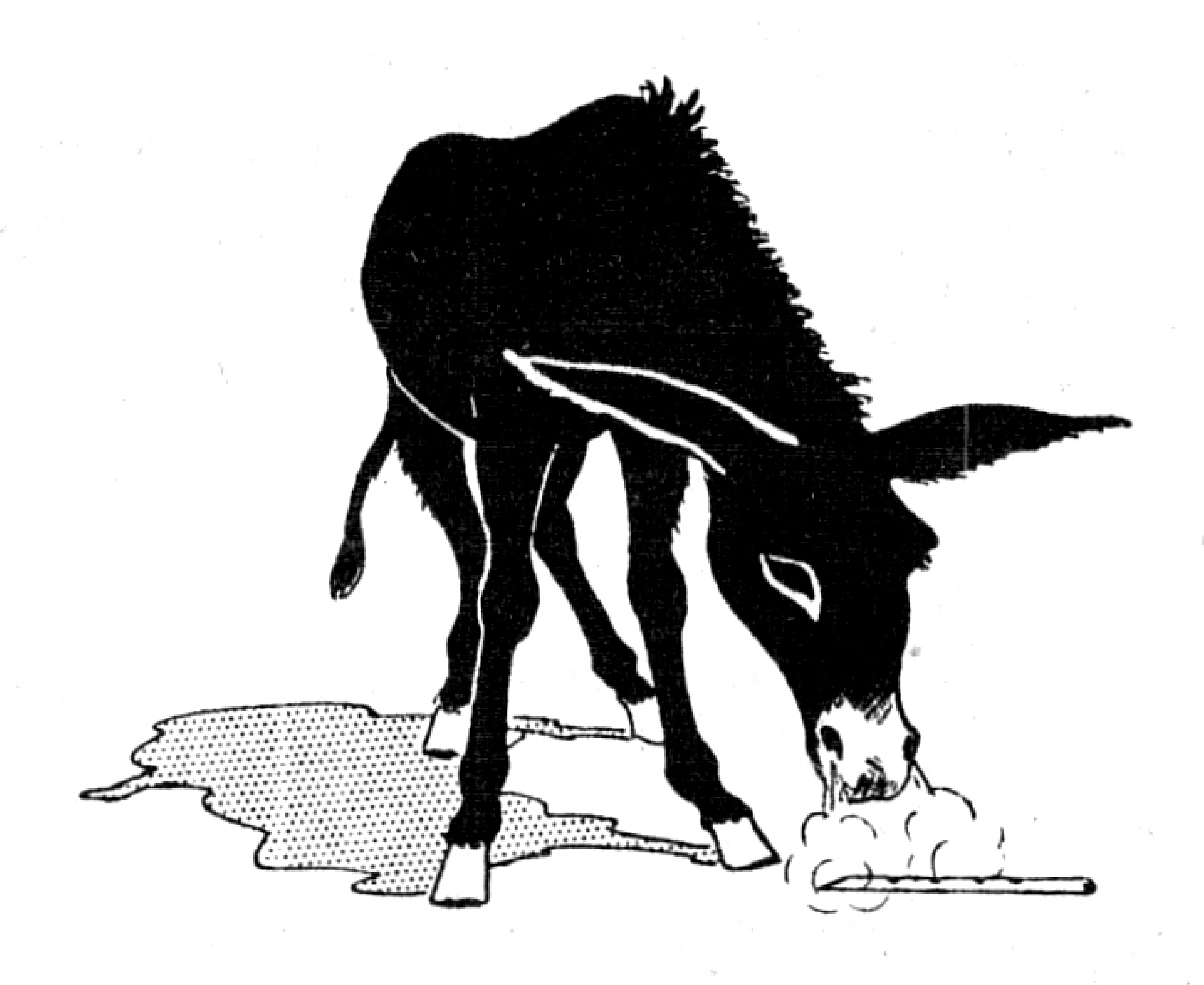


A fin de que imitase aqueste campanario
Al de la catedral, dispuso el vecindario
Que despacio y muy poco el dicho Esquilón
Se hubiese de tocar en tal cual función;
Y pudo aquello tanto en la gente aldeana,
Que el Esquilón pasó por una gran Campana.

Muy verosímil es, pues, que la gravedad
Suple en muchos así por la capacidad;
Dígnanse rara vez de despegar sus labios,
Y piensan que con esto imitan a los sabios.

Con hablar poco y gravemente, logran muchos opinión de hombres grandes.



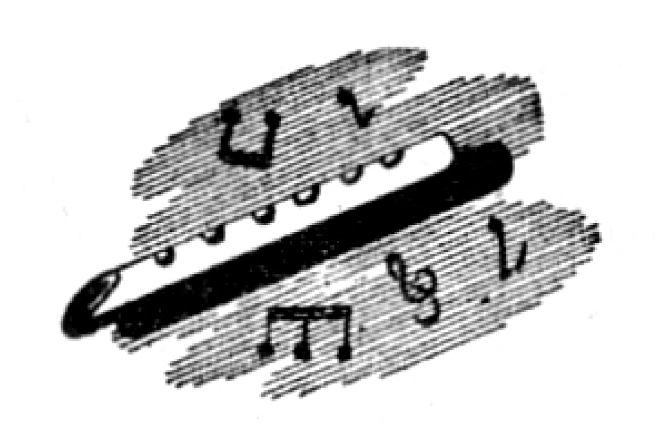


VII
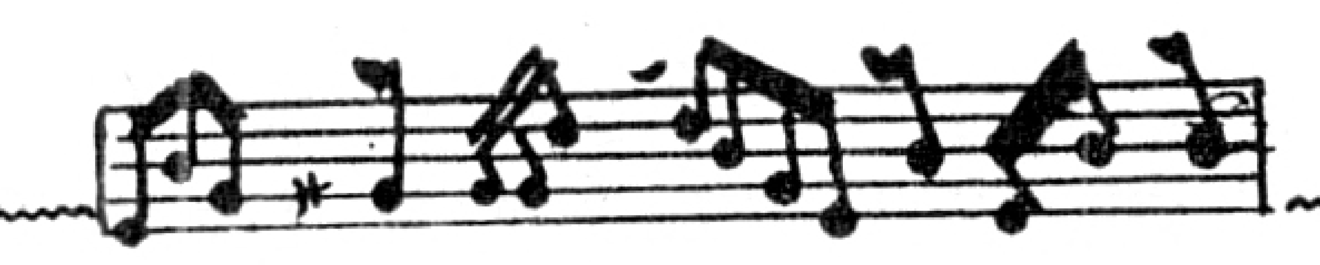
EL BURRO FLAUTISTA

Esta fabulita,
Salga bien o mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.

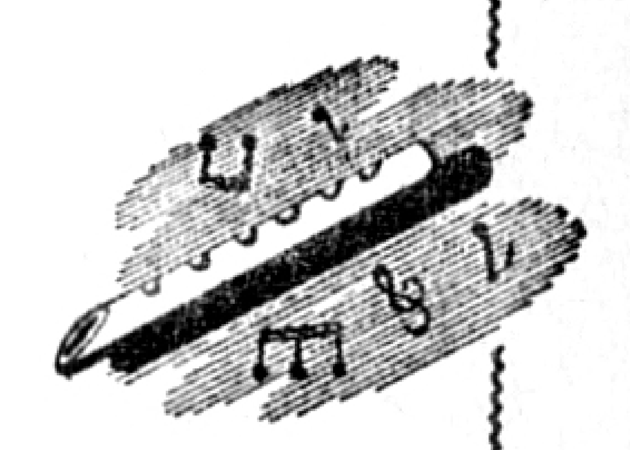
Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar,
Pasaba un Borrico
Por casualidad.



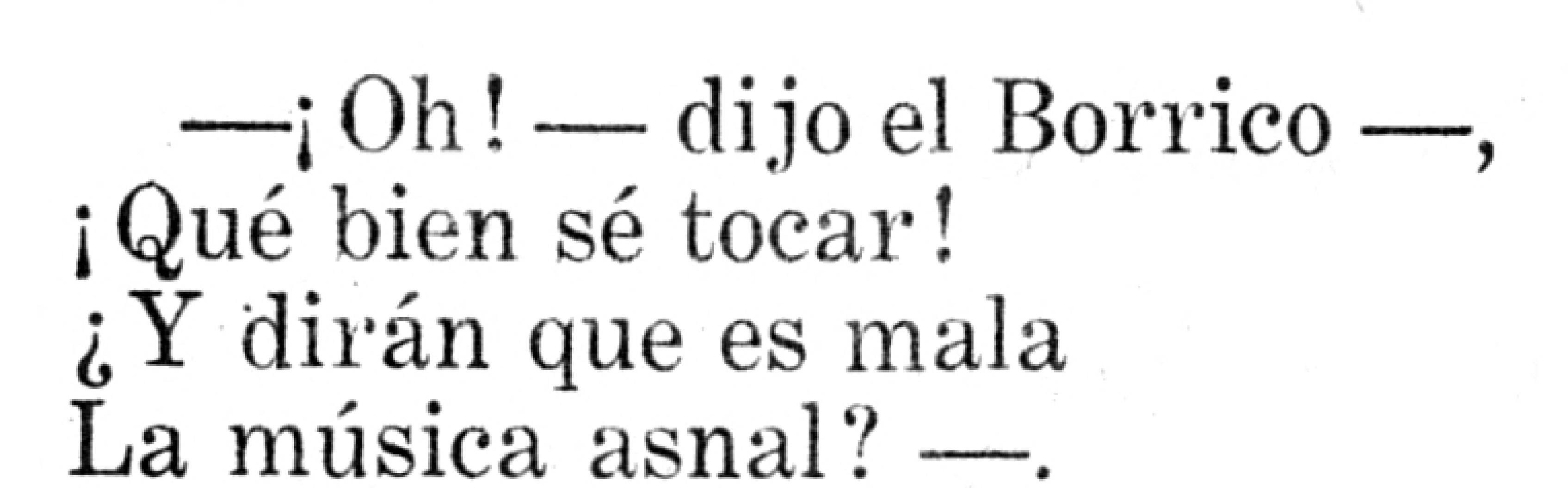
Una flauta en ellos
Halló, que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad.



Acercóse a olerla
El dicho animal,
Y dió un resoplido
Por casualidad.



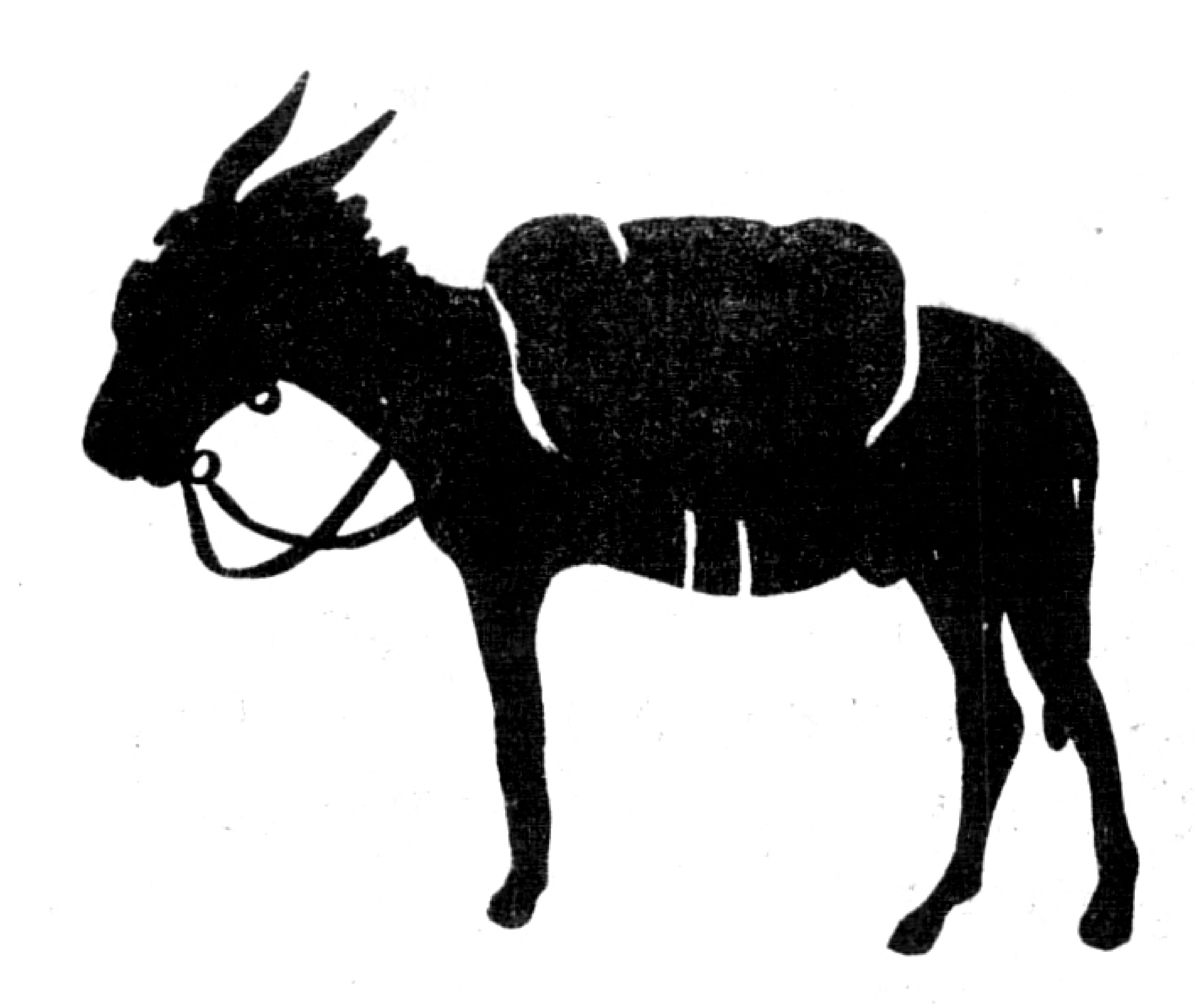
En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.

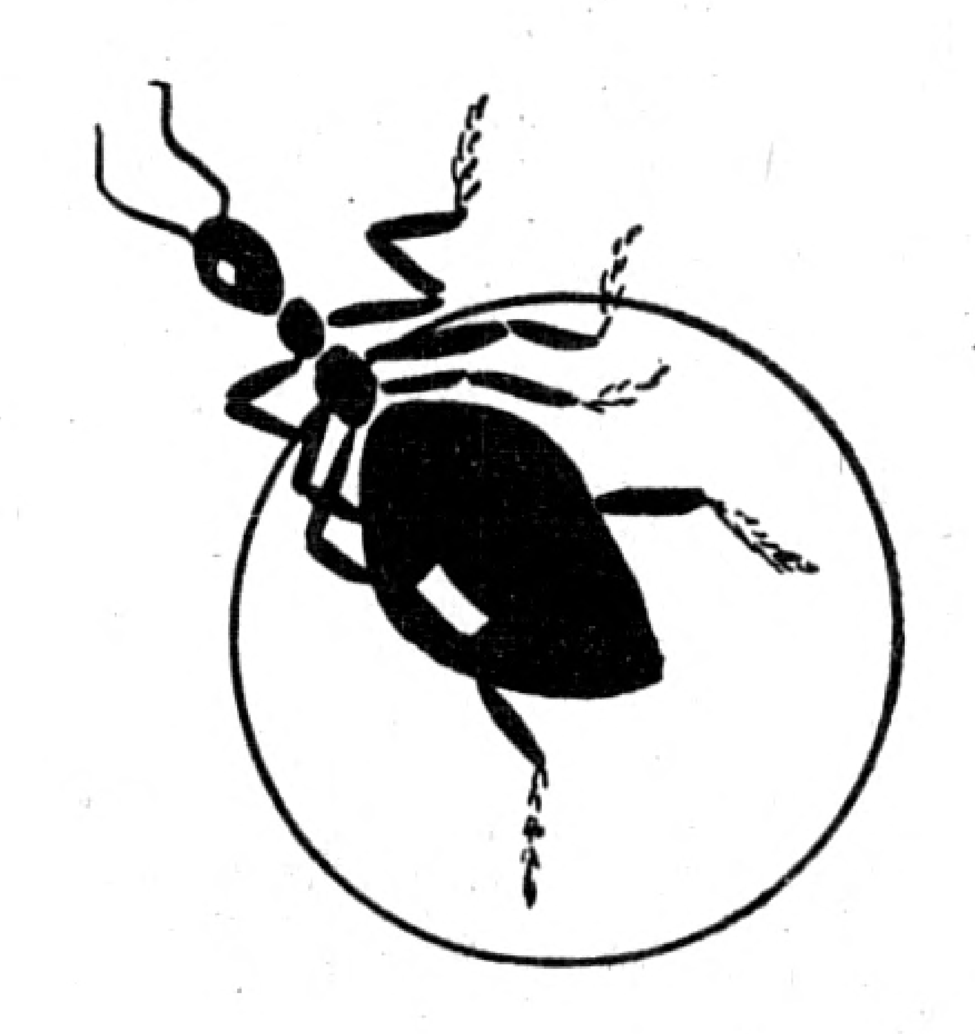


—¡Oh! — dijo el Borrico —,
¡Qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
La música asnal? —.

Sin reglas del arte
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad.

Sin reglas del arte, el que en algo acierta es por casualidad.





VIII

LA HORMIGA Y LA PULGA

Tienen algunos un gracioso modo
De aparentar que se lo saben todo,
Pues cuando oyen o ven cualquiera cosa,
Por más nueva que sea y primorosa,
Muy trivial y muy fácil la suponen,
Y a tener que alabarla no se exponen.
Esta casta de gente
No se me ha de escapar, por vida mía,
Sin que lleve su fábula corriente,
Aunque gaste en hacerla todo un día.

A la Pulga la Hormiga refería
Lo mucho que se afana
Y con qué industrias el sustento gana;
De qué suerte fabrica el hormiguero;
Cuál es la habitación, cuál el granero;
Cómo el grano acarrea,
Repartiendo entre todas la tarea;
Con otras menudencias muy curiosas,
Que pudieran pasar por fabulosas
Si diarias experiencias
No las acreditasen de evidencias.

A todas sus razones
Contestaba la Pulga no diciendo
Más que estas u otras tales expresiones:
—Pues...ya...sí...se supone...bien...lo entiendo...
Ya lo decía yo... sin duda... es claro;
Ya ves que en eso no hay nada de raro—.

La Hormiga, que salió de sus casillas
Al oír estas vanas respuestillas,
Dijo a la Pulga: —Amiga, pues yo quiero
Que venga usted conmigo al hormiguero,
Ya que con ese tono de maestra
Todo lo facilita y da por hecho;
Siquiera para muestra
Ayúdenos en algo de provecho—.

La Pulga, dando un brinco muy ligera,
Respondió con grandísimo desuello:
—¡Miren qué friolera!
¿Y tanto piensas que me costaría?
Todo es ponerse a ello...
Pero... tengo que hacer... Hasta otro día.

Para no alabar las obras buenas, algunos las suponen de fácil ejecución.





IX

LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
(No diré corría)
Volaba un Conejo.

De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo: —Tente,
Amigo, ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser? — responde —.
Sin aliento llego...
Dos pícaros galgos
Me vienen siguiendo.



—Sí — replica el otro —,
Por allí los veo...
Pero no son galgos.
—Pues ¿qué son? — Podencos.

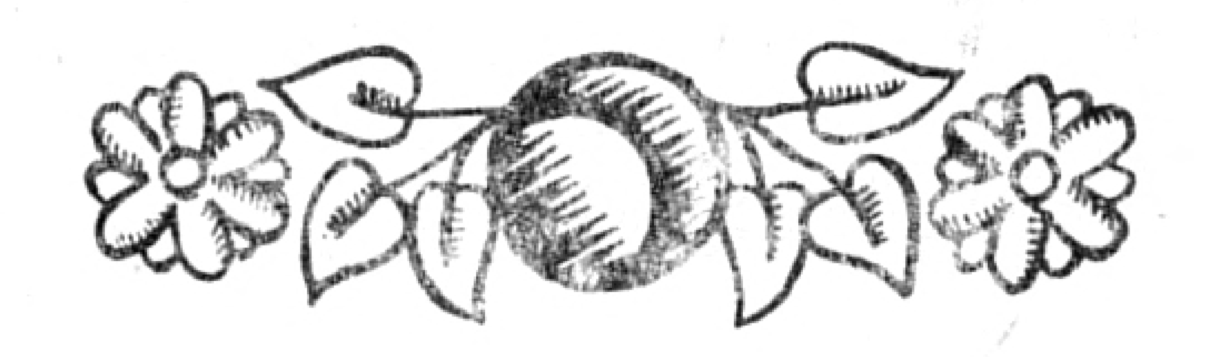
—¡Qué! ¿Podencos dices?
—Sí, como mi abuelo.
—Galgos y muy galgos:
Bien visto lo tengo.

—Son podencos; vaya,
Que no entiendes de eso.
—Son galgos, te digo.
—Digo que podencos —.

En esta disputa
Llegaron los perros,
Pillan descuidados
A mis dos Conejos.

Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

No debemos detenernos en cuestiones frívolas, olvidando el asunto principal.





X

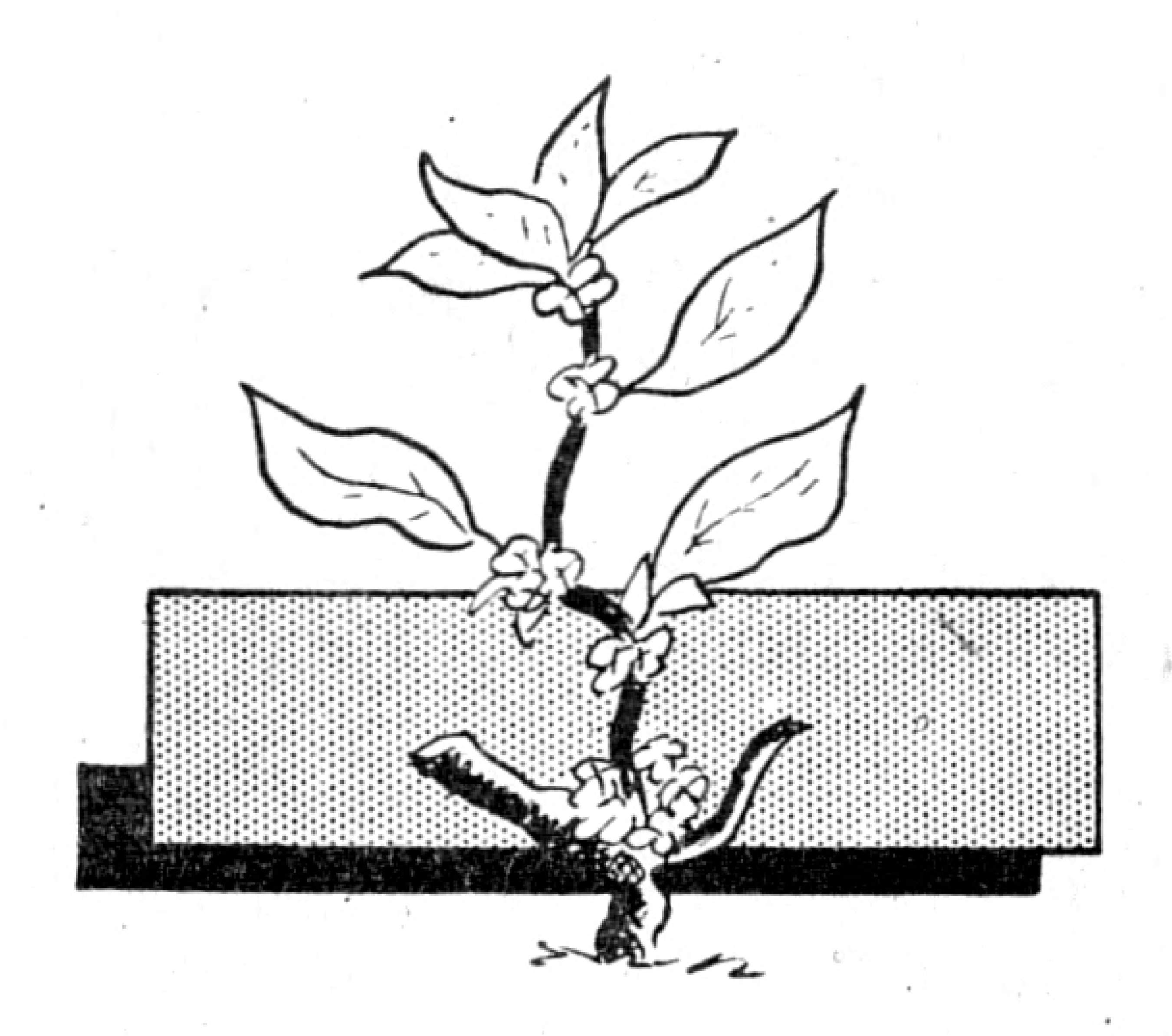
LOS PERROS Y EL TRAPERO

Aunque renieguen de mí
Los críticos de que trato,
Para darles un mal rato,
En otra fábula aquí
Tengo de hacer su retrato:

Estando, pues, un Trapero
Revolviendo un basurero,
Ladrábanle (como suelen
Cuando a tales hombres huelen)
Dos parientes del Cerbero.

Y díjoles un Lebrel:
—Dejad a ese perillán,
Que sabe quitar la piel
Cuando encuentra muerto a un Can,
Y cuando vivo, huye de él.

Atreverse a los autores muertos y no a los vivos, no sólo es cobardía, sino traición.



XI

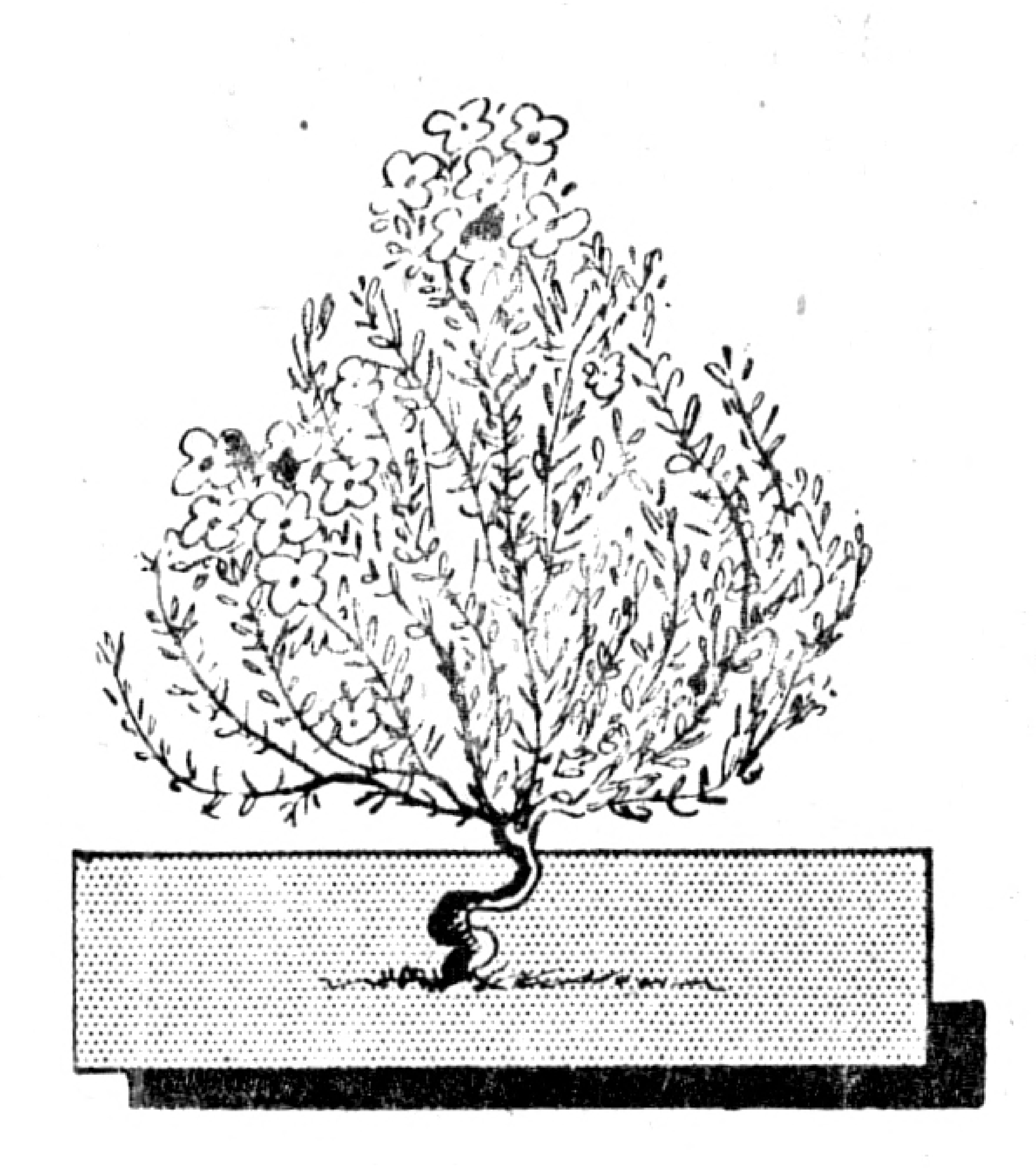
LA PARIETARIA Y EL TOMILLO

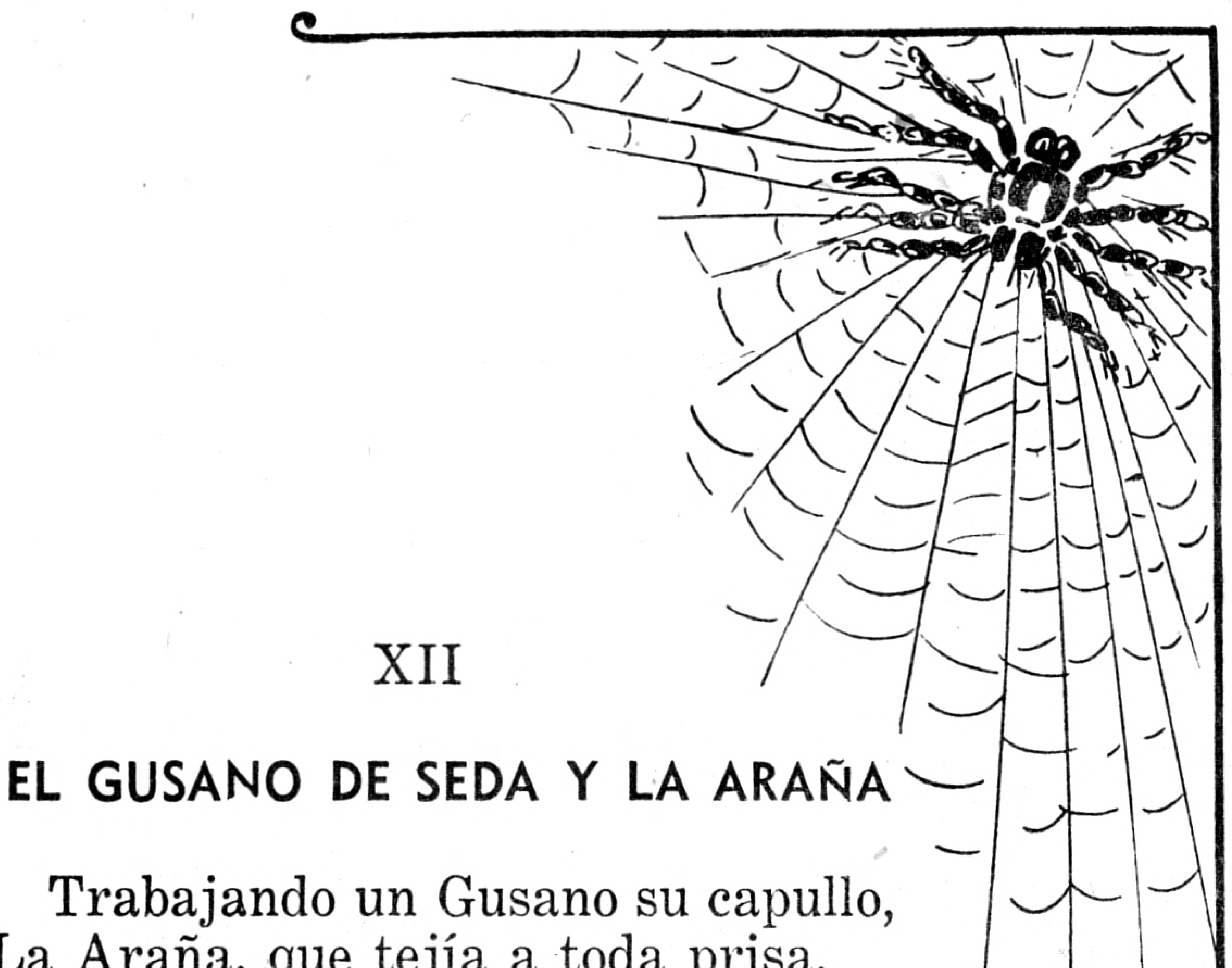
Yo leí, no sé dónde,
Que en la lengua herbolaria,
Saludando al Tomillo
La hierba Parietaria,
Con socarronería
Le dijo de esta suerte:
—Dios te guarde, Tomillo;
Lástima me da verte,
Que aunque más oloroso
Que todas estas plantas,
Apenas medio palmo
Del suelo te levantas —.
El responde: —Querida,
Chico soy, pero crezco
Sin ayuda de nadie.
Yo sí te compadezco,

Pues, por más que presumas,
Ni medio palmo puedes
Medrar si no te arrimas
A una de esas paredes —.

Cuando veo yo algunos
Que de otros escritores
A la sombra se arriman
Y piensan ser autores
Con poner cuatro notas
O hacer un prologuillo,
Estoy por aplicarles
Lo que dijo el Tomillo.

Nadie pretenda ser tenido por autor sólo con poner un ligero prólogo o algunas notas a libro ajeno.





XII

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA

Trabajando un Gusano su capullo,
La Araña, que tejía a toda prisa,
De esta suerte le habló con falsa risa,
Muy propia de su orgullo:

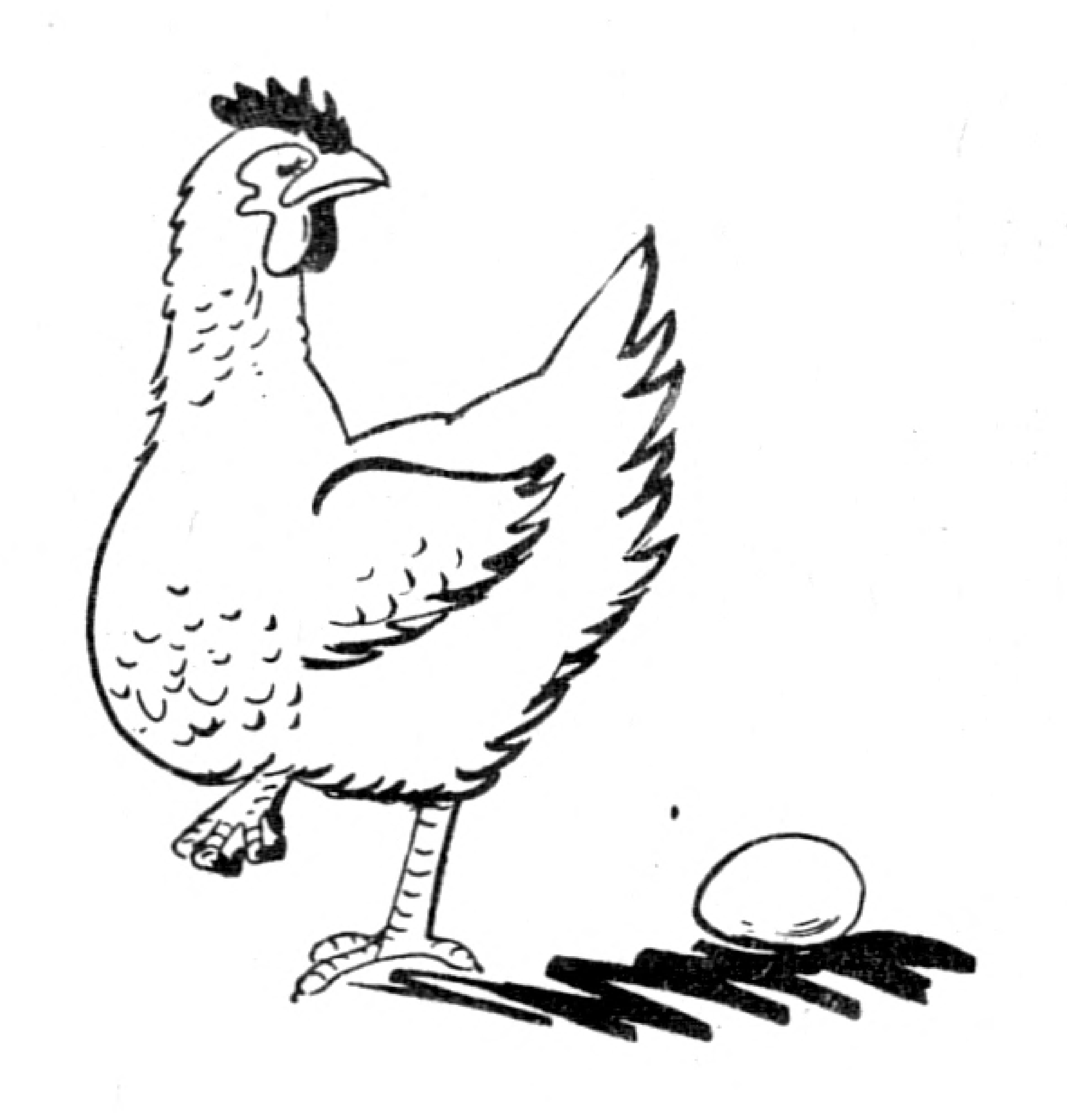
—¿Qué dice de tal tela el seor Gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
Y ya estará acabada al mediodía.
¡Mire qué sutil es, mire qué bella!... —.

El Gusano, con sorna, respondía:
—Usted tiene razón: así sale ella.

Se ha de considerar la calidad de la obra y no el tiempo que se ha tardado en hacerla.




DOMINGO
VILLAFAÑE



XIII

LOS HUEVOS

Más allá de las islas Filipinas
Hay una (que ni sé cómo se llama
Ni me importa saberlo) donde es fama
Que jamás hubo casta de gallinas
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fué la cría, que ya el plato
Más común y barato

Era de huevos frescos; pero todos
Los pasaban por agua (que el viajante
No enseñó a componerlos de otros modos).
Luego de aquella tierra un habitante
Introdujo el comerlos estrellados.
¡Oh, qué elogios se oyeron a porfía
De su rara y fecunda fantasía!





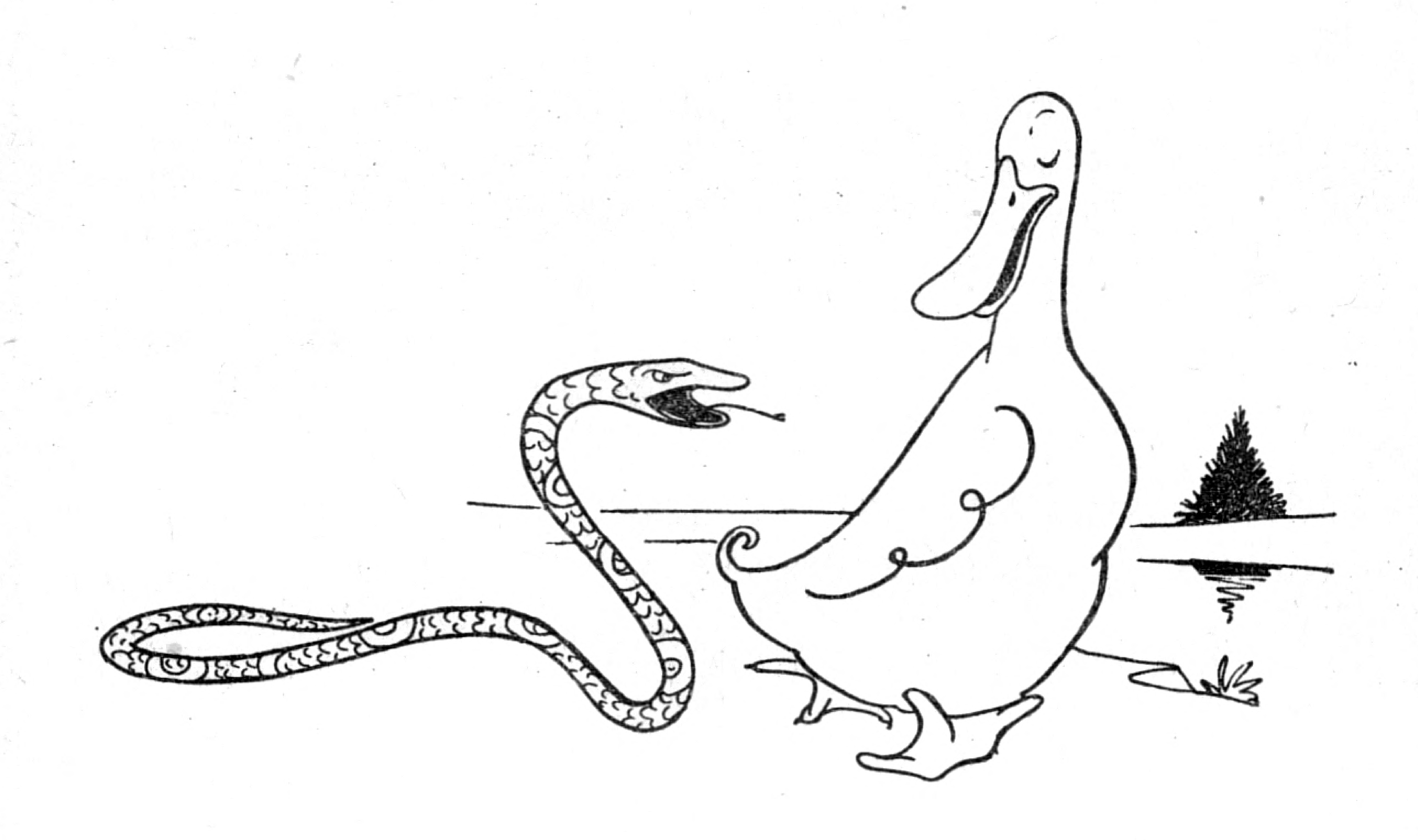
Otro discurre hacerlos escalfados...
¡Pensamiento feliz! Otro, rellenos...
¡Ahora sí que están los huevos buenos!
Uno después inventa la tortilla,
Y todos claman ya: —¡Qué maravilla!

No bien se pasó un año,
Cuando otro dijo: —Sois unos petates:
Yo los haré revueltos con tomates —.
Y aquel guiso de huevos tan extraño,
Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso,
A no ser porque luego los compuso
Un famoso extranjero *a la Hugonota.*

Esto hicieron diversos cocineros;
Pero, ¡qué condimentos delicados
No añadieron después los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.
Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
Les dijo un día: —Presumís en vano
De esas composiciones peregrinas.
¡Gracias al que nos trajo las gallinas! —.

Tantos autores nuevos
¿No se pudieran ir a guisar huevos
Más allá de las islas Filipinas?

No falta quien quiera pasar por autor original cuando no hace más que repetir, con corta diferencia, lo que otros muchos han dicho.



XIV

EL PATO Y LA SERPIENTE

A orillas de un estanque
Diciendo estaba un Pato:
—¿A qué animal dió el cielo
Los dones que me ha dado?

Soy de agua, tierra y aire.
Cuando de andar me canso,
Si se me antoja, vuelo;
Si se me antoja, nado —.



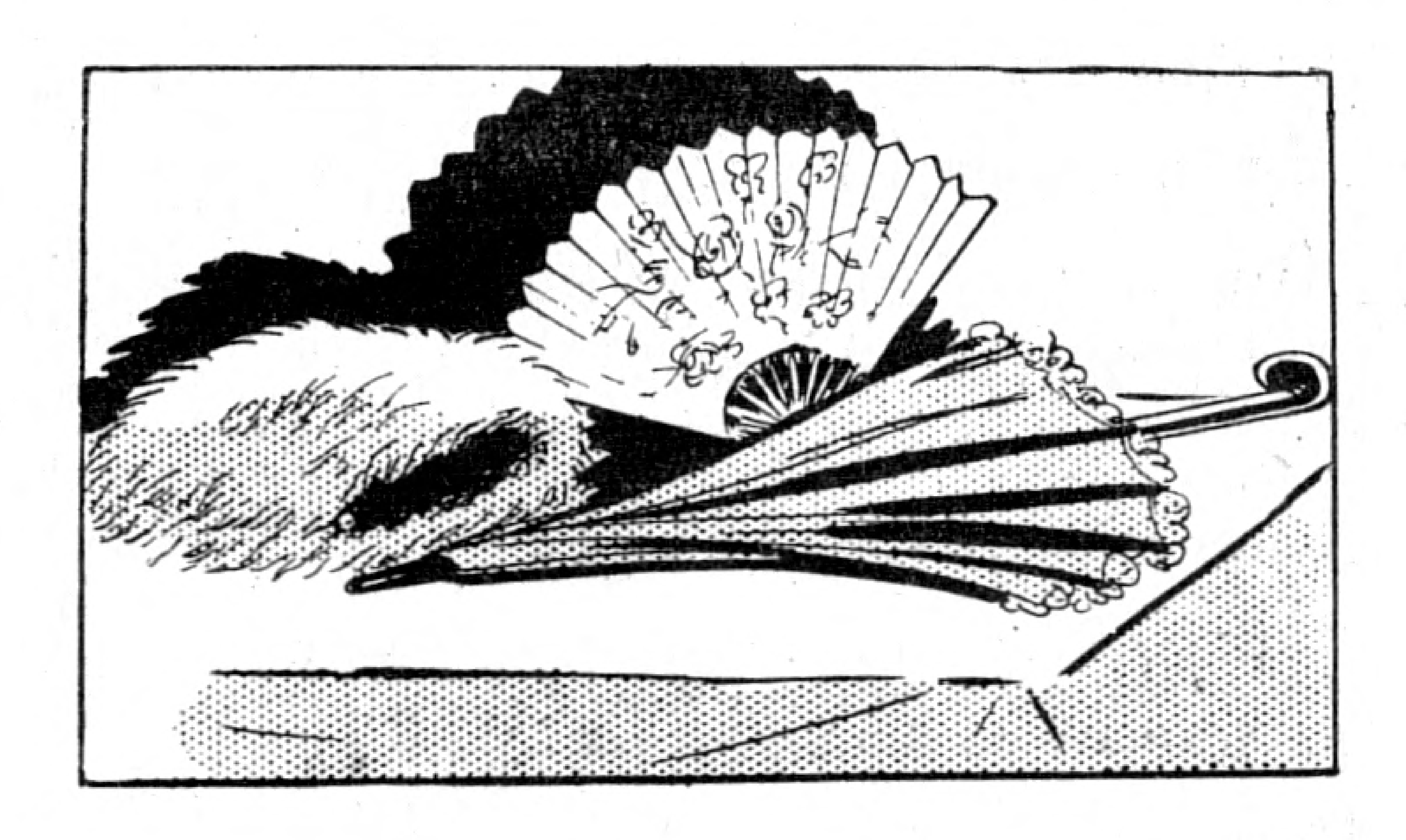
Una Serpiente astuta,
Que le estaba escuchando,
Le llamó con un silbo
Y le dijo: —Seor guapo,

No hay que echar tantas plantas,
Pues ni anda como el gamo,
Ni vuela como el sacre,
Ni nada como el barbo —.

Y así tengo sabido
Que lo importante y raro
No es entender de todo,
Sino ser diestro en algo.

Más vale saber una cosa bien, que muchas mal.





XV

EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITASOL

Si querer entender de todo
Es ridícula presunción,
Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor.

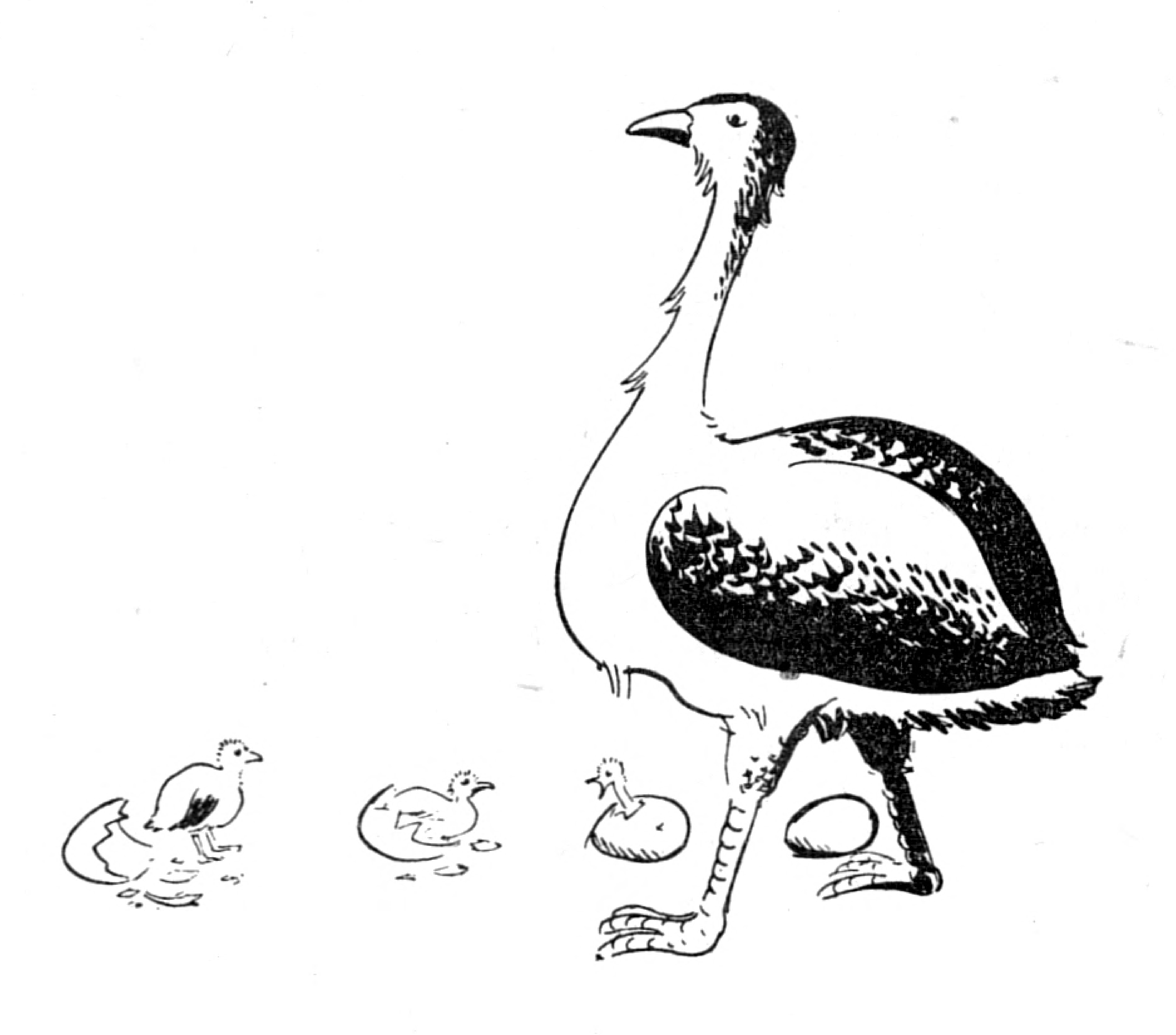
Sobre una mesa cierto día
Dando estaba conversación
A un Abanico y a un Manguito
Un Paraguas o Quitasol;
Y en la lengua que en otro tiempo
Con la Olla el Caldero habló [1],

(1) Alude a la fábula que escribió Esopo, del Caldero y la Olla, disculpando con este ejemplo la impropiedad en que parece se incurre haciendo hablar, no sólo a los animales, sino aun a las cosas inanimadas, como son el manguito, el abanico y el quitasol.

A sus compañeros dijo:
—¡Oh, qué buenas alhajas sois!
Tú, Manguito, en invierno sirves:
En verano vas a un rincón;
Tú, Abanico, eres mueble inútil
Cuando el frío sigue al calor.
No sabéis salir de un oficio:
Aprended de mí, pese a vos,
Que en el invierno soy Paraguas,
Y en el verano Quitasol.

También suele ser nulidad el no saber más que una cosa; el extremo opuesto del defecto reprendido en la fábula anterior.





XVI

LA AVUTARDA

De sus hijos la torpe Avutarda
El pesado volar conocía,
Deseando sacar una cría
Más ligera, aunque fuese bastarda.

A este fin muchos huevos robados
De Alcotán, de Jilguero y Paloma,
De Perdiz y de Tórtola toma
Y en su nido los guarda mezclados.



Largo tiempo se estuvo sobre ellos.
Y aunque hueros salieron bastantes,
Produjeron por fin los restantes
Varias castas de pájaros bellos.

La Avutarda mil aves convida
Por lucirlo con cría tan nueva:
Sus polluelos cada ave se lleva,
Y hete aquí la Avutarda lucida.

Los que andáis empollando obras de otros,
Sacad, pues, a volar vuestra cría.
Ya dirá cada autor: —Esta es mía —.
Y veremos qué os queda a vosotros.

Muy ridículo papel hacen los plagiarios que escriben centones.





XVII

EL JILGUERO Y EL CISNE

—Calla tú, pajarillo vocinglero
—Dijo el Cisne al Jilguero—.
¿A cantar me provocas, cuando sabes
Que de mi voz la dulce melodía
Nunca ha tenido igual entre las aves?—.

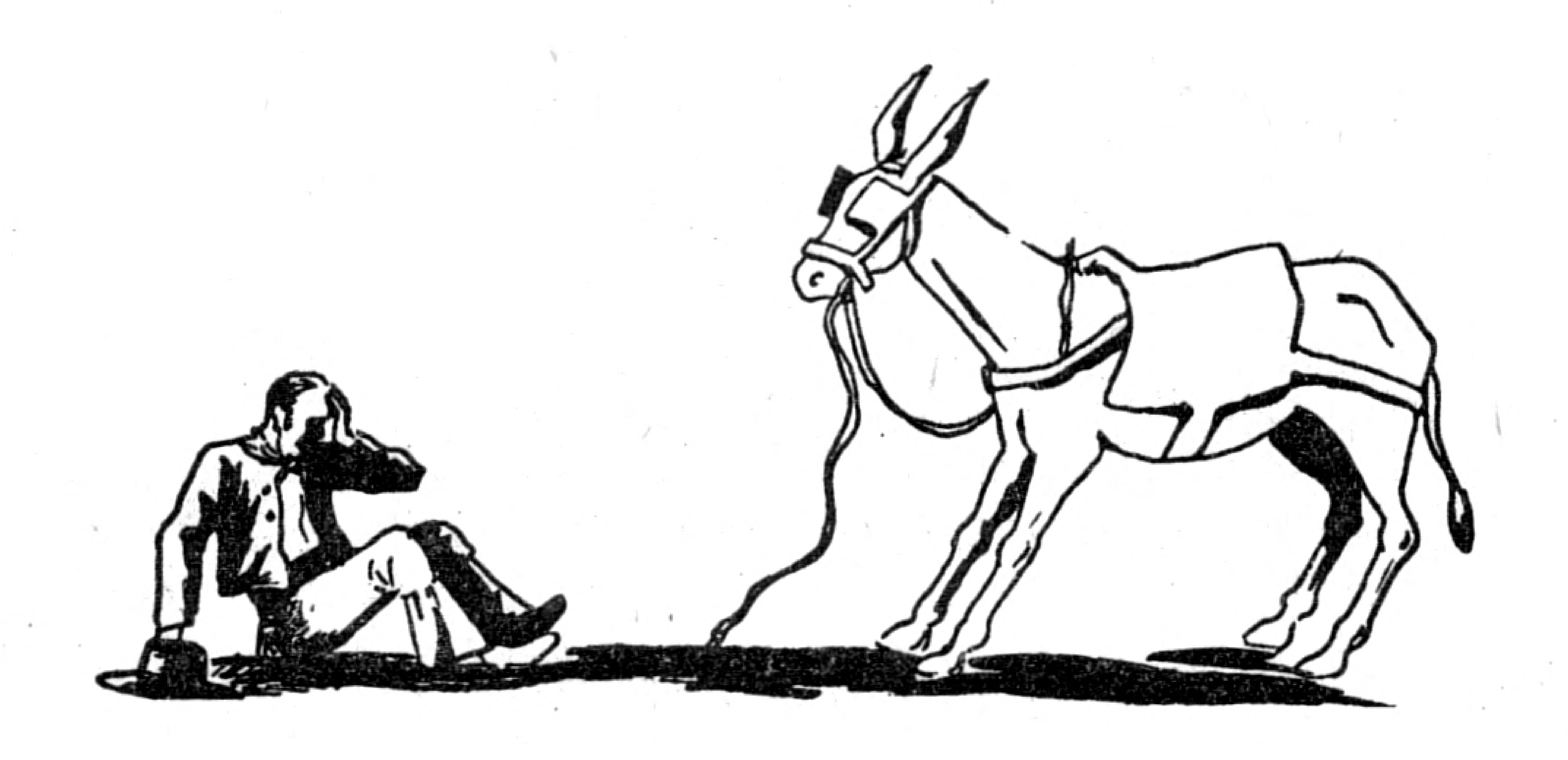
El Jilguero sus trinos repetía,
Y el Cisne continuaba: —¡Qué insolencia!
¡Miren cómo me insulta el musiquillo!
Si con soltar mi canto no le humillo,
Dé muchas gracias a mi gran prudencia.

—¡Ojalá que cantaras!
—Le respondió por fin el pajarillo —.
¡Cuánto no admirarías
Con las cadencias raras
Que ninguno asegura haberte oído,
Aunque logran más fama que las mías!...—.
Quiso el Cisne cantar, y dió un graznido.

¡Gran cosa! Ganar crédito sin ciencia,
Y perderle en llegando a la experiencia.

Nada sirve la fama, si no corresponden las obras.





XVIII

EL CAMINANTE Y LA MULA DE ALQUILER

Harta de paja y cebada
Una Mula de alquiler
Salía de la posada;

Y tanto empezó a correr,
Que apenas el Caminante
La podía detener.

No dudo que en un instante
Su media jornada haría;
Pero algo más adelante



La falsa caballería
Ya iba retardando el paso.
—¿Si lo hará de picardía?...

¡Arre!... ¿Te paras? Acaso
Metiendo la espuela... Nada,
Mucho me temo un fracaso...

Esta vara, que es delgada...
Menos... Pues este aguijón...
Mas, ¿si estará ya cansada?

¡Coces tira... y mordiscón!
¡Se vuelve contra el jinete!...
¡Oh, qué corcovo, qué envión!



Aunque las piernas apriete...
Ni por ésas... ¡Voto a quién!
Barrabás que la sujete...

Por fin dió en tierra... ¡Muy bien!
¿Y eras tú la que corrías?...
¡Mal muermo te mate, amén!

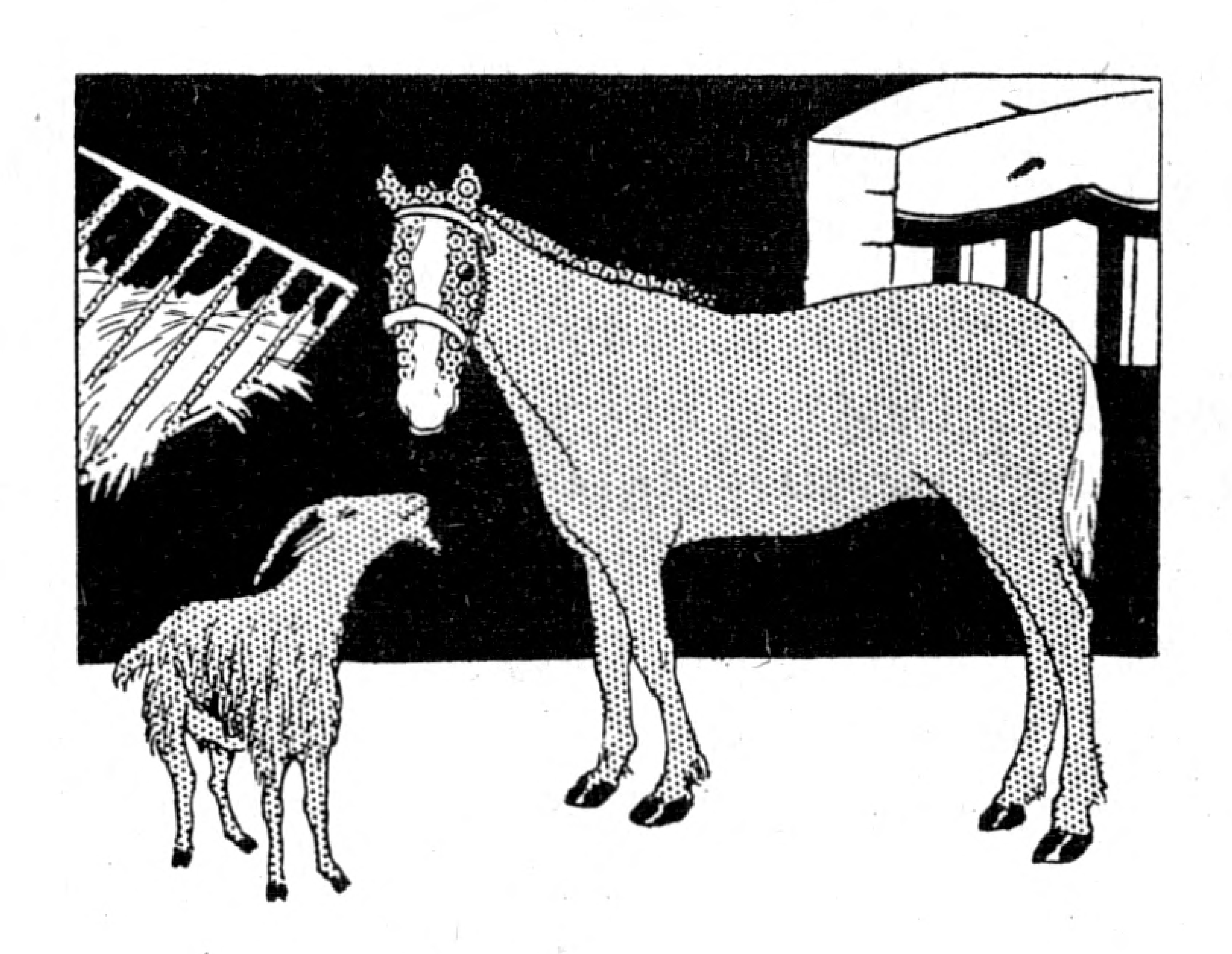
No me fiaré en mis días
De mula que empiece haciendo
Semejantes valentías —.

Después de este lance, en viendo
Que un autor ha principiado
Con altisonante estruendo,

Al punto digo: —¡Cuidado!
¡Tente, hombre, que te has de ver
En el vergonzoso estado
De la Mula de alquiler!

Los que empiezan elevando el estilo, se ven, tal vez, precisados a humillarle después demasiado.

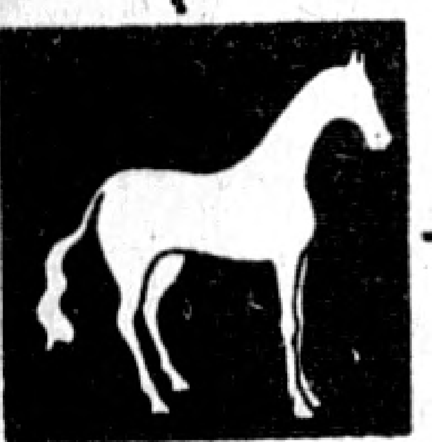




XIX

LA CABRA Y EL CABALLO

Estábase una Cabra muy atenta
Largo rato escuchando
De un acorde violín el eco blando.
Los pies se le bailaban de contenta,
Y a cierto Jaco que también suspenso
Casi olvidaba el pienso,
Dirigió de esta suerte la palabra:
—¿No oyes de aquellas cuerdas la armonía?
Pues sabe que son tripas de una Cabra
Que fué en un tiempo compañera mía.
Confío, ¡dicha grande!, que algún día
No menos dulces trinos
Formarán mis sonoros intestinos—.
Volvióse el buen Rocín y respondióla:
—A fe que no resuenan esas cuerdas
Sino porque las hieren con las cerdas
Que sufrí me arrancasen de la cola.



Mi dolor me costó, pasé mi susto,
Pero al fin tengo el gusto
De ver qué lucimiento
Debe a mi auxilio el músico instrumento.
Tú, que satisfacción igual esperas,
¿Cuándo la gozarás? Después que mueras —.

Así, ni más ni menos, porque en vida
No ha conseguido ver obra aplaudida
Algún mal escritor, al juicio apela
De la posteridad, y se consuela.

Hay muchos escritores que se lisonjean fácilmente de lograr fama póstuma, cuando no han podido merecerla en vida.





XX

LA ABEJA Y EL CUCLILLO

Saliendo del colmenar,
Dijo al Cuclillo la Abeja:
—Calla, porque no me deja
Tu ingrata voz trabajar.

No hay ave tan fastidiosa
En el cantar como tú:
Cucú, cucú, y más cucú:
Y siempre una misma cosa.

—¿Te cansa mi canto igual?
—El Cuclillo respondió —;
Pues a fe que no hallo yo
Variedad en tu panal.



Y pues que del propio modo
Fabricas uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento,
En ti es viejísimo todo —.

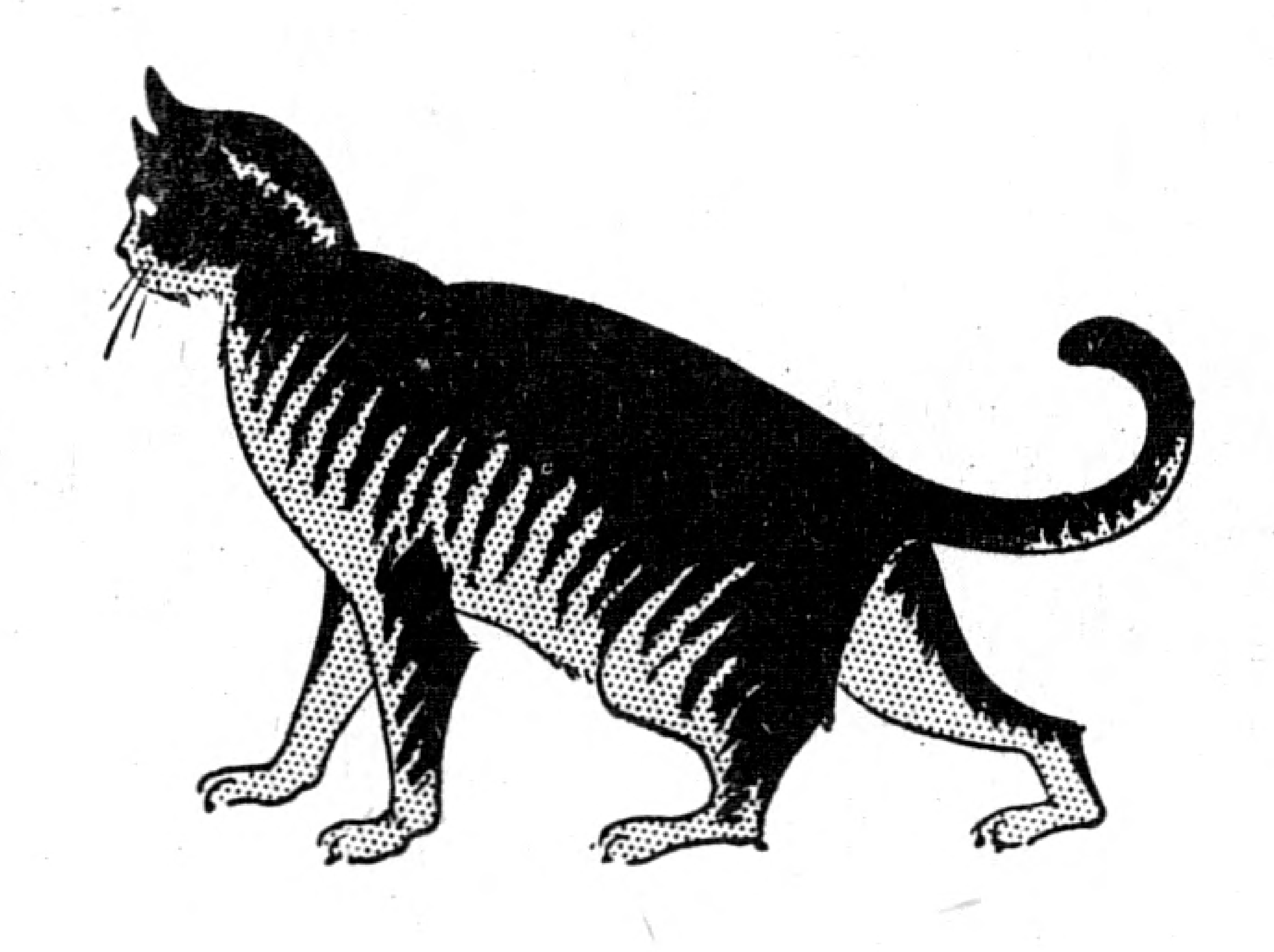


A esto la Abeja replica:
—En obra de utilidad,
La falta de variedad
No es lo que más perjudica.

Pero en obra destinada
Sólo al gusto y diversión,
Si no es varia la invención,
Todo lo demás es nada.

La variedad es requisito indispensable en las obras de gusto.





XXI

EL RATON Y EL GATO

Tuvo Esopo famosas ocurrencias.
¡Qué invención tan sencilla! ¡Qué sentencias!...
He de poner, pues que la tengo a mano,
Una fábula suya en castellano:

—Cierto — dijo un Ratón en su agujero —;
No hay prenda más amable y estupenda
Que la fidelidad: por eso quiero
Tan de veras al perro perdiguero —.
Un Gato replicó: —Pues esa prenda
Yo la tengo también... —. Aquí se asusta
Mi buen Ratón, se esconde,
Y torciendo el hocico, le responde:
—¿Cómo? ¿La tienes tú? Ya no me gusta —.

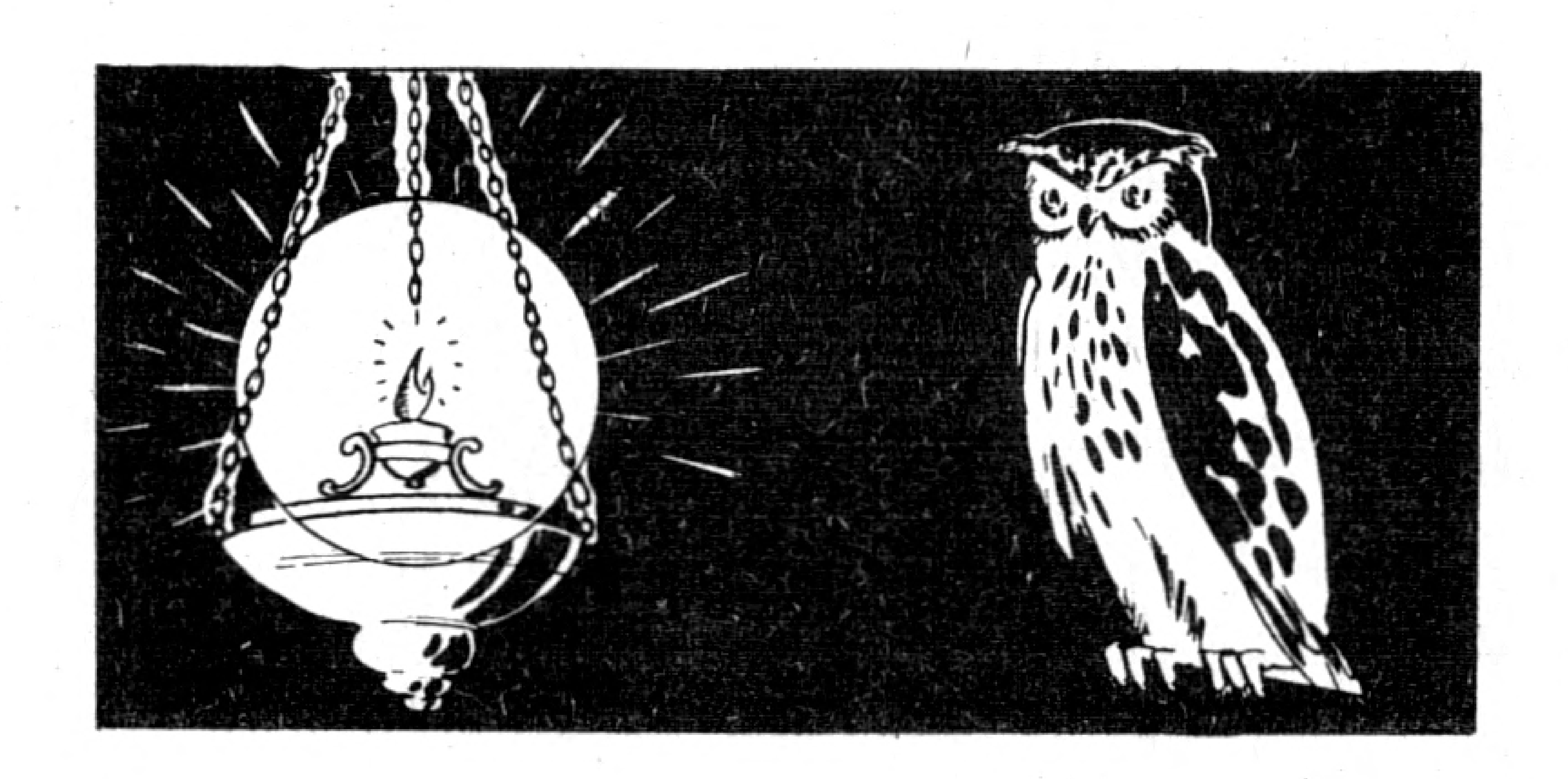


La alabanza que muchos creen justa,
Injusta les parece
Si ven que su contrario la merece.

—¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
Puede ser que le agrade y que le instruya.
—Es una maravilla:
Dijo Esopo una cosa como suya.
—Pues mire usted: Esopo no la ha escrito;
Salió de mi cabeza. —¿Conque es tuya?
—Sí, señor erudito;
Ya que antes tan feliz le parecía,
Critíquemela ahora porque es mía.

Alguno que ha alabado una obra ignorando quién es su autor, suele vituperarla después que lo sabe.





XXII

LA LECHUZA

Cobardes son, y traidores,
Ciertos críticos que esperan,
Para impugnar, a que mueran
Los infelices autores,
Porque vivos respondieran.

Un breve caso a este intento
Contaba una abuela mía:
Diz que un día en un convento
Entró una Lechuza... Miento,
Que no debió ser un día.

Fué, sin duda, estando el sol
Ya muy lejos del ocaso...
Ella, en fin, se encontró al paso
Una lámpara (o farol,
Que es lo mismo para el caso).



Y volviendo la trasera,
Exclamó de esta manera:
—Lámpara, ¡con qué deleite
Te chupara yo el aceite
Si tu luz no me ofendiera!

Mas ya que ahora no puedo,
Porque estás bien atizada,
Si otra vez te hallo apagada,
Sabré, perdiéndote el miedo,
Darme una buena panzada.

Atreverse a los autores muertos y no a los vivos, no sólo es cobardía, sino traición.





XXIII

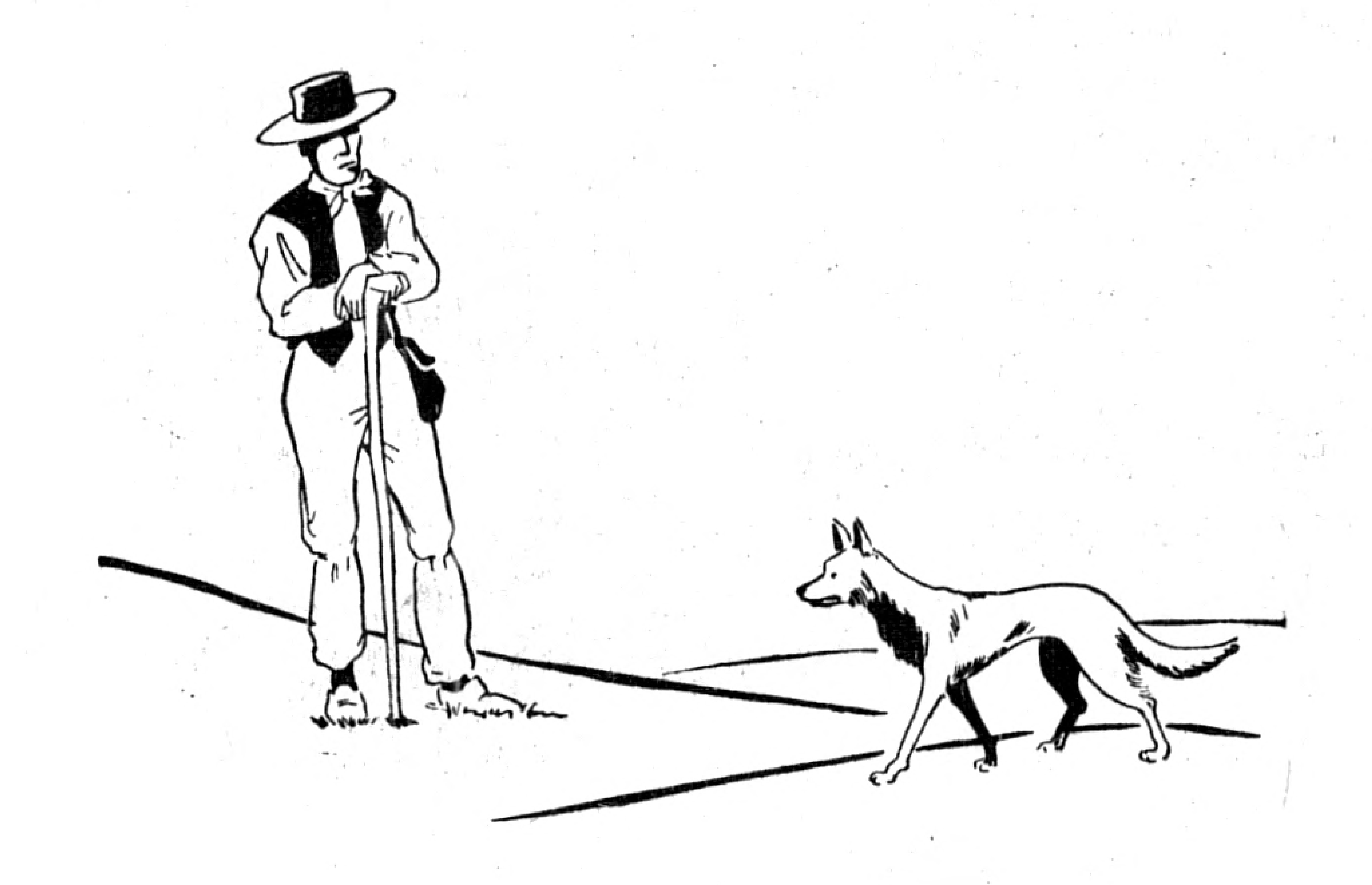
LA RANA Y EL RENACUAJO



En la orilla del Tajo
Hablaba con la Rana el Renacuajo,
Alabando las hojas, la espesura
De un cañaveral y su verdura.
Mas luego que del viento
El ímpetu violento
Una caña abatió, que cayó al río,
En tono de lección, dijo la Rana:
—Ven a verla, hijo mío;
Por de fuera, muy tersa, muy lozana;
Por dentro, toda fofa, toda vana —.

Si la Rana entendiera poesía,
También de muchos versos lo diría.

¡Qué despreciable es la poesía de mucha hojarasca!



XXIV

EL LOBO Y EL PASTOR

Cierto Lobo, hablando con cierto Pastor:
—Amigo — le dijo —, yo no sé por qué
Me has mirado siempre con odio y horror.
Tiénesme por malo; no lo soy, a fe.

¡Mi piel en invierno qué abrigo no da!
Acnaques humanos cura más de mil;
Y otra cosa tiene: que seguro está
Que la piquen pulgas ni otro insecto vil.



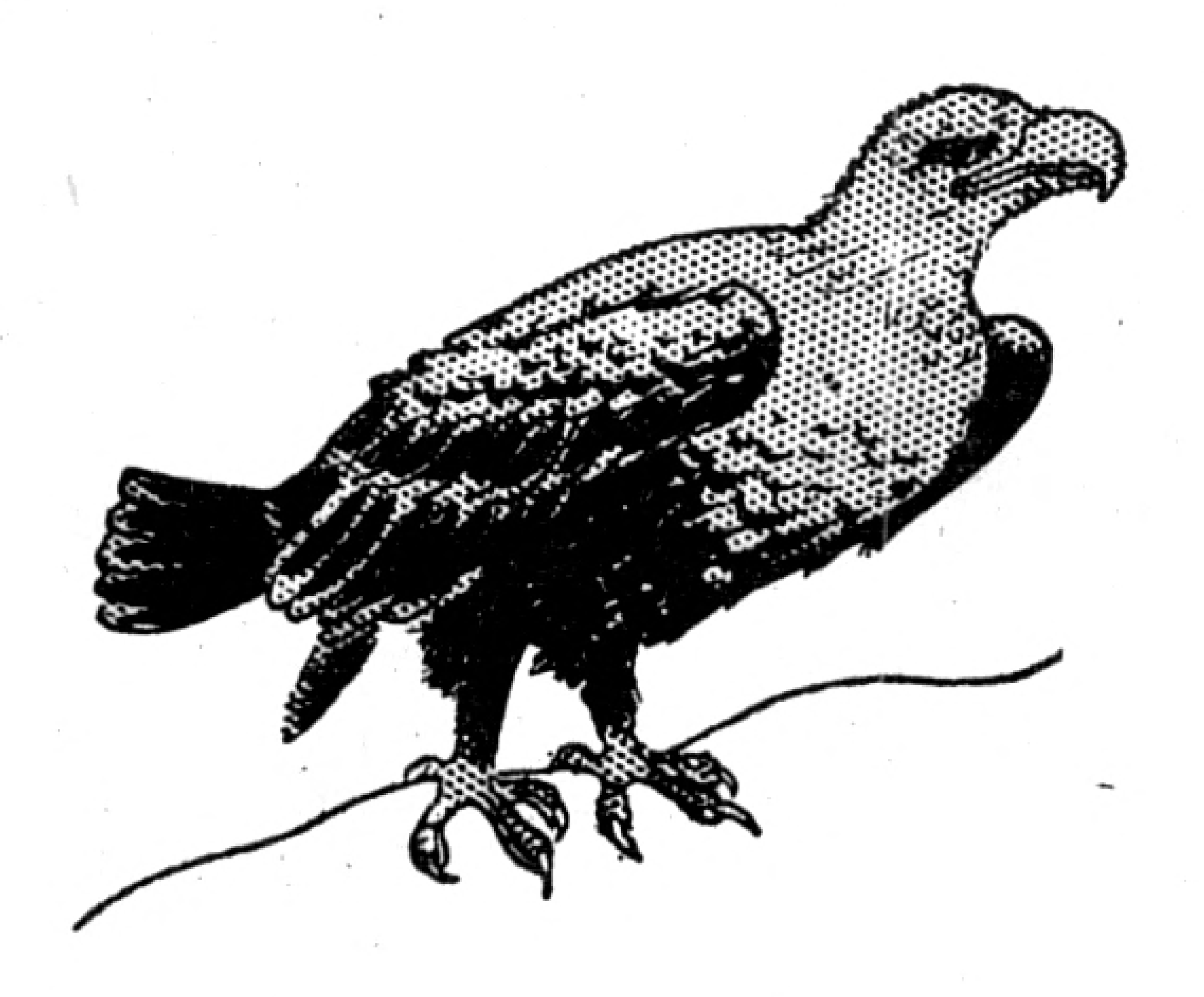
Mis uñas no trueco por las del tejón,
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud;
Mis dientes, ya sabes cuán útiles son,
Y a cuántos con mi unto he dado salud —.

El Pastor responde: —Perverso animal,
¡Maldígate el cielo, maldígate, amén!
Después que estás harto de hacer tanto mal,
¿Qué importa que puedas hacer algún bien? —.

Al diablo los doy
Tantos libros lobos como corren hoy.

El libro que de por suyo es malo no dejará de serlo porque tenga tal o cual cosa buena.





XXV

EL AGUILA Y EL LEON

El Aguila y el León
Gran conferencia tuvieron
Para arreglar entre sí
Ciertos puntos de gobierno.
Dió el Aguila muchas quejas

Del Murciélago, diciendo:
—¿Hasta cuándo ese avechucho
Nos ha de traer revueltos?
Con mis pájaros se mezcla,
Dándose por uno de ellos;
Y alega varias razones,
Sobre todo la del vuelo.
Mas, si se le antoja, dice:
"Hocico, y no pico, tengo;
¿Como ave queréis tratarme?
Pues cuadrúpedo me vuelvo".
Con mis vasallos murmura
De los brutos de tu imperio;

Y cuando con éstos vive,
Murmura también de aquéllos.
—Está bien — dijo el León —;
Yo te juro que en mis reinos
No entra más. —Pues en los míos
—Respondió el Aguila —, menos —.
Desde entonces, solitario
Salir de noche le vemos;
Pues ni alados ni patudos
Quieren ya tal compañero.

Murciélagos literarios,
Que hacéis a pluma y a pelo,
Si queréis vivir con todos,
Miraos en este espejo.

Los que quieren halagar a dos partidos suelen conseguir el desprecio de ambos.





XXVI

LA MONA

Aunque se vista de seda
La mona, mona se queda.
El refrán lo dice así,
Yo también lo diré aquí;
Y con eso lo verán
En fábula y en refrán:

Un traje de colorines,
Como el de los matachines,
Cierta Mona se vistió;
Aunque más bien creo yo



Que su amo la vestiría,
Porque difícil sería
Que tela y sastre encontrase
El refrán lo dice: pase.
Viéndose ya tan galana,
Saltó por una ventana
Al tejado de un vecino,
Y de allí tomó el camino
Para volverse a Tetuán;
Esto no dice el refrán,
Pero lo dice una historia
De que apenas hay memoria,
Por ser el autor muy raro.
(Y poner el hecho en claro
No le habrá costado poco.)
El no supo, ni tampoco
He podido saber yo,
Si la Mona se embarcó,
O si rodeó tal vez
Por el istmo de Süez;
Lo que averiguado está
Es que por fin llegó allá.
Vióse la señora mía
En la amable compañía
De tanta Mona desnuda,
Y cada cual la saluda
Como a un alto personaje,
Admirándose del traje
Y suponiendo sería
Mucha la sabiduría,
Ingenio y tino mental
Del petimetre animal.
Opinan luego al instante,
Y *némine discrepante*,





Que a la nueva compañera
La dirección se confiera
De cierta gran correría
Con que buscar se debía
En aquel país tan vasto
La provisión para el gasto
De toda la mona tropa.
(¡Lo que es tener buena ropa!)

La directora marchando
Con las huestes de su mando
Perdió, no sólo el camino,
Sino, lo que es más, el tino.
Y sus necias compañeras
Atravesaron laderas,
Bosques, valles, cerros, llanos,
Desiertos, ríos, pantanos;
Y al cabo de la jornada
Ninguna dió palotada.
Y eso que en toda su vida
Hicieron otra salida
En que fuese el capitán
Más tieso ni más galán.
Por poco no queda Mona
A vida con la intentona;
Y vieron por experiencia
Que la ropa no da ciencia.



Pero, sin ir a Tetuán,
También acá se hallarán
Monos que, aunque se vistan de estudiantes,
Se han de quedar lo mismo que eran antes.

Hay trajes propios de algunas profesiones literarias con los cuales aparentan muchos el talento que no tienen.

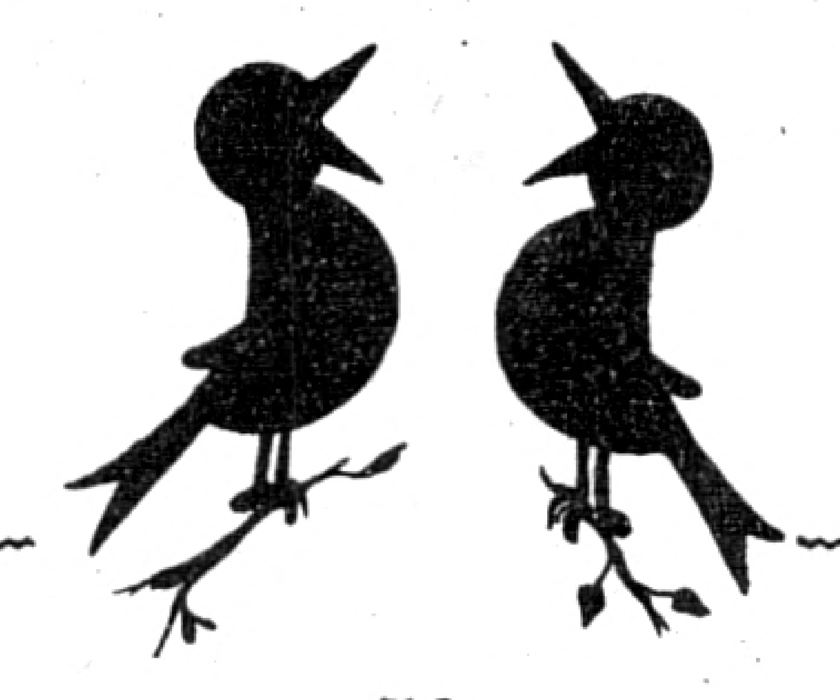


XXVII

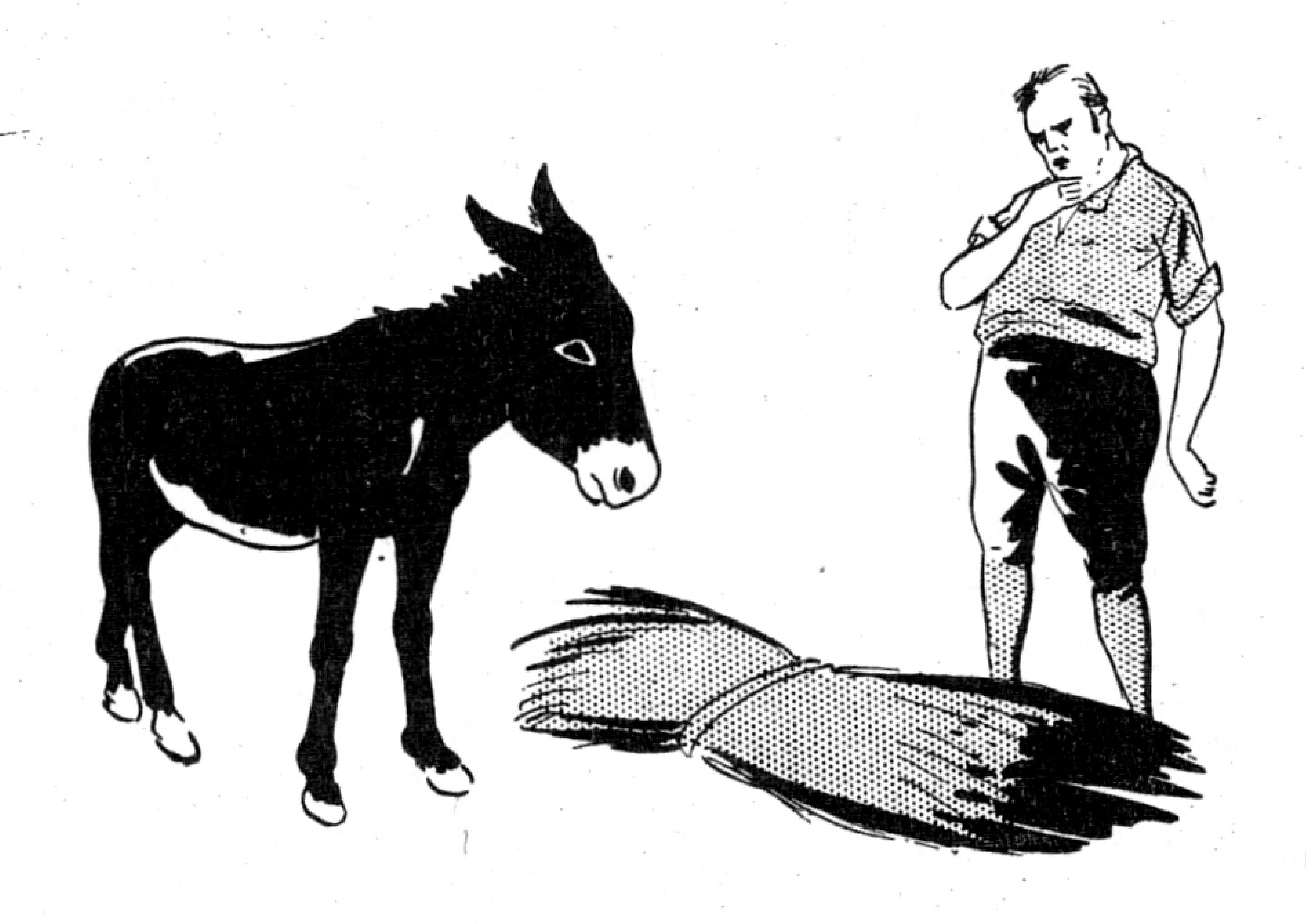
EL PAPAGAYO, EL TORDO Y LA MARICA

Oyendo un Tordo hablar a un Papagayo,
Quiso que él, y no el hombre, le enseñara;
Y con sólo un ensayo
Creyó tener pronunciación tan clara,
Que en ciertas ocasiones
A una Marica daba ya lecciones.
Así, salió tan diestra la Marica
Como aquel que al estudio se dedica
Por copias y por malas traducciones.

Conviene estudiar los autores originales, no los copiantes y malos traductores.







XXVIII

EL ASNO Y SU AMO

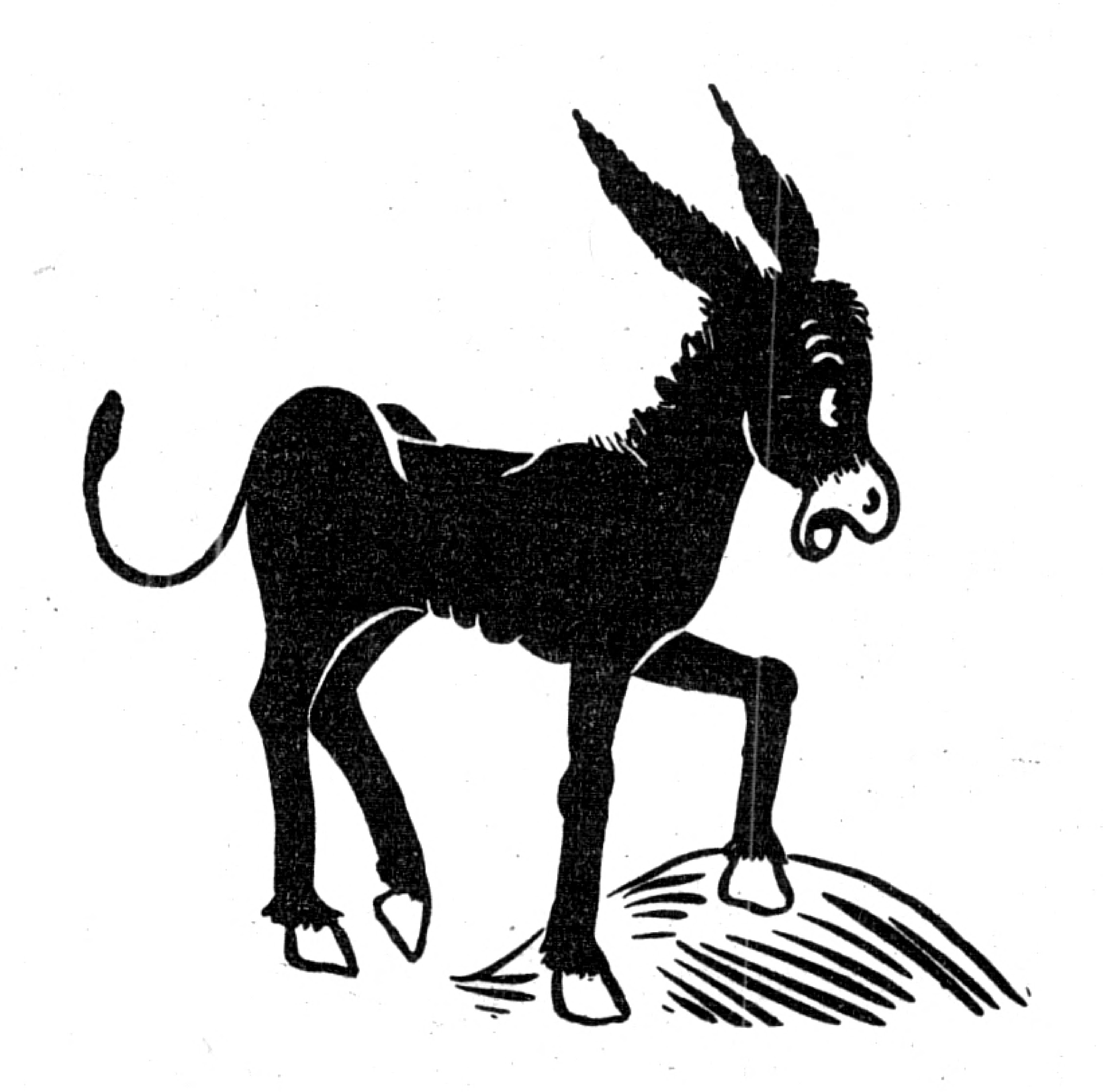
—Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio:
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba —.
De este modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes;
Y un taimado Poeta que lo oía,
Le respondió en los términos siguientes:

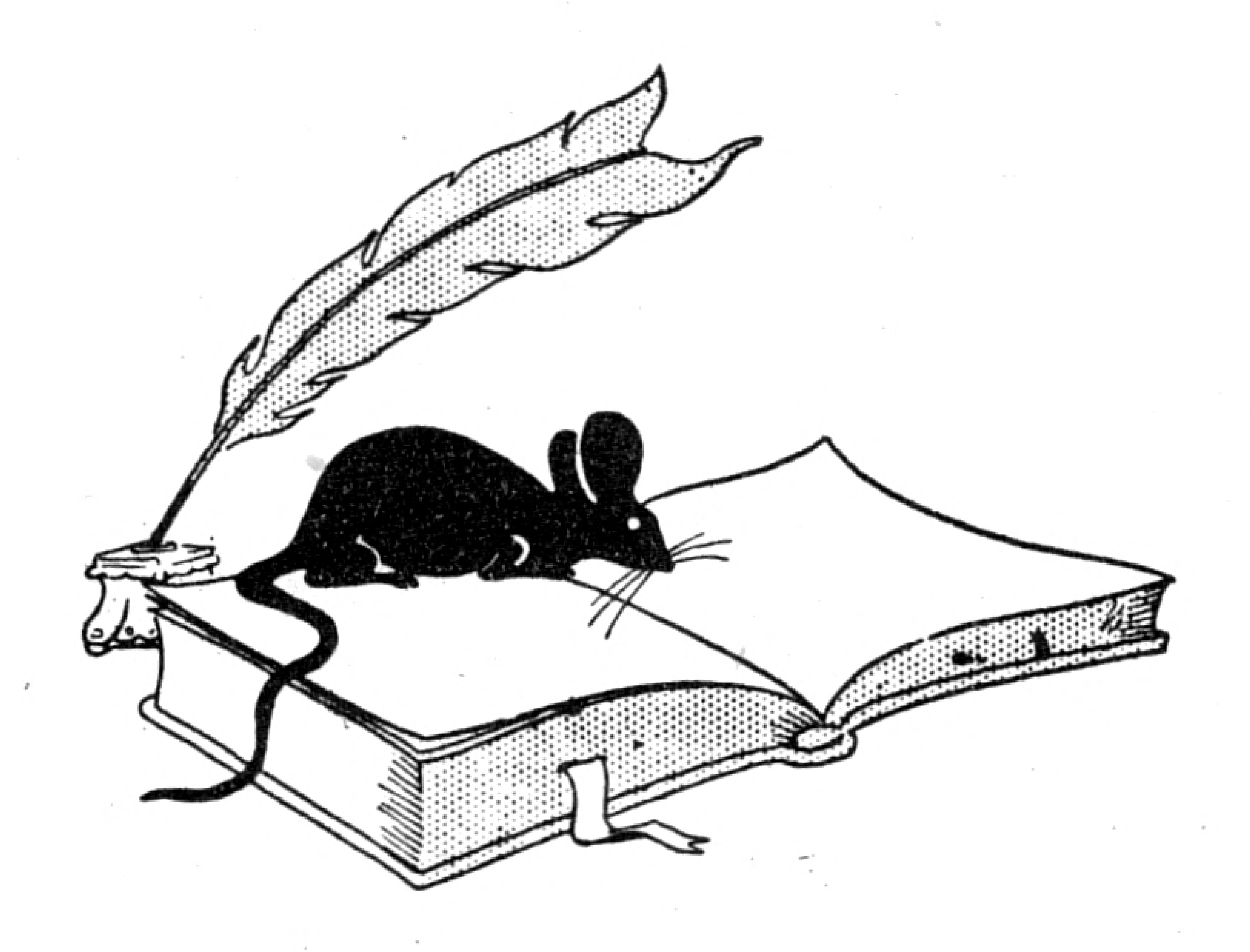
—Al humilde Jumento
Su Dueño daba paja, y le decía:
"Toma, pues que con eso estás contento".
Díjolo tantas veces, que ya un día

Se enfadó el Asno, y replicó: —Yo tomo
Lo que me quieras dar; pero, hombre injusto,
¿Piensas que sólo de la paja gusto?
Dame grano, y verás si me lo como —.

Sepa quien para el público trabaja
Que tal vez a la plebe culpa en vano;
Pues, si en dándole paja, come paja,
Siempre que le dan grano, come grano.

Quien escribe para el público y no escribe bien no debe fundar su disculpa en el mal gusto del vulgo.





XXIX

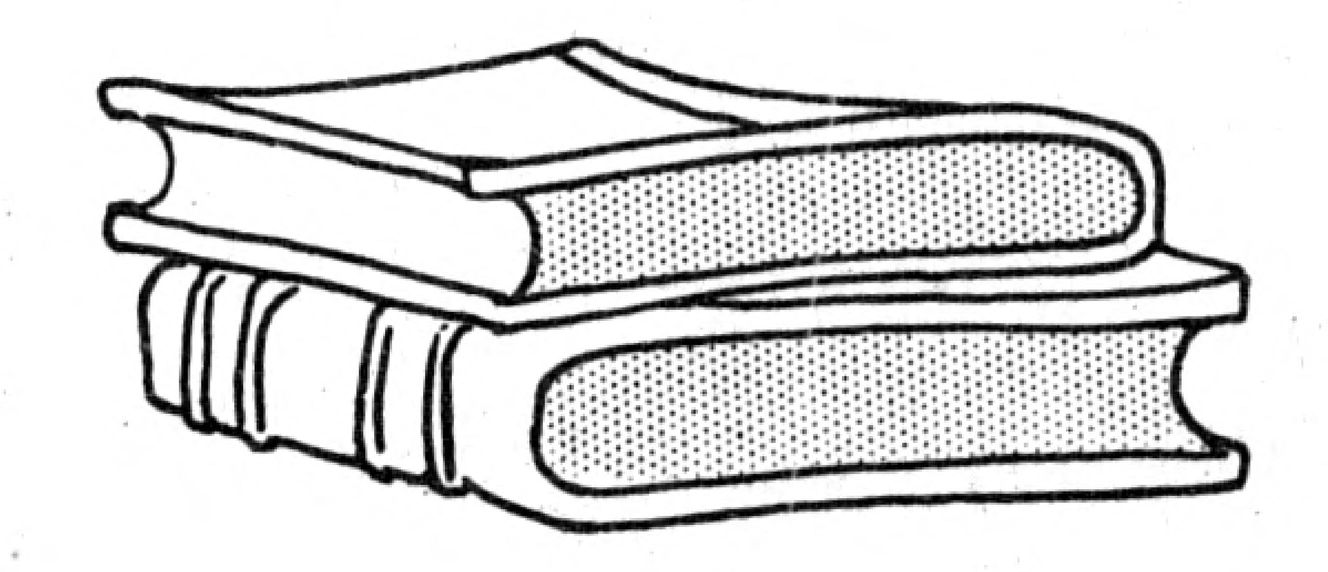
EL ERUDITO Y EL RATON

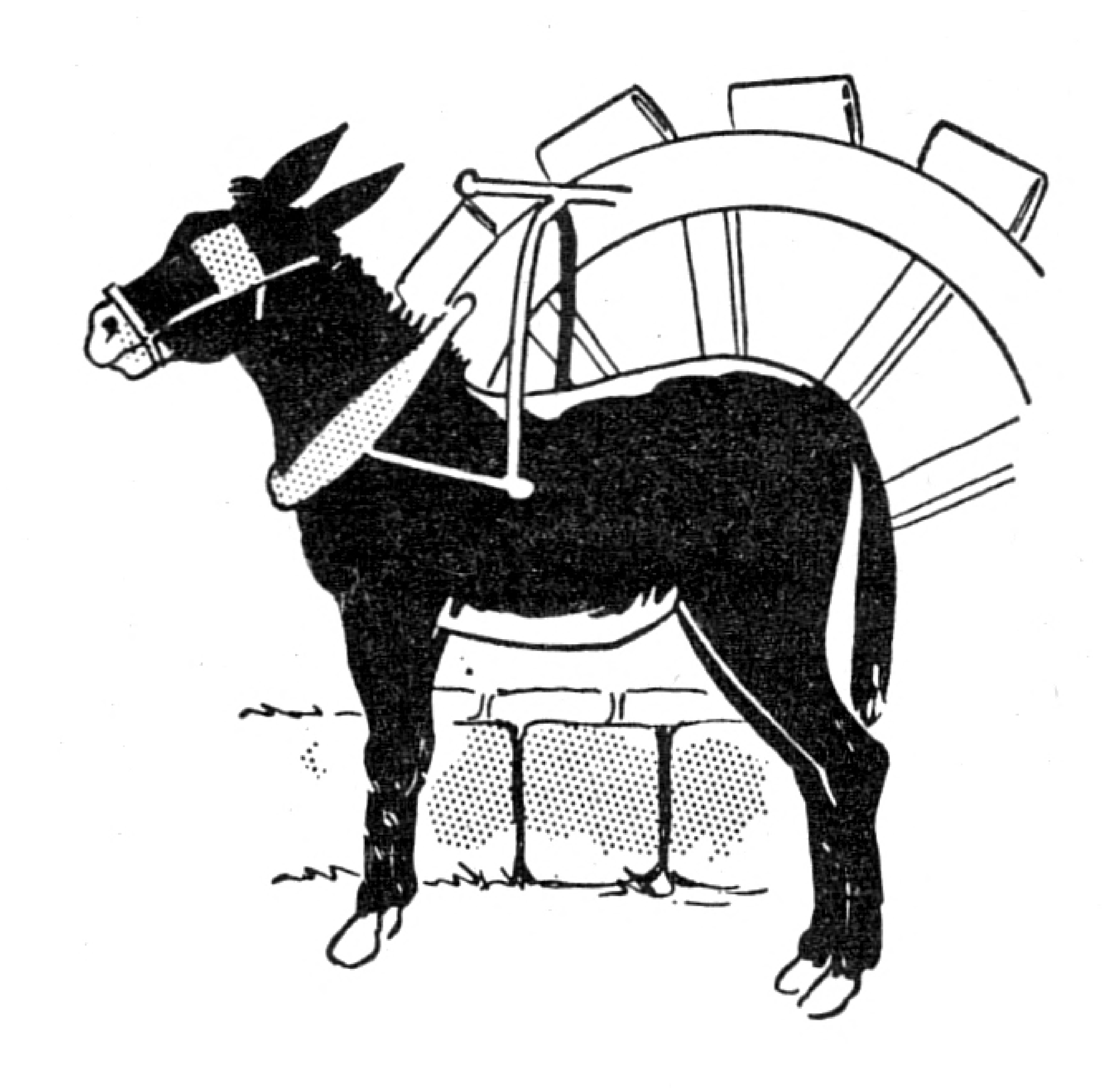
En el cuarto de un célebre Erudito
Se hospedaba un Ratón, Ratón maldito,
Que no se alimentaba de otra cosa
Que de roerle siempre verso y prosa.
Ni de un Gatazo el vigilante celo
Pudo llegarle al pelo,
Ni extrañas invenciones
De varias e ingeniosas ratoneras,
O el rejalgar en dulces confecciones,
Curar lograron su incesante anhelo
De registrar las doctas papeleras
Y acribillar las páginas enteras.
Quiso luego la trampa
Que el perseguido autor diese a la estampa
Sus obras de elocuencia y poesía;
Y aquel bicho travieso,
Si antes el manuscrito le roía,
Mucho mejor roía ya lo impreso.

—¡Qué desgracia la mía!
—El literato exclama —. Ya estoy harto
De escribir para gente roedora;
Y por no verme en esto, desde ahora
Papel blanco no más habrá en mi cuarto.
Yo haré que este desorden se corrija...—.
Pero sí: la traidora sabandija,
Tan hecha a malas mañas, igualmente
En el blanco papel hincaba el diente.
El autor, aburrido,
Echa en la tinta dosis competente
De solimán molido,
Escribe (yo no sé si en prosa o verso).
Devora, pues, el animal perverso,
Y revienta por fin... —¡Feliz receta!
—Dijo entonces el crítico poeta —.
Quien tanto roe, mire no le escriba
Con un poco de tinta corrosiva —.

Bien hace quien su crítica modera,
Pero usarla conviene más severa
Contra censura injusta y ofensiva,
Cuando no hablar con sincero denuedo
Poca razón arguye, o mucho miedo.

Hay casos en que es necesaria la crítica severa.





XXX

EL GOZQUE Y EL MACHO DE NORIA

Bien habrá visto el lector
En hostería o convento
Un artificioso invento
Para andar el asador.

Rueda de madera es
Con escalones, y un Perro
Metido en aquel encierro
Le da vueltas con los pies.

Parece que cierto Can
Que la máquina movía,
Empezó a decir un día:
—Bien trabajo, ¿y qué me dan?



¡Cómo sudo! ¡Ay, infeliz!
Y al cabo, por gran exceso,
Me arrojarán algún hueso
Que sobre de esa perdiz.

Con mucha incomodidad
Aquí la vida se pasa:
Me iré, no sólo de casa,
Mas también de la ciudad —.

Apenas le dieron suelta,
Huyendo con disimulo,
Llegó al campo, en donde un Mulo
A una noria daba vuelta.



Y no le hubo visto bien,
Cuando dijo: —¿Quién va allá?
Parece que por acá
Asamos carne también.

—No aso carne, que agua saco —
El Macho le respondió.
—Eso también lo haré yo
—Saltó el Can —, aunque estoy flaco.



Como esa rueda es mayor,
Algo más trabajaré.
¿Tanto pesa?... Pues ¿y qué?
¿No ando la de mi asador?

Me habrán de dar, sobre todo,
Más ración; tendré más gloria... —.
Entonces el de la noria
Le interrumpió de este modo:

—Que se vuelva le aconsejo
A voltear su asador,
Que esta empresa es superior
A las fuerzas de un gozquejo—.

¡Miren el Mulo bellaco,
Y qué bien le replicó!
Lo mismo he leído yo
En un tal Horacio Flaco:

Que a un autor da por gran yerro
Cargar con lo que después
No podrá llevar; esto es,
Que no ande la noria el Perro.

Nadie emprenda obra superior a sus fuerzas.





XXXI

LA ARDILLA Y EL CABALLO

Mirando estaba una Ardilla
A un generoso Alazán,
Que, dócil a espuela y rienda,
Se adiestraba en galopar.

Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y a compás,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:

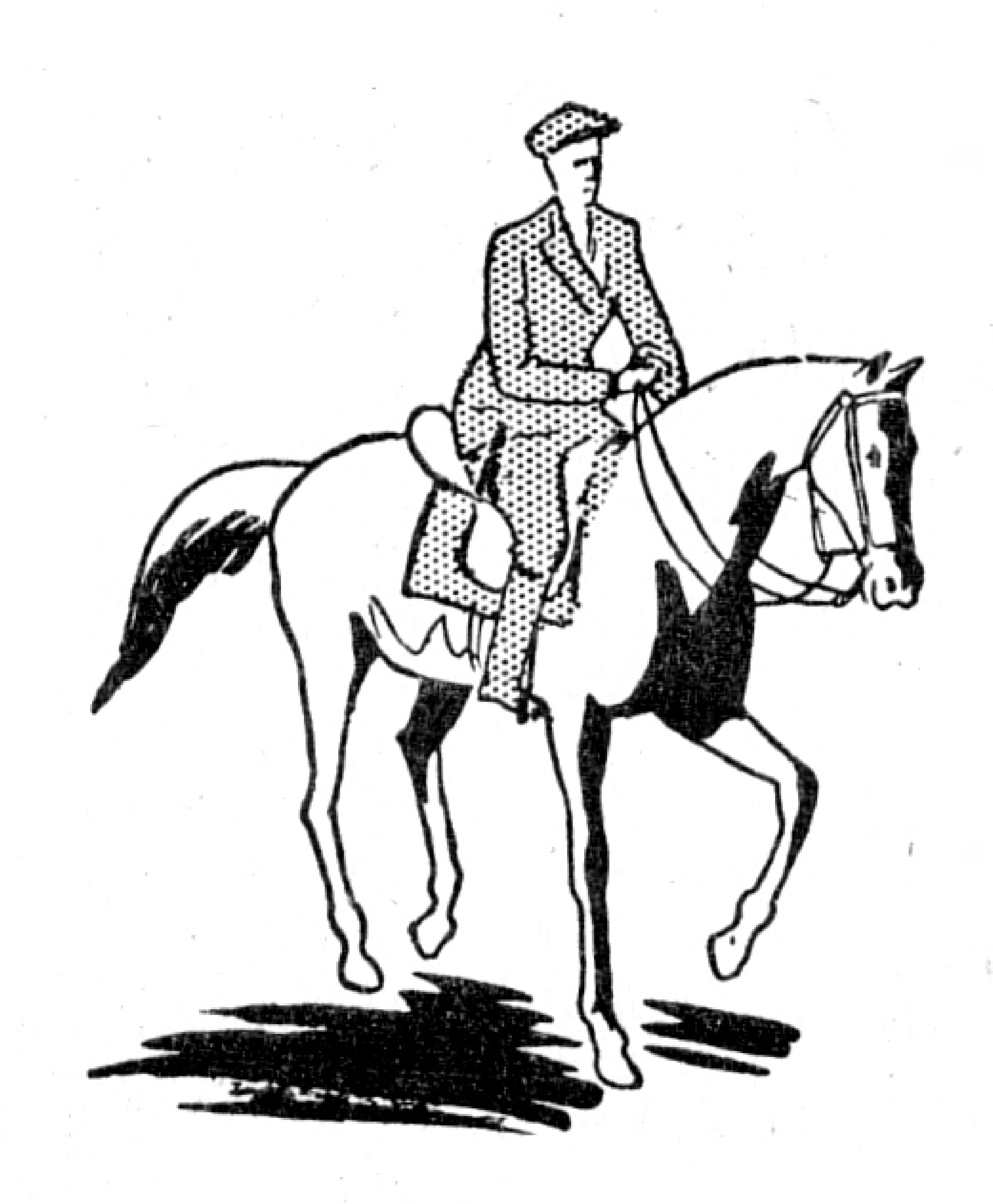
—Señor mío:
De ese brío,
Ligereza
Y destreza
No me espanto,
Que otro tanto
Suelo hacer y acaso más.
Yo soy viva,
Soy activa;
Me meneo,
Me paseo;
Yo trabajo,
Subo y bajo,
No me estoy quieta jamás —.

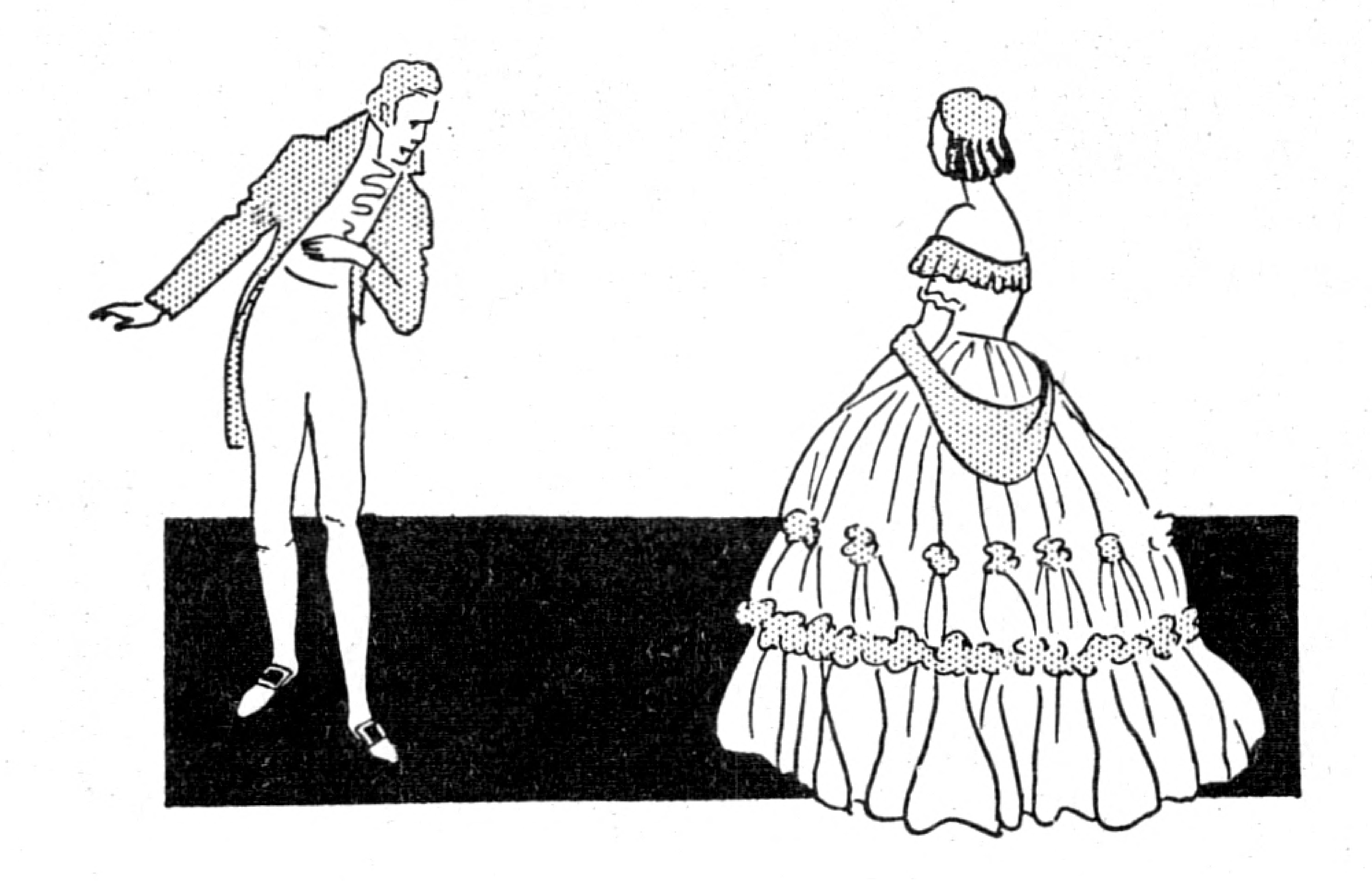
El paso detiene entonces
El buen Potro, y muy formal,
En los términos siguientes,
Respuesta a la Ardilla da:
—Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas,
Quiero, amiga,
Que me digas:
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afano,
Mas no en vano:
Sé mi oficio;
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño
De lucir mi habilidad —.



Conque algunos escritores
Ardillas también serán
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

Algunos emplean en obras frívolas tanto afán como otros en las importantes.



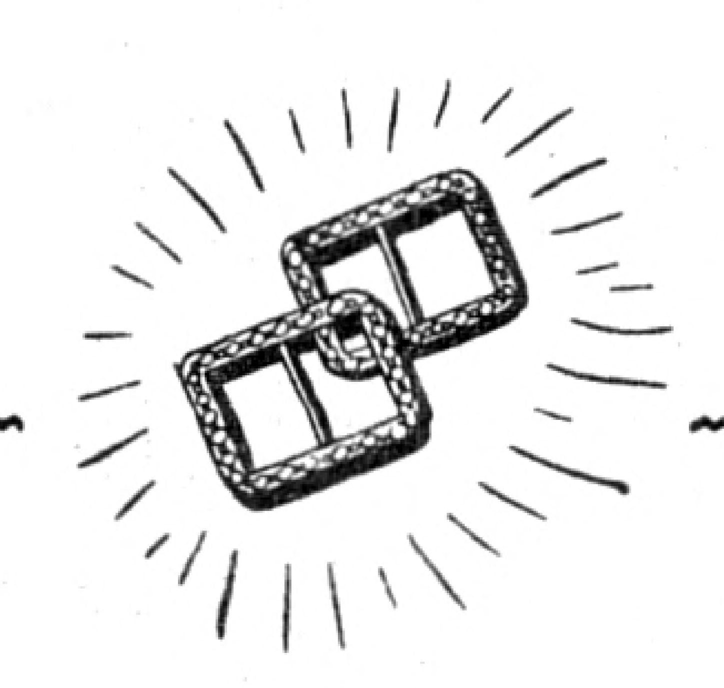


XXXII

EL GALÁN Y LA DAMA

Cierto Galán, a quien París aclama
Petimetre del gusto más extraño,
Que cuarenta vestidos muda al año,
Y el oro y plata sin temor derrama,

Celebrando los días de su Dama
Unas hebillas estrenó de estaño,
Sólo para probar con este engaño
Lo seguro que estaba de su fama.





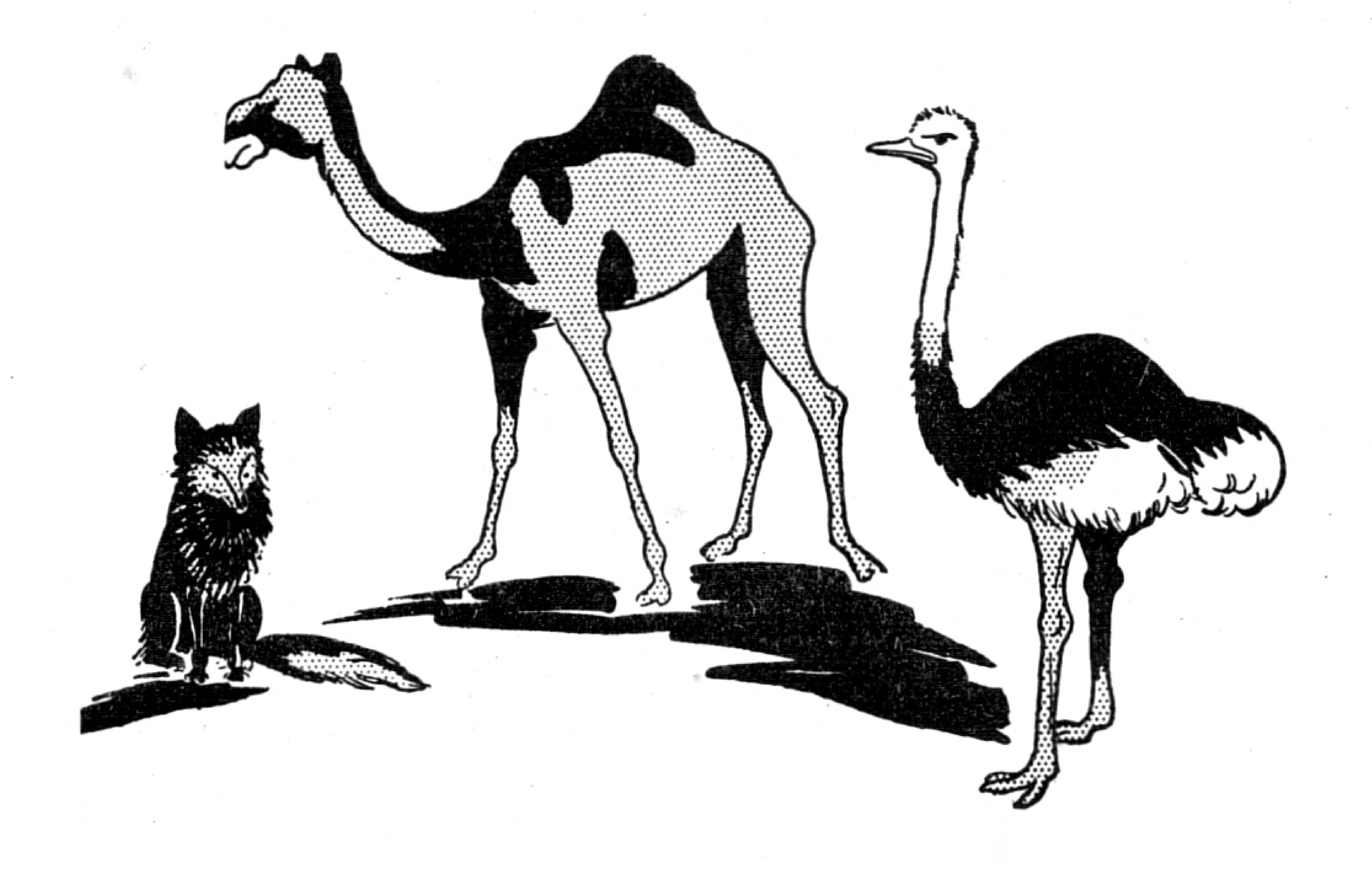
—¡Bella plata! ¡Qué brillo tan hermoso!
—Dijo la Dama —. ¡Viva el gusto y numen
Del petimetre, en todo primoroso! —



Y ahora digo yo: Llene un volumen
De disparates un autor famoso,
Y si no le alabaren, que me emplumen.

Cuando un autor ha llegado a ser famoso, todo se le aplaude.



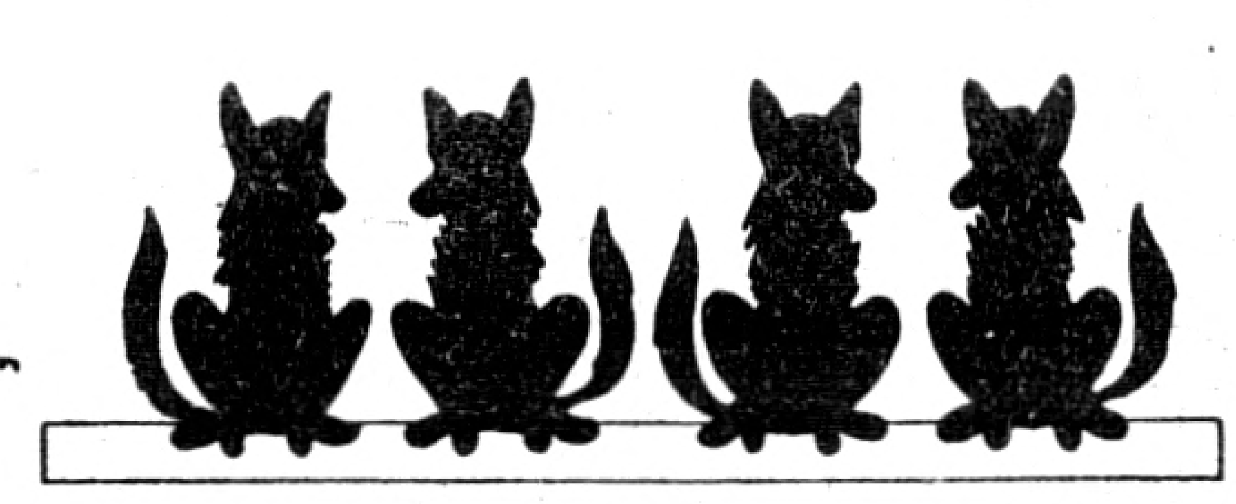


XXXIII

EL AVESTRUZ, EL DROMEDARIO Y LA ZORRA

Para pasar el tiempo congregada
Una tertulia de animales varios
(Que también entre brutos hay tertulias)
Mil especies en ella se tocaron.
Hablóse allí de las diversas prendas
De que cada animal está dotado.
Este a la Hormiga alaba, aquél al Perro,
Quién a la Abeja, quién al Papagayo.

—No—dijo el Avestruz—: en mi dictamen
No hay mejor animal que el Dromedario —.
El Dromedario dijo: — Yo confieso
Que sólo el Avestruz es de mi agrado —.





Ninguno adivinó por qué motivo
Ambos tenían gusto tan extraño.
—¿Será porque los dos abultan mucho?
¿O por tener los dos los cuellos largos?



¿O porque el Avestruz es algo simple
Y no muy advertido el Dromedario?
¿O bien porque son feos uno y otro?
¿O porque tienen en el pecho un callo?

O puede ser también... —No es nada de eso
—La Zorra interrumpió —. Ya di en el caso:
¿Sabéis por qué motivo el uno al otro
Tanto se alaban? Porque son paisanos —.

En efecto: ambos eran berberiscos;
Y no fué juicio, no, tan temerario
El de la Zorra, que no pueda hacerse
Tal vez igual de algunos literatos.

También en la literatura suele dominar el espíritu de paisanaje.





XXXIV

EL CUERVO Y EL PAVO

Pues, como digo, es el caso,
Y vaya de cuento,
Que a volar se desafiaron
Un Pavo y un Cuervo.

Al término señalado,
¿Cuál llegó primero?
Considérelo quien de ambos
Haya visto el vuelo.

—Aguarda — le dijo el Pavo
Al Cuervo de lejos —:
¿Sabes lo que estoy pensando?
Que eres negro y feo.



Escucha: también reparo —
Le gritó más recio —
En que eres un pajarraco
De muy mal agüero.

¡Quita allá, que das asco,
Grandísimo puerco!
Sí, que tienes por regalo
Comer cuerpos muertos.

—Todo esto no viene al caso
—Le responde el Cuervo —,
Porque aquí sólo tratamos
De ver qué tal vuelo —.

Cuando en las obras del sabio
No encuentra defectos,
Contra la persona cargos
Suele hacer el necio.

Cuando se trata de notar los defectos de una obra, no deben censurarse los personales de su autor.





XXXV

LA ORUGA Y LA ZORRA

Si se acuerda el lector de la tertulia
En que en presencia de animales varios
La Zorra adivinó por qué se daban
Elogios Avestruz y Dromedario,

Sepa que en la mismísima tertulia
Un día se trataba del Gusano
Artífice ingenioso de la seda,
Y todos ponderaban su trabajo.

Para muestra presentan un capullo:
Examínanle, crecen los aplausos;
Y aun el Topo, con todo que es un ciego,
Confesó que el capullo era un milagro.



Desde un rincón la Oruga murmuraba
En ofensivos términos, llamando
La labor admirable, friolera,
Y a sus elogiadores, mentecatos.

Preguntábanse, pues, unos a otros:
—¿Por qué este miserable gusarapo
El único ha de ser quien vitupere
Lo que todos acordes alabamos? —.

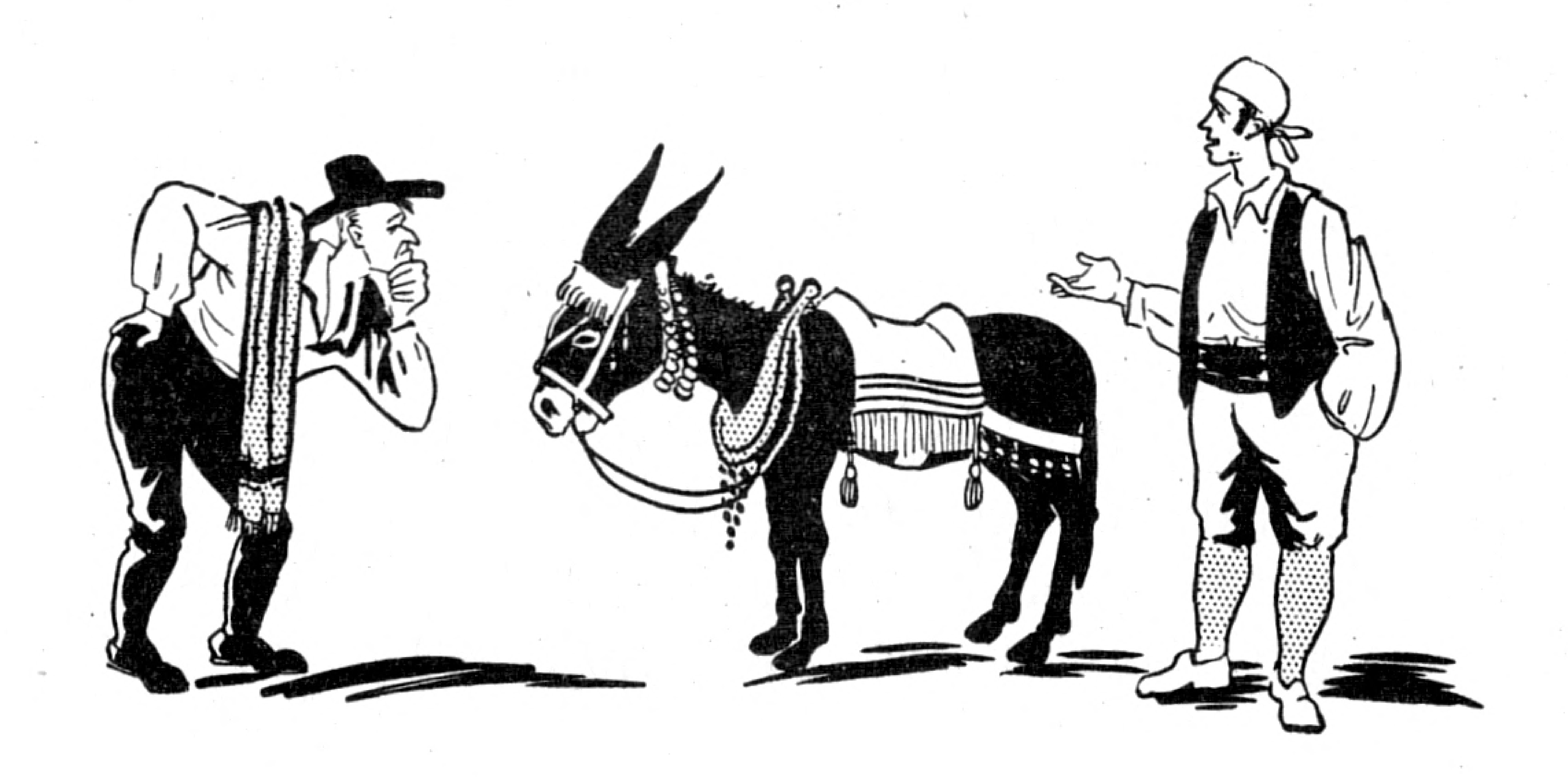


Saltó la Zorra y dijo: —¡Pese a mi alma!
El motivo no puede estar más claro.
¿No sabéis, compañeros, que la Oruga
También labra capullos, aunque malos? —.

Laboriosos ingenios perseguidos,
¿Queréis un buen consejo? Pues, cuidado.
Cuando os provoquen ciertos envidiosos,
No hagáis más que contarles este caso.

La literatura es la profesión en que más se verifica el proverbio: "¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio".

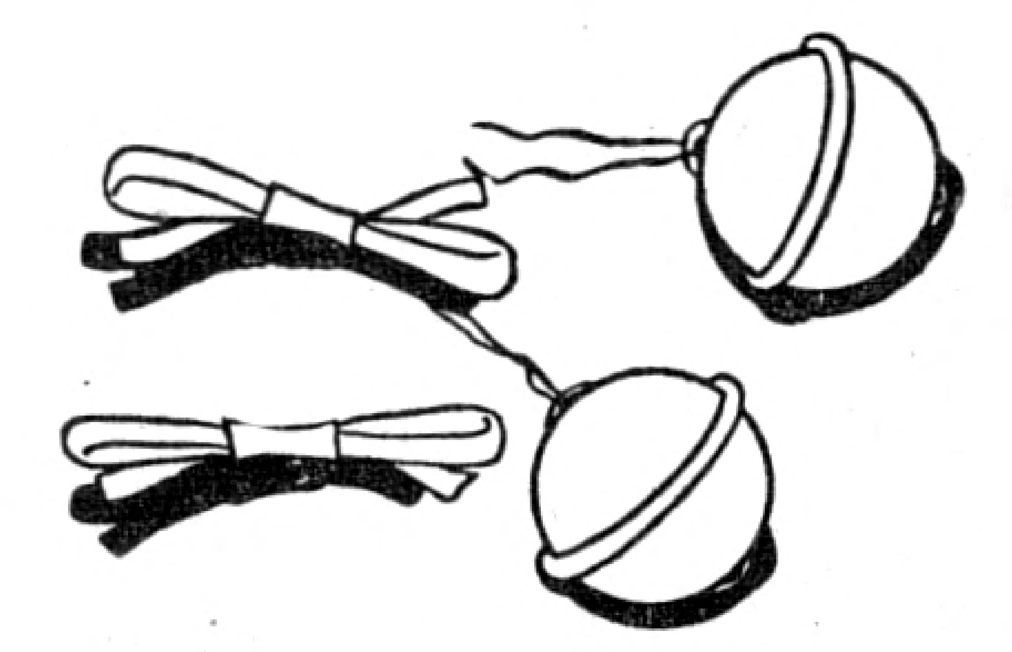


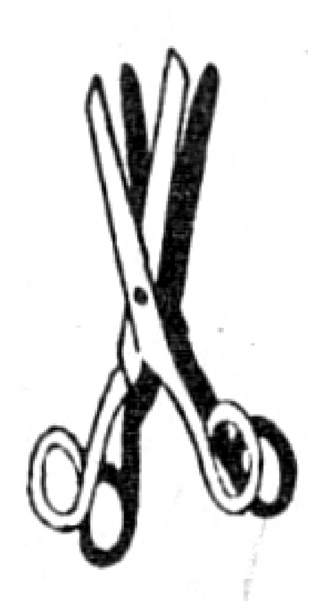


XXXVI

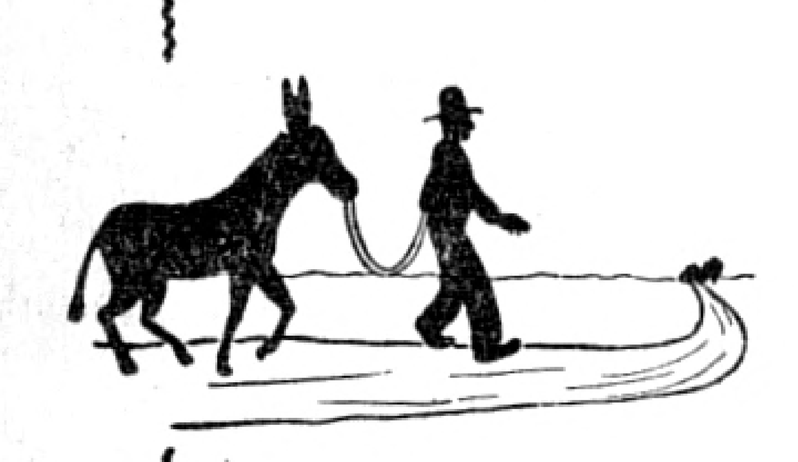
LA COMPRA DEL ASNO

Ayer por mi calle
Pasaba un Borrico,
El más adornado
Que en mi vida he visto.
Albarda y cabestro
Eran nuevecitos,
Con flecos de seda
Rojos y amarillos.
Borlas y penacho
Llevaba el Pollino;
Lazos, cascabeles,
Y otros atavíos.
Y hechos a tijera,
Con arte prolijo,





En pescuezo y anca
Dibujos muy lindos.
Parece que el dueño,
Que es, según me han dicho,
Un chalán gitano
De los más ladinos,
Vendió aquella alhaja
A un hombre sencillo;
Y añaden que al pobre
Le costó un sentido.



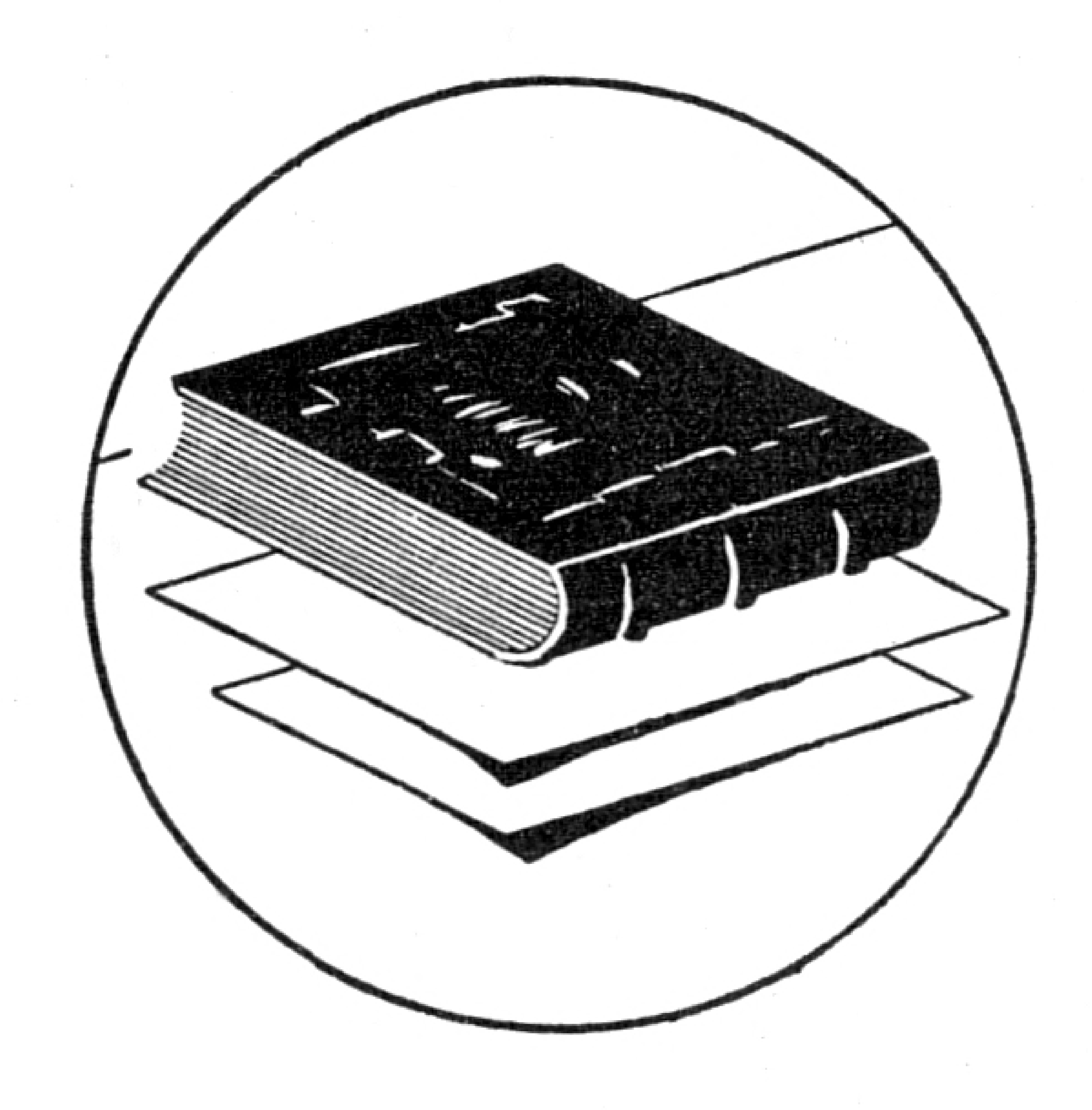
Volviendo a su casa,
Mostró a sus vecinos
La famosa compra,
Y uno de ellos dijo:
—Veamos, compadre,
Si este animalito
Tiene tan buen cuerpo
Como buen vestido —.
Empezó a quitarle
Todos los aliños;

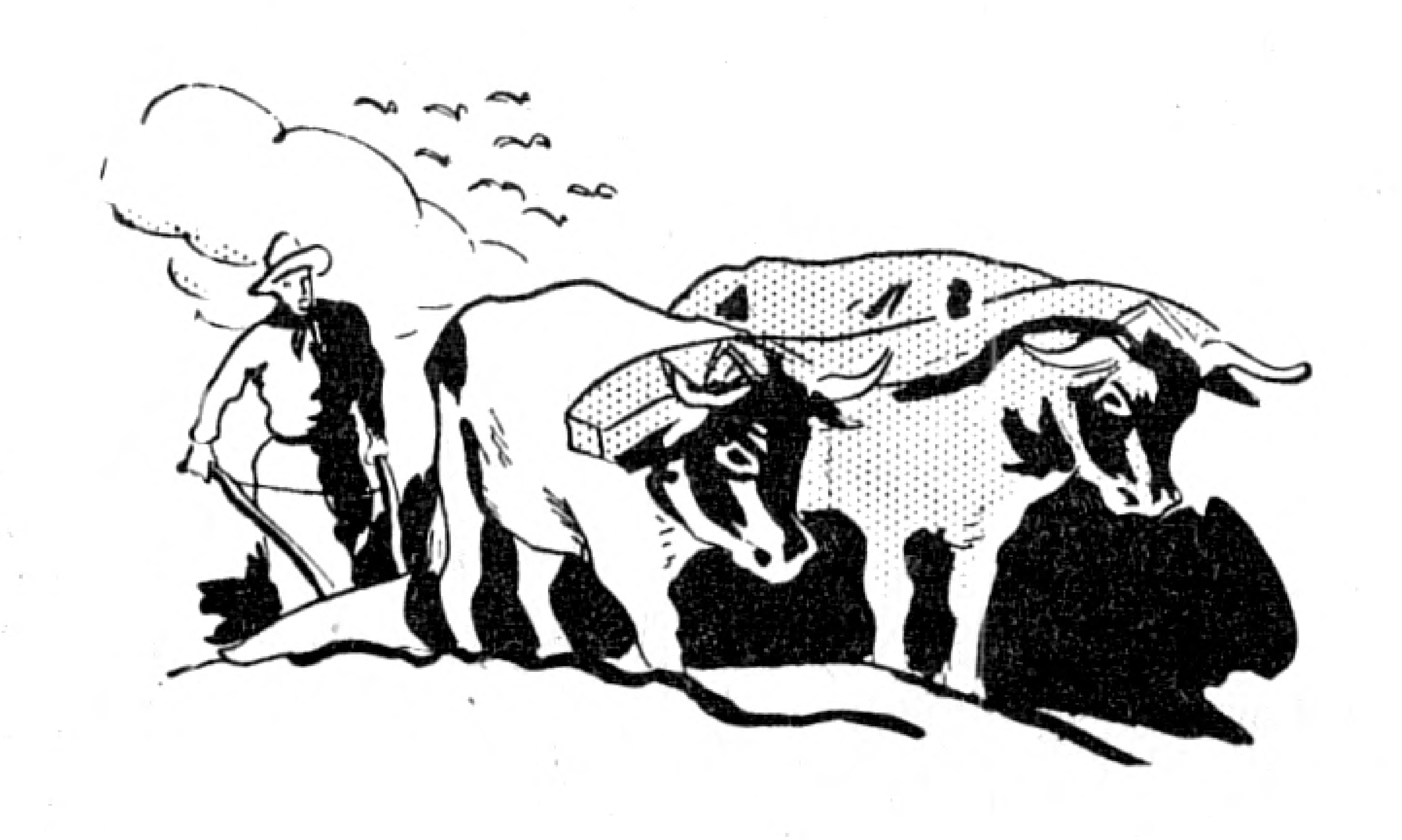


Y bajo la albarda,
Al primer registro,
Le hallaron el lomo
Asaz malherido,
Con seis mataduras
Y tres lobanillos,
Amén de dos grietas
Y un tumor antiguo
Que bajo la cincha
Estaba escondido.
—¡Burro — dijo el hombre —;
Más que el Burro mismo
Soy yo, que me pago
De adornos postizos! —.

A fe que este lance
No echaré en olvido;
Pues viene de molde
A un amigo mío,
El cual a buen precio
Ha comprado un libro
Bien encuadernado
Que no vale un pito.

Es ser muy necio comprar libros sólo por la encuadernación.





XXXVII

EL BUEY Y LA CIGARRA

Arando estaba el Buey, y a poco trecho
La Cigarra, cantando, le decía:
—¡Ay, ay! ¡Qué surco tan torcido has hecho!—.
Pero él le respondió: —Señora mía,

Si no estuviera lo demás derecho,
Usted no conociera lo torcido.
Calle, pues, la haragana reparona;
Que a mi amo sirvo bien, y él me perdona

Entre tantos aciertos un descuido —.
¡Miren quién hizo a quién cargo tan fútil!
¡Una Cigarra al animal más útil!

Mas, ¿si me habrá entendido
El que a tachar se atreve
En obras grandes un defecto leve?

Muy necio y envidioso es quien afea un pequeño descuido en una obra grande.



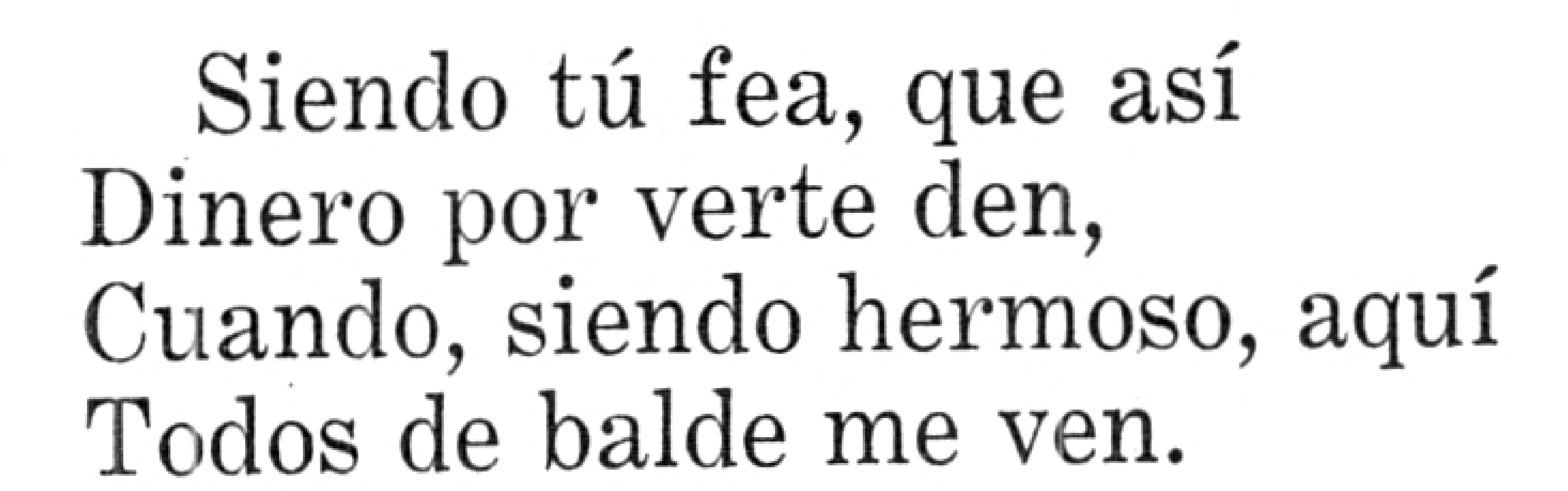
XXXVIII

EL GUACAMAYO Y LA MARMOTA

Un pintado Guacamayo
Desde un mirador veía
Cómo un extranjero payo,
Que saboyano sería,

Por dinero una alimaña
Enseñaba muy feota,
Dándola por cosa extraña;
Es a saber: la Marmota.

Salía de su cajón
Aquel ridículo Bicho,
Y el Ave, desde el balcón,
Le dijo: —Raro capricho,

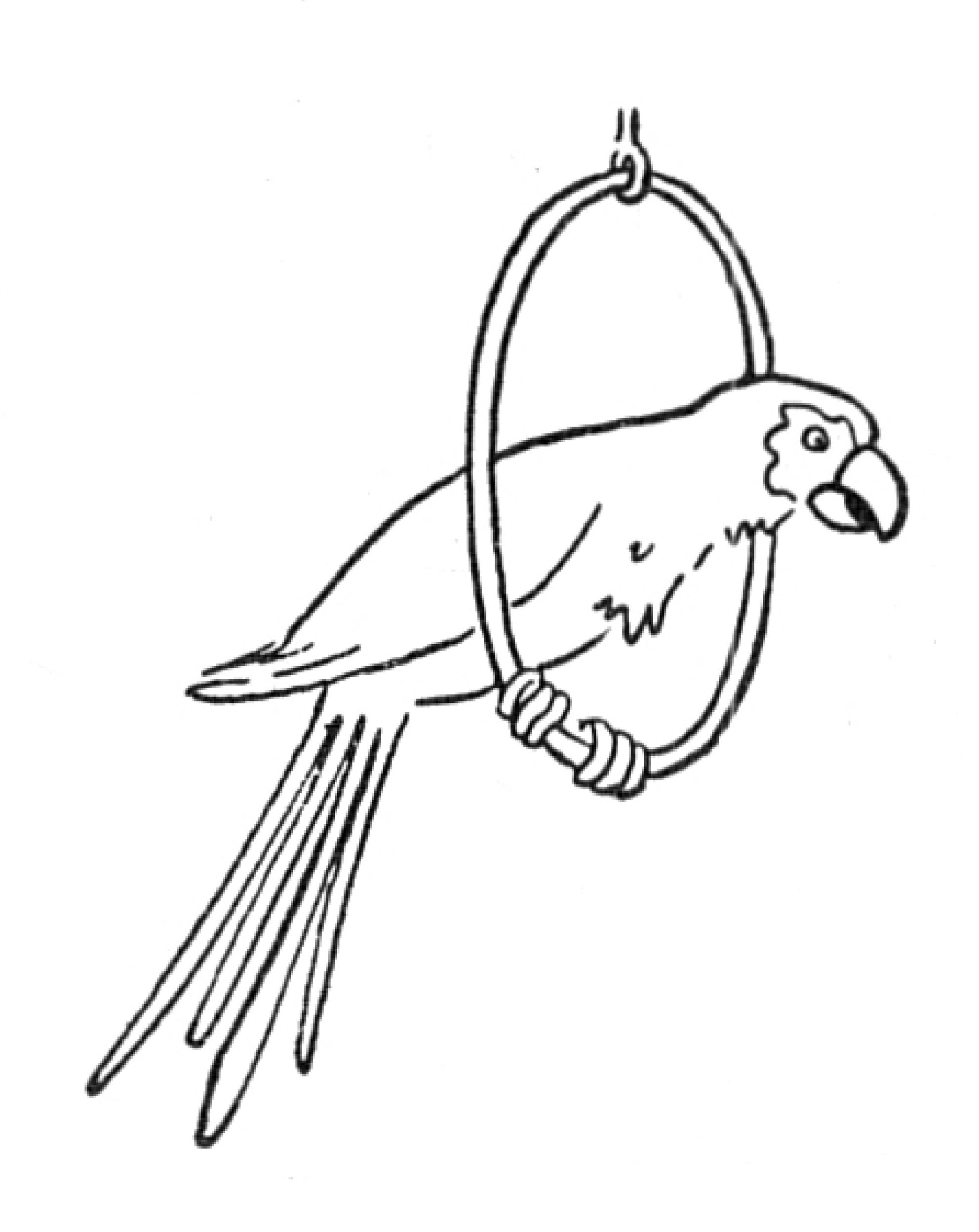


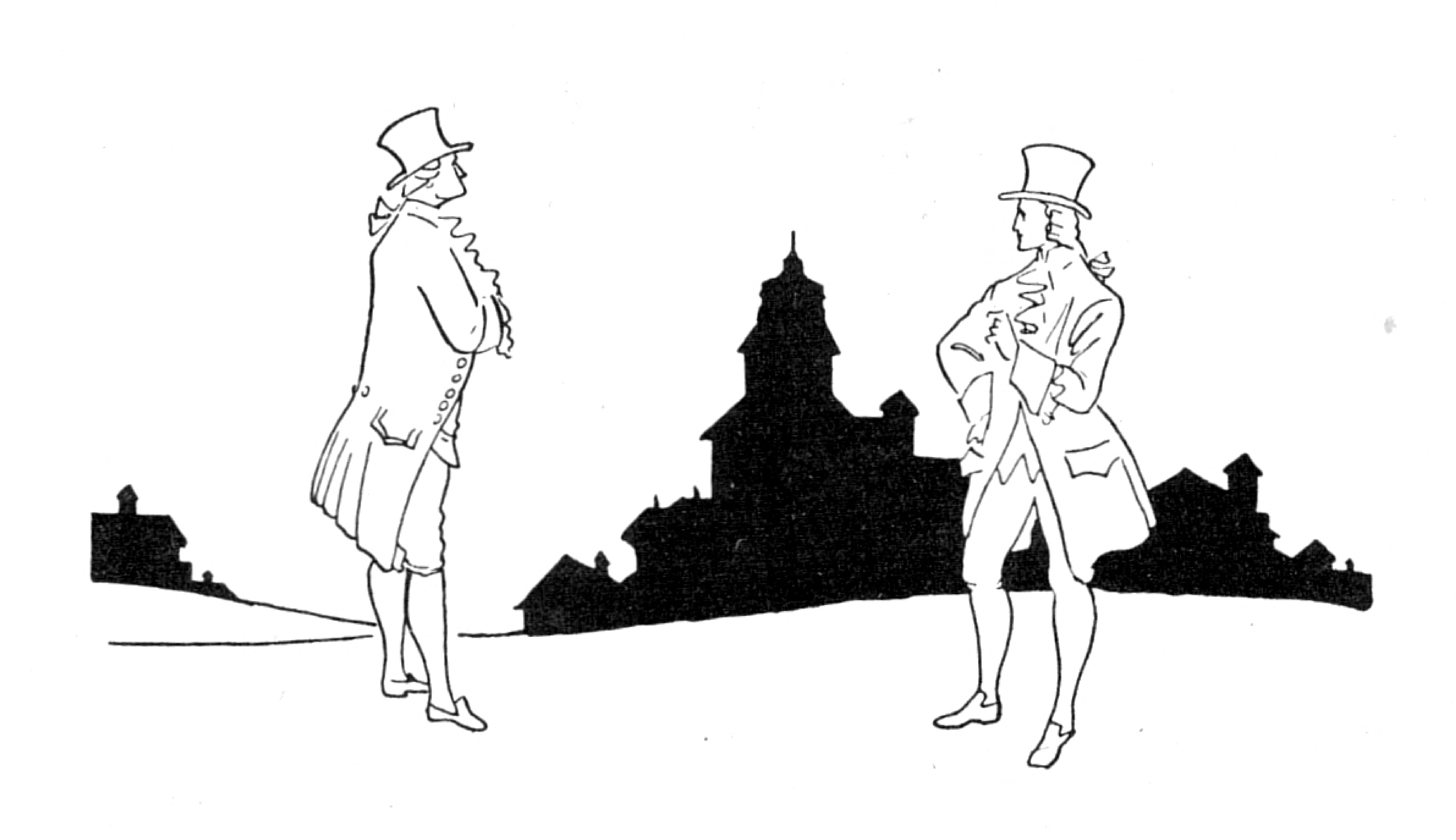
Siendo tú fea, que así
Dinero por verte den,
Cuando, siendo hermoso, aquí
Todos de balde me ven.

Puede que seas, no obstante,
Algún precioso animal;
Mas yo tengo ya bastante
Con saber que eres venal —.

Oyendo esto un mal autor,
Se fué como avergonzado.
¿Por qué? Porque un impresor
Le tenía asalariado.

Ordinariamente no es escritor de gran mérito el que hace venal el ingenio.





XXXIX

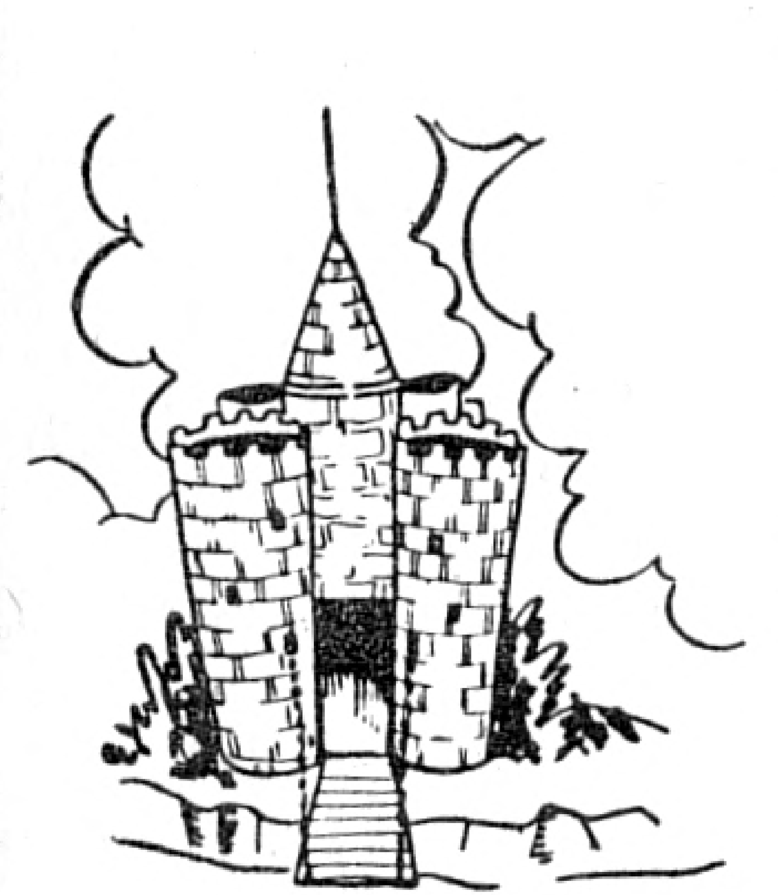
LOS DOS HUESPEDES

Pasando por un pueblo
De la montaña,
Dos Caballeros mozos
Buscan posada...
De dos vecinos
Reciben mil ofertas
Los dos amigos.

Porque a ninguna quieren
Hacer desaire,
En casa de uno y otro
Van a hospedarse.
De ambas mansiones
Cada huésped la suya
A gusto escoge.



La que el uno prefiere
Tiene un gran patio,
Con su gran frontispicio
Como un palacio.
Sobre la puerta
Su escudo de armas tiene
Hecho de piedra.



La del otro, a la vista,
No era tan grande;
Mas dentro no faltaba
Donde alojarse:
Como que había
Piezas de muy buen temple,
Claras y limpias.

Pero el otro palacio
Del frontispicio
Era, además de estrecho,
Oscuro y frío;
Mucha portada,
Y por dentro desvanes
A teja vana.

El que allí pasó un día
Mal hospedado
Contaba al compañero
El fuerte chasco;
Pero él le dijo:
—Otros chascos como ése
Dan muchos libros.

Las portadas ostentosas de los libros engañan mucho.



XL

EL TE Y LA SALVIA

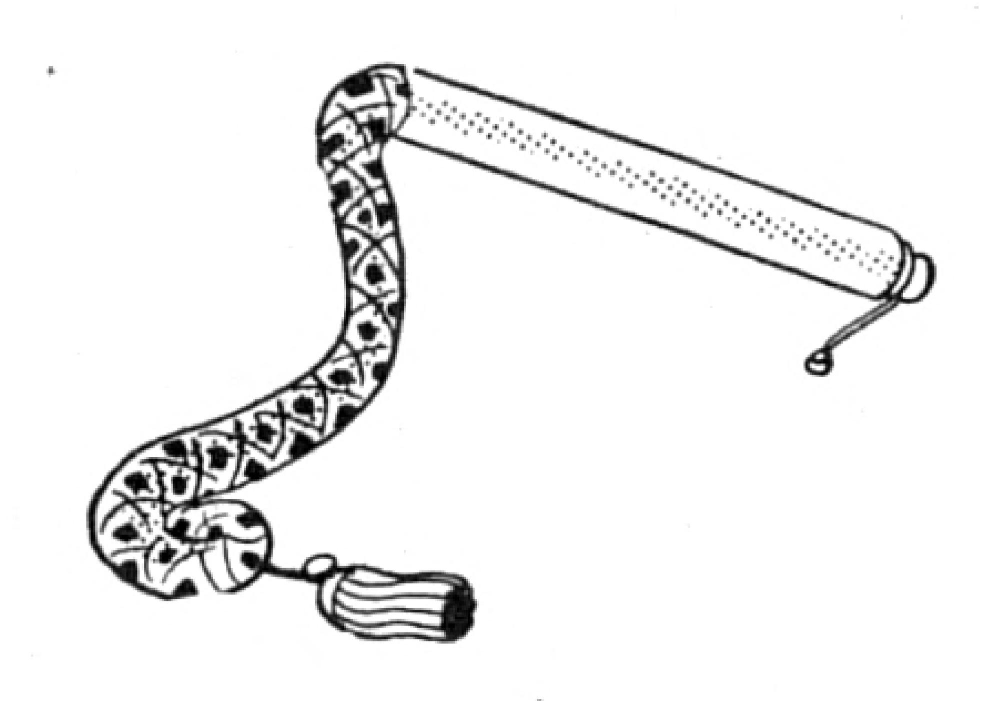
El Té, viniendo del imperio chino,
Se encontró con la Salvia en el camino.
Ella le dijo: —¿Adónde vas, compadre?
—A Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran a buen precio.
—Yo—respondió la Salvia—voy a China,
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamás he podido hacer fortuna.
—Anda con Dios, no perderás el viaje;
Pues no hay nación alguna
Que a todo lo extranjero
No dé con gusto aplausos y dinero —.

La Salvia me perdone,
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario,
Yo no defendería lo contrario,
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio:

Y. español que tal vez recitaría
Quinientos versos de Boileau y el Tasso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

Algunos sólo aprecian la literatura extranjera y no tienen la menor noticia de la de su nación.

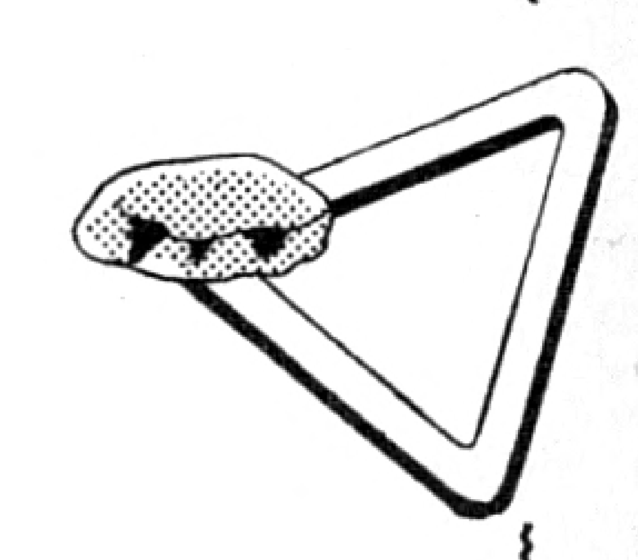




XLI

EL PEDERNAL Y EL ESLABON

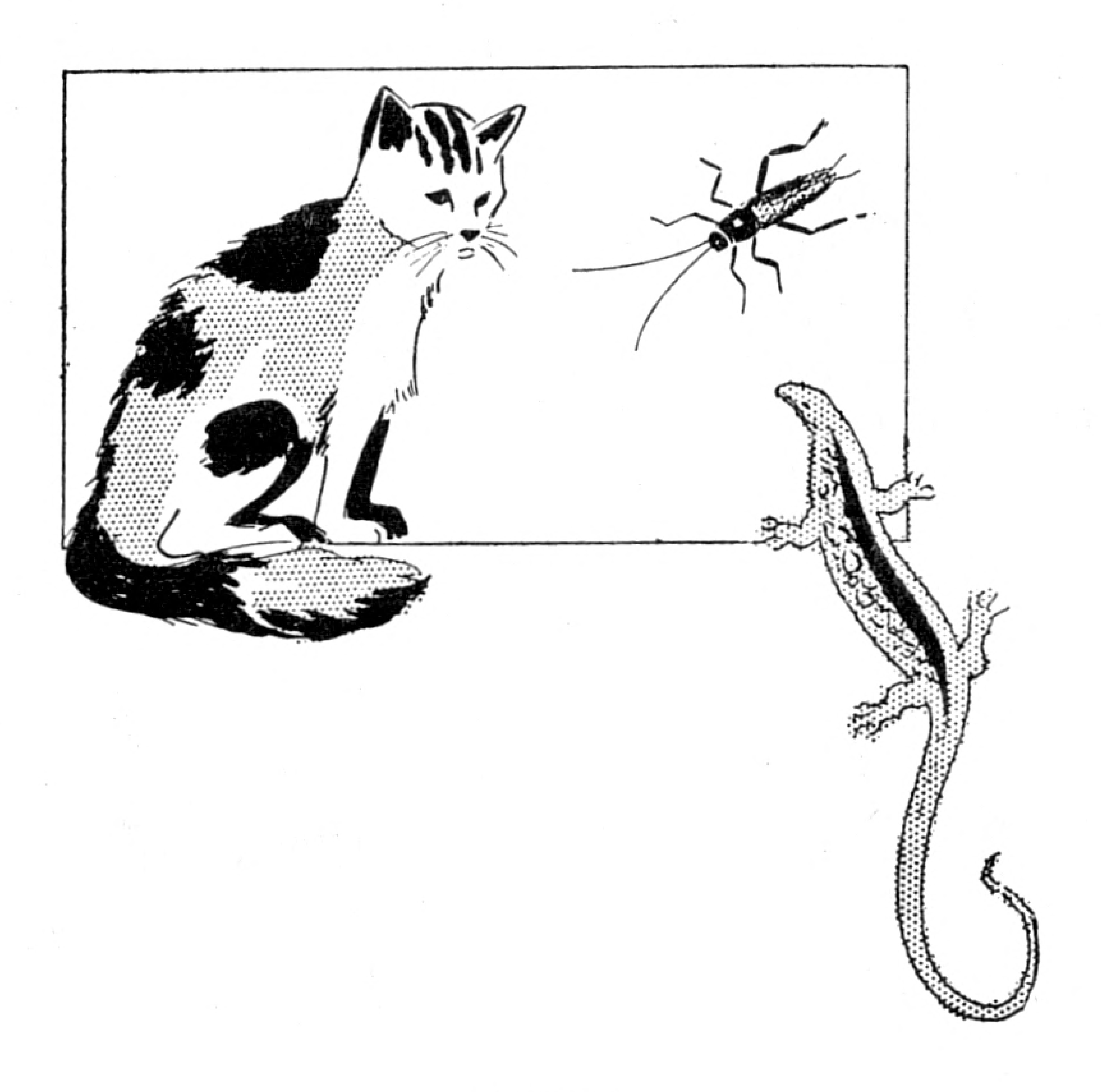
Al Eslabón de crüel
Trató el Pedernal un día,
Porque a menudo le hería
Para sacar chispas de él.
Riñendo éste con aquél,
Al separarse los dos,
—Quedaos — dijo — con Dios,
¿Valéis vos algo sin mí? —.
Y el otro responde: —Sí,
Lo que sin mí valéis vos —.



Este ejemplo material,
Todo escritor considere
Que el largo estudio no uniere
Al talento natural:
Ni da lumbre el Pedernal
Sin auxilio de Eslabón,
Ni hay buena disposición
Que luzca faltando el arte.
Si obra cada cual aparte,
Ambos inútiles son.

La naturaleza y el arte han de ayudarse recíprocamente.





XLII

EL GATO, EL LAGARTO Y EL GRILLO

Ello es que hay animales muy científicos
En curarse con varios específicos
Y en conservar su construcción orgánica,
Como hábiles que son en la Botánica;
Pues conocen las hierbas diuréticas,
Catárticas, narcóticas, eméticas,
Febrífugas, estípticas, prolíficas,
Cefálicas también y sudoríficas.

En esto era gran práctico y teórico
Un Gato, pedantísimo retórico,
Que hablaba en un estilo tan enfático
Como el más estirado catedrático.



Yendo a caza de plantas salutíferas,
Dijo a un Lagarto: —¡Qué ansias tan mortí-
[feras!
Quiero, por mis turgencias semihidrópicas,
Chupar el zumo de hojas *heliotrópicas* —.

Atónito el Lagarto con lo exótico
De todo aquel preámbulo estrambótico,
No entendió más la frase macarrónica
Que si le hablasen lengua babilónica.
Pero notó que el charlatán ridículo
De hojas de girasol llenó el ventrículo,
Y le dijo: —Ya, en fin, señor hidrópico,
He entendido lo que es zumo *heliotrópico* —.

¡Y no es bueno que un Grillo, oyendo el diálogo,
Aunque se fué en ayunas del catálogo
De términos tan raros y magníficos,
Hizo del Gato elogios honoríficos!
Sí; que hay quien tiene la hinchazón por mérito,
Y el hablar liso y llano por demérito.

Mas ya que esos amantes de hiperbólicas
Cláusulas y metáforas diabólicas
De retumbantes voces el depósito
Apuran, aunque salga un despropósito,
Caiga sobre su estilo problemático
Este apólogo esdrújulo enigmático.

Por más ridículo que sea el estilo retumbante, siempre habrá necios que le aplaudan, sólo por la razón de que se quedan sin entenderle.



XLIII

LA MUSICA DE LOS ANIMALES

Atención, noble auditorio,
Que la bandurria he templado,
Y han de dar gracias cuando oigan
La jácara que les canto.



En la corte del León,
Día de su cumpleaños,
Unos cuantos animales
Dispusieron un sarao;
Y para darle principio
Con el debido aparato,
Creyeron que una academia
De música era del caso.

Como en esto de elegir
Los papeles adecuados
No todas veces se tiene
El acierto necesario,

Ni hablaron del Ruiseñor,
Ni del Mirlo se acordaron,
Ni se trató de Calandria,
De Jilguero ni Canario.
Menos hábiles cantores,
Aunque más determinados,
Se ofrecieron a tomar
La diversión a su cargo.

Antes de llegar la hora
Del cántico proyectado,
Cada músico decía:
—Ustedes verán qué rato —.
Y al fin la capilla junta
Se presenta en el estrado
Compuesta de los siguientes
Diestrísimos operarios:
Los tiples eran dos Grillos;
Rana y Cigarra, contraltos;
Dos Tábanos, los tenores;
El Cerdo y el Burro, bajos.
¡Con qué agradable cadencia,
Con qué acento delicado
La música sonaría,
No es menester ponderarlo!

Baste decir que los más
Las orejas se taparon,
Y por respeto al León
Disimularon el chasco.

La Rana, por los semblantes,
Bien conoció, sin embargo,
Que habían de ser muy pocas
Las palmadas y los bravos;



Salióse del corro y dijo:
—¡Cómo desentona el Asno! —.
Este replicó: —Los tiples
Sí que están desentonados.
—Quien lo echa todo a perder
—Añadió un Grillo chillando —,
Es el Cerdo. —Poco a poco
—Respondió luego el Marrano —:
Nadie desafina más
Que la Cigarra contralto.
—Tenga modo y hable bien
—Saltó la Cigarra —: es falso;
Esos Tábanos tenores
Son los autores del daño —.

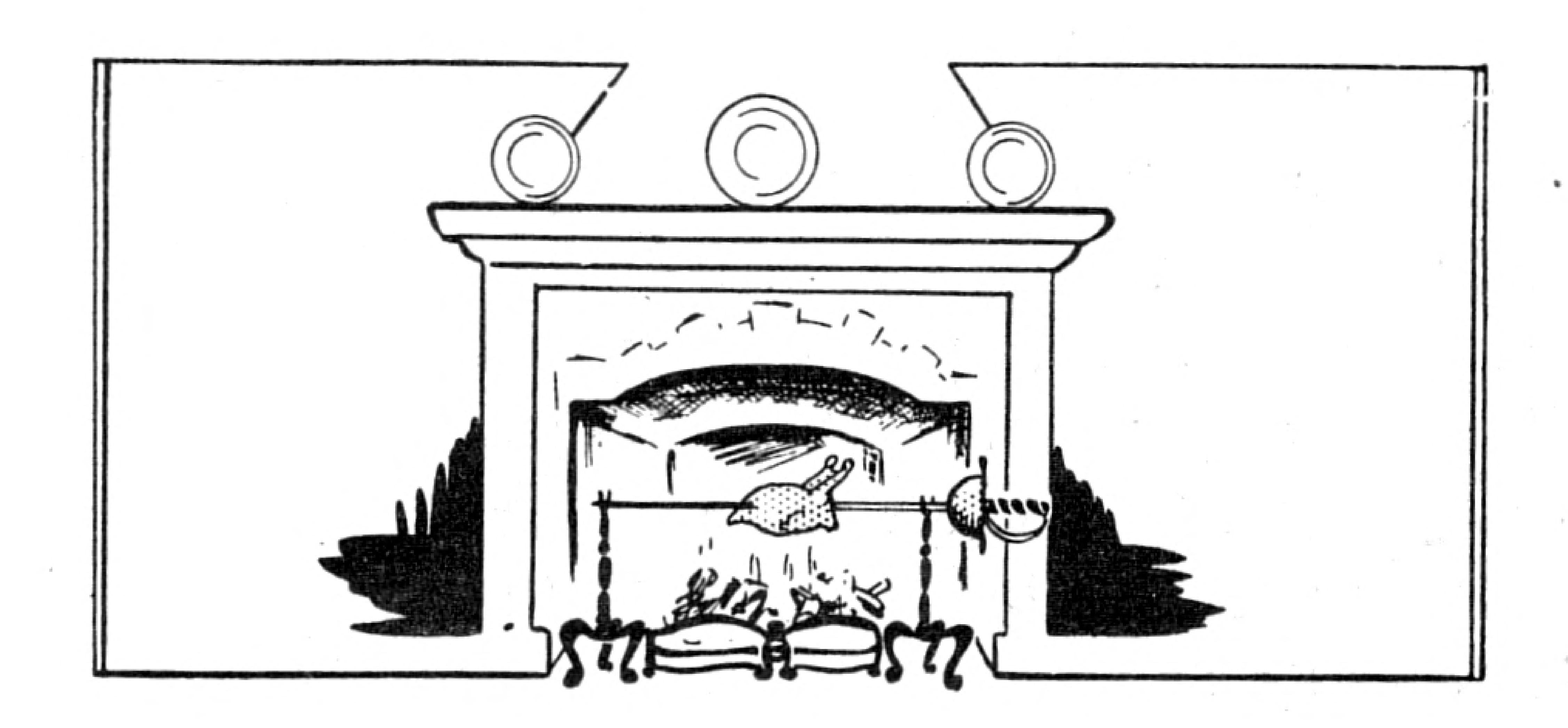
Cortó el León la disputa
Diciendo: —Grandes bellacos,
¿Antes de empezar la solfa
No la estabais celebrando?

Cada uno para sí
Pretendía los aplausos,
Como que se debería
Todo el acierto a su canto;
Mas, viendo ya que el concierto
Es un infierno abreviado,
Nadie quiere parte en él,
Y a los otros hace cargo.
Jamás volváis a poneros
En mi presencia: marchaos;
Que, si otra vez me cantáis,
Tengo de hacer un estrago —.

¡Así permitiera el cielo
Que sucediera otro tanto
Cuando, trabajando a escote
Tres escritores o cuatro,
Cada cual quiere la gloria
Si es bueno el libro o mediano,
Y los compañeros tienen
La culpa si sale malo!

Cuando se trabaja una obra entre muchos, cada uno quiere apropiársela si es buena, y echa la culpa a los otros si es mala.





XLIV

LA ESPADA Y EL ASADOR

Sirvió en muchos combates una Espada
Tersa, fina, cortante, bien templada,
La más famosa que salió de mano
De insigne fabricante toledano.
Fué pasando a poder de varios dueños,
Y airosos los sacó de mil empeños.
Viéndose en almonedas diferentes,
Hasta que, por extraños accidentes,
Vino, en fin, a parar, ¡quién lo diría!,
A un oscuro rincón de una hostería,
Donde, cual mueble inútil, arrimada,
Se tomaba de orín. Una criada
Por mandato de su amo el posadero,
Que debía de ser gran majadero,
Se la llevó una vez a la cocina;
Atravesó con ella una gallina,
Y héteme un Asador hecho y derecho
La que una Espada fué de honra y provecho.



Mientras esto pasaba en la posada,
En la corte comprar quiso una Espada
Cierto recién llegado forastero,
Transformado de payo en caballero.
El espadero, viendo que al presente
Es la Espada un adorno solamente,
Y que pasa por buena cualquier hoja,
Siendo de moda el puño que se escoja,
Díjole que volviese al otro día.
Un Asador que en su cocina había
Luego desbasta, afila y acicala,
Y por Espada de Tomás de Ayala
Al pobre forastero, que no entiende
De semejantes compras, se la vende:
Siendo tan picarón el espadero
Como fué mentecato el posadero.

¿Mas de igual ignorancia o picardía
Nuestra nación quejarse no podría
Contra los traductores de dos clases,
Que infestada la tienen con sus frases?
Unos traducen obras celebradas,
Y en Asadores vuelven las Espadas;
Otros hay que traducen las peores,
Y venden, por Espadas, Asadores.

Tanto daño causan los que traducen mal obras buenas, como los que traducen bien obras malas.





XLV

LOS CUATRO LISIADOS

Un Mudo *a nativitate*,
Y más sordo que una tapia,
Vino a tratar con un Ciego
Cosas de poca importancia.

Hablaba el Ciego por señas,
Que para el Mudo eran claras;
Mas hízole otras el Mudo,
Y él a oscuras se quedaba.



En este apuro trajeron
Para que les ayudara
A un camarada de entrambos
Que era Manco, por desgracia.

Este las señas del Mudo
Trasladaba con palabras,
Y por aquel medio el Ciego
Del negocio se enteraba.

Por último, resultó
De conferencia tan rara
Que era preciso escribir
Sobre el asunto una carta.

—Compañeros — saltó el Manco –
Mi auxilio a tanto no alcanza;
Pero a escribirla vendrá
El dómine, si le llaman.



—¿Qué ha de venir—dijo el Ciego—,
Si es Cojo que apenas anda?
Vamos: será menester
Ir a buscarlo a su casa —.

Así lo hicieron, y al fin
El Cojo escribe la carta;
Díctanla el Ciego y el Manco,
Y el Mudo parte a llevarla.

Para el consabido asunto
Con dos personas sobraba;
Mas, como eran ellas tales,
Cuatro fueron necesarias.

Y a no ser porque ha tan poco
Que en un lugar de la Alcarria
Acaeció esta aventura,
Testigos más de cien almas,



Bien pudiera sospecharse
Que estaba adrede inventada
Por alguno que con ella
Quiso pintar lo que pasa
Cuando, juntándose muchos
En pandilla literaria,
Tienen que trabajar todos
Para una gran patarata.

Las obras que un particular puede desempeñar por sí solo, no merecen se emplee en ellas el trabajo de muchos hombres.



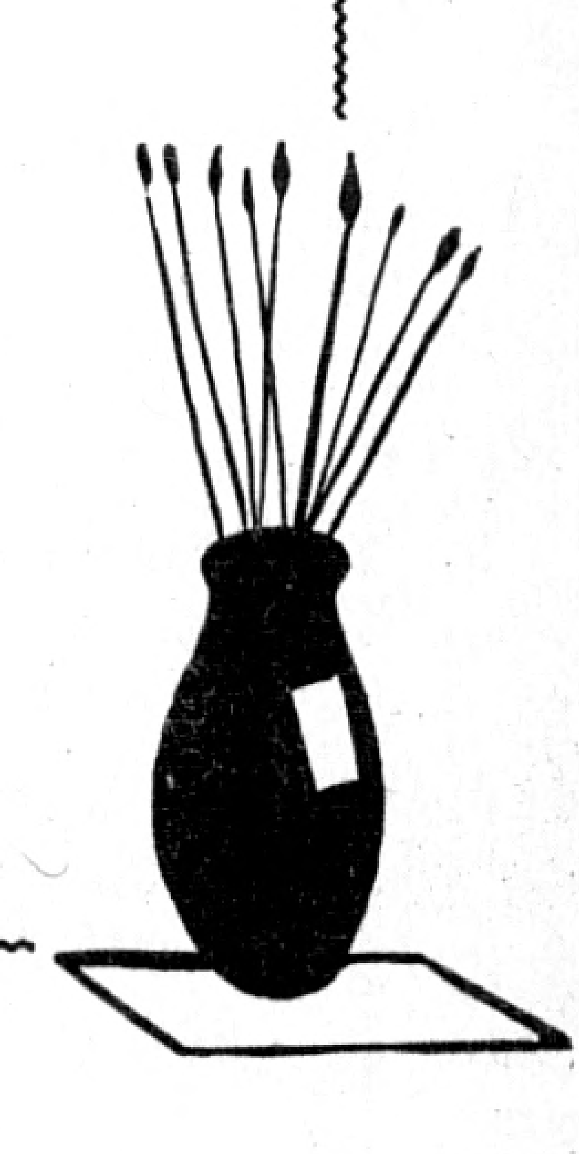


XLVI

EL RETRATO DE GOLILLA

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy a nuestro idioma gravemente aqueja;
Pero habrá quien piense que no habla castizo
Si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy a entretenelle con una conseja,
Y porque le traiga más contentamiento,
En su mesmo estillo referillo intento
Mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.

No sin hartos celos, un Pintor de hogaño
Vía cómo agora gran loa y valía
Alcanzan algunos retratos de antaño;
Y el no remedallos a mengua tenía:

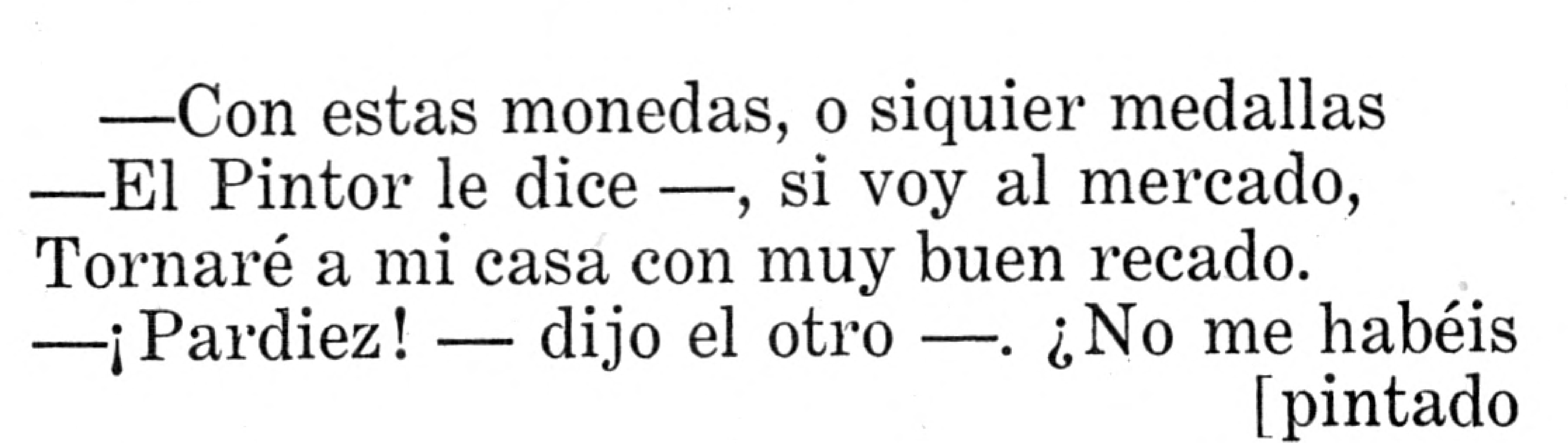


Por ende, queriendo retratar un día
A cierto rico home, señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estima de rancio al cuadro daría.

Segundo Velázquez creyó ser con esto;
Y ansí que del rostro toda la semblanza
Hubo trasladado, Golilla le ha puesto,
Y otros atavíos a la antigua usanza.
La tabla a su dueño lleva sin tardanza,
El cual, espantado, fincó des que vido
Con añejas galas su cuerpo vestido;
Magüer que le plugo la faz abastanza.

Empero una traza le vino a las mientes
Con que al retratante dar su galardón.
Guardaba, heredadas de sus ascendientes,
Antiguas monedas en un viejo arcón.
Del Quinto Fernando muchas de ellas son,
Allende de algunas de Carlos Primero,
De entrambos Filipos, Segundo y Tercero;
Y henchido de todas le endonó un bolsón.





—Con estas monedas, o siquier medallas
—El Pintor le dice —, si voy al mercado,
Tornaré a mi casa con muy buen recado.
—¡Pardiez! — dijo el otro —. ¿No me habéis
[pintado
En traje que un tiempo fué muy señoril,
Y agora le viste sólo un alguacil?
Cual me retratasteis, tal os he pagado.

"Llevaos la tabla; y el mi corbatín,
Pintadme al proviso, en vez de Golilla;
Cambiadme esa espada en el mi espadín;
Y en la mi casaca trocad la ropilla;
Ca non habrá naide en toda la villa
Que al verme en tal guisa conozca mi gesto;
Vuestra paga entonces contaros he presto
En buena moneda corriente en Castilla —.

Ora, pues, si a risa provoca la idea
Que tuvo aquel sandio moderno pintor,
¿No hemos de reírnos siempre que chochea
Con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado, juzga que es primor;
Habla puro a costa de la claridad,
Y no halla voz baja para nuestra edad
Si fué noble en tiempo del Cid Campeador.

Si es vicioso el uso de voces extranjeras modernamente introducidas, también lo es, por el contrario, el de las anticuadas.





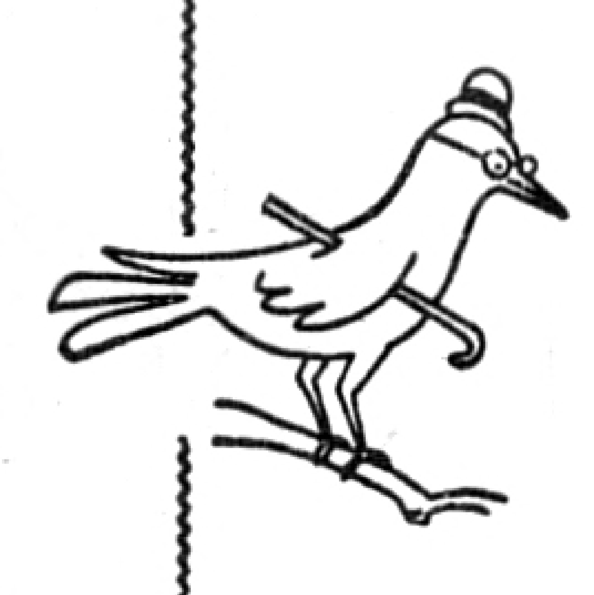



XLVII

LOS DOS TORDOS

Persuadía un Tordo abuelo,
Lleno de años y prudencia,
A un Tordo, su nietezuelo,
Mozo de poca experiencia,
A que, acelerando el vuelo,
Viniese con preferencia
Hacia una poblada viña,
E hiciese allí su rapiña.

—Esa viña, ¿dónde está
—Le pregunta el mozalbete —,
Y qué fruto es el que da?
—Hoy te espera un gran banquete
—Dice el viejo —, ven acá:
Aprende a vivir, pobrete —.
Y no bien lo dijo, cuando
Las uvas le fué enseñando.



Al verlas saltó el rapaz:
—¿Y ésta es la fruta alabada
De un pájaro tan sagaz?
¡Qué chica! ¡Qué desmedrada!
Ea, vaya, es incapaz
Que eso pueda valer nada.
Yo tengo fruta mayor
En una huerta, y mejor.

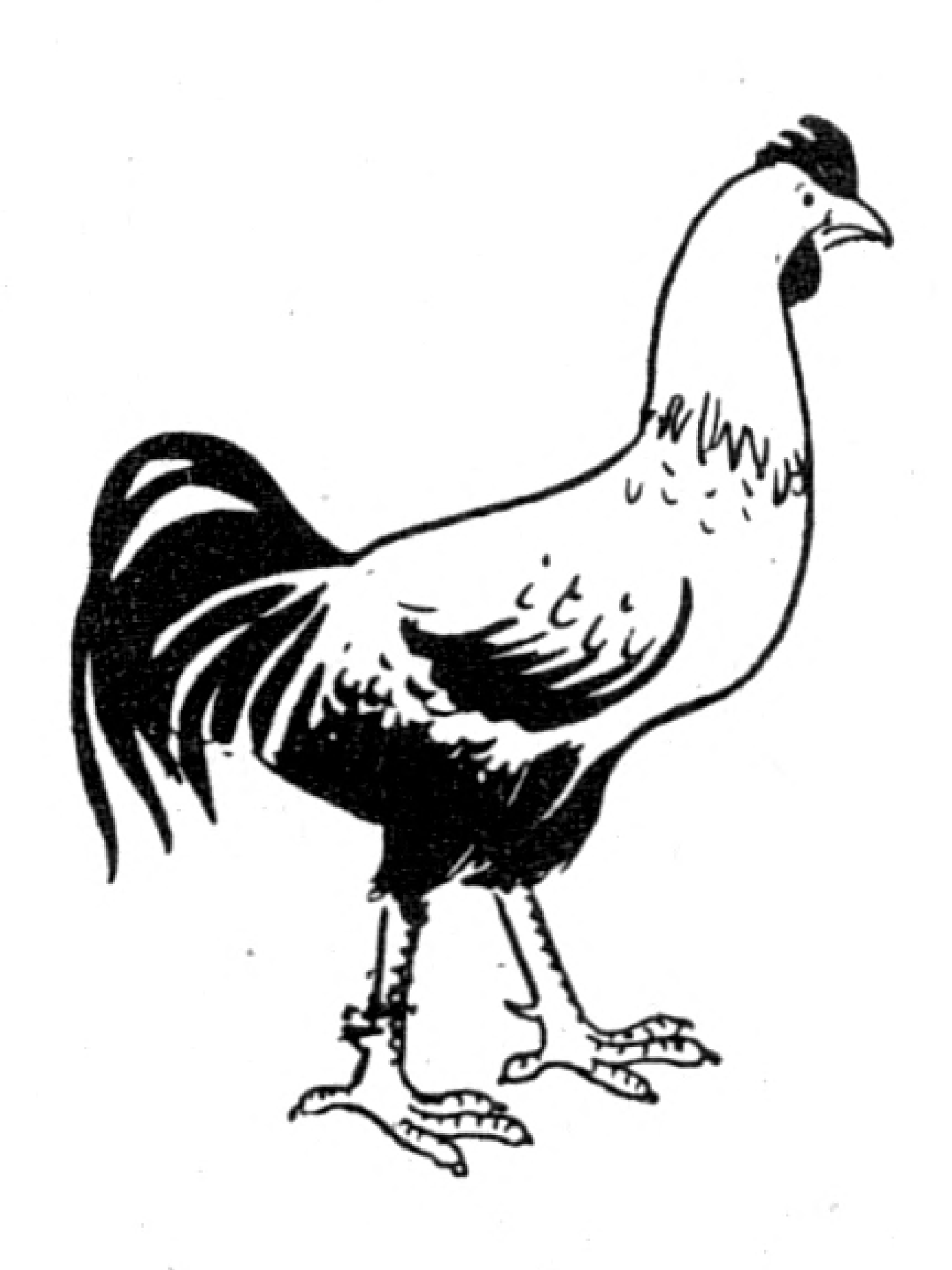
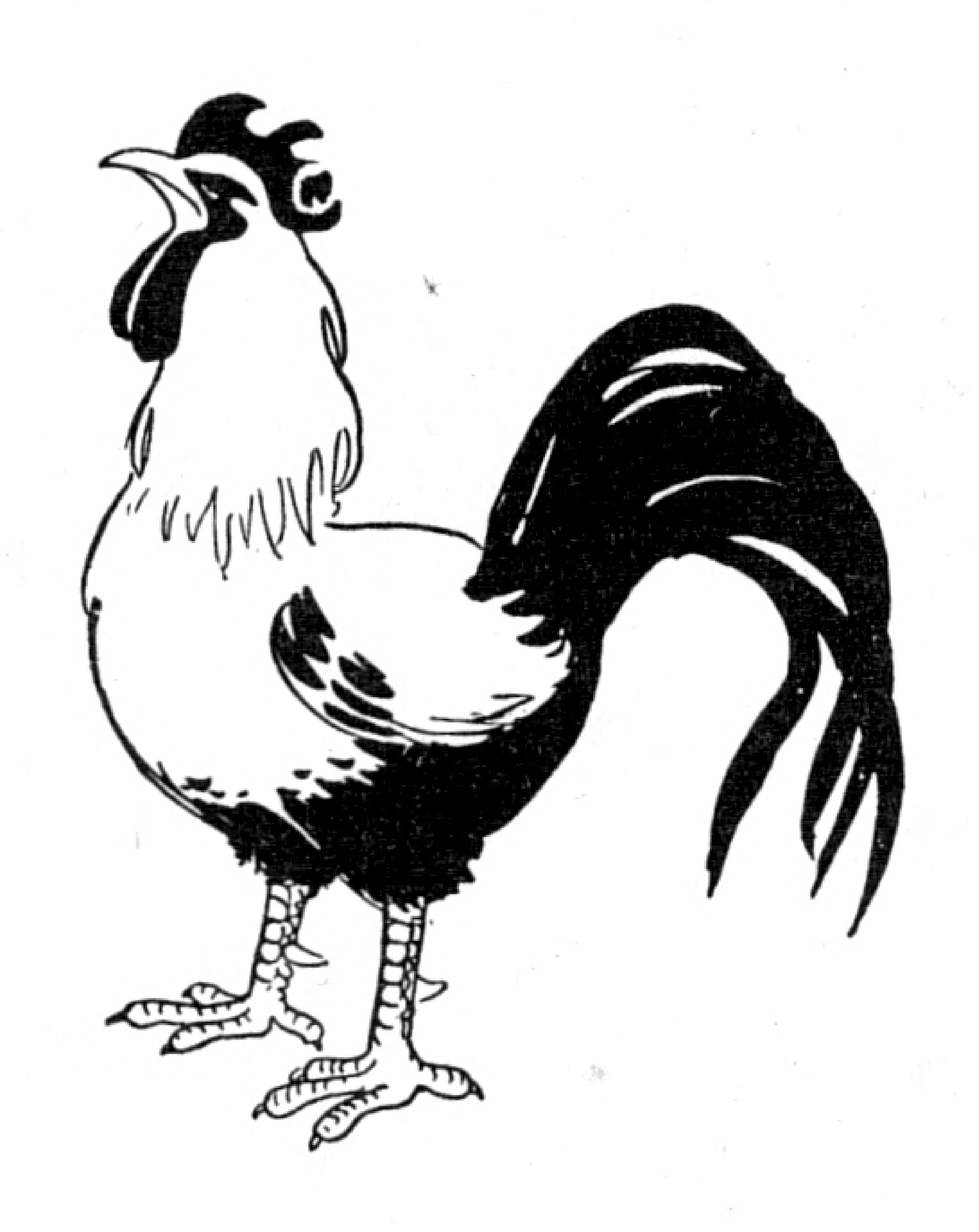
—Veamos — dijo el anciano —,
Aunque sé que más valdrá
De mis uvas sólo un grano —.
A la huerta llegan ya.
Y el joven exclama ufano:
—¡Qué fruta! ¡Qué gorda está!
¿No tiene excelente traza?... —
¡Y qué era! Una calabaza.



Que un Tordo en aqueste engaño
Caiga, no lo dificulto;
Pero es mucho más extraño
Que hombre tenido por culto
Aprecie por el tamaño
Los libros, y por el bulto.
Grande es, si es buena, una obra;
Si es mala, toda ella sobra.

No se han de apreciar los libros por su bulto ni por su tamaño.



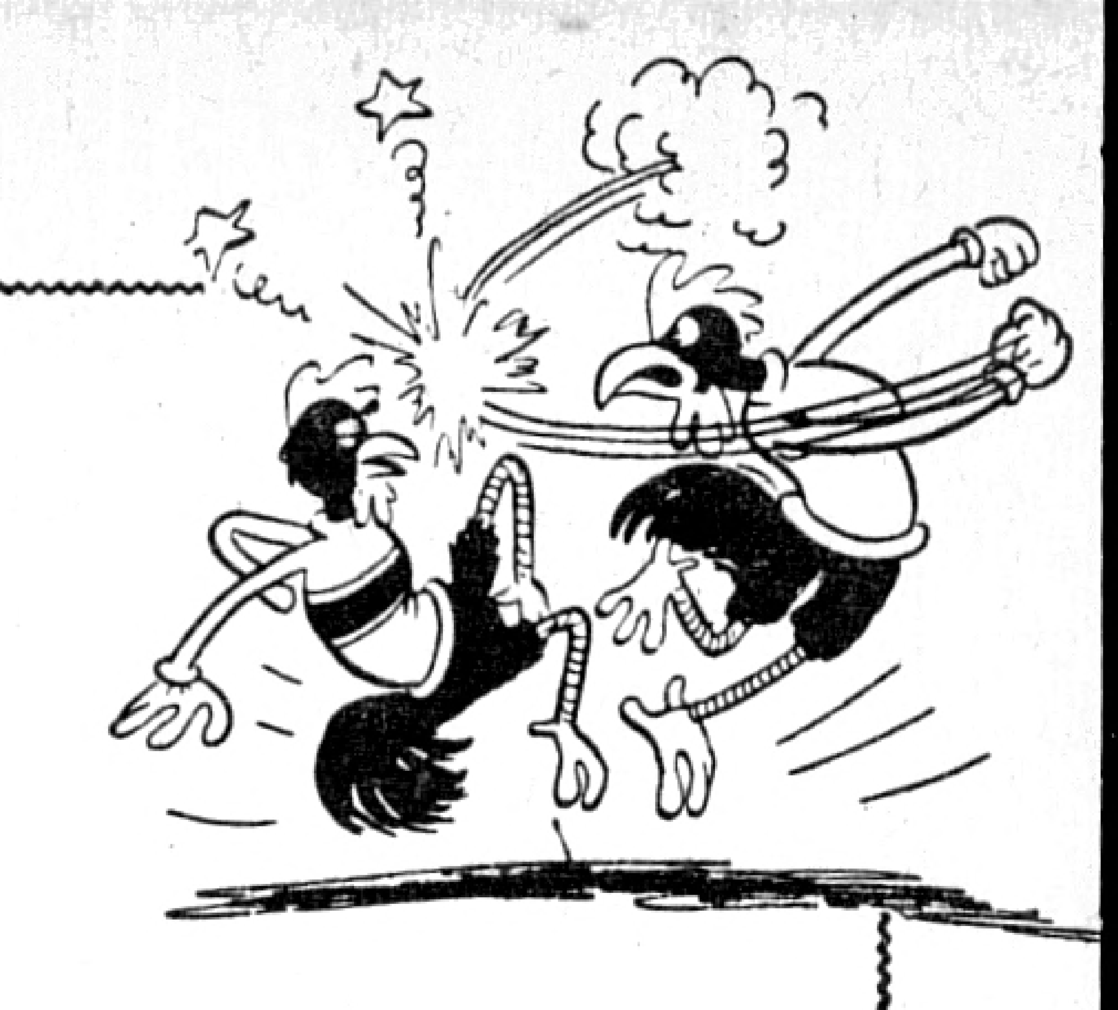



XLVIII

EL POLLO Y LOS DOS GALLOS



Un Gallo, presumido
De luchador valiente,
Y un Pollo algo crecido,
No sé por qué accidente
Tuvieron sus palabras, de manera
Que armaron una brava pelotera.
Dióse el Pollo tal maña,
Que sacudió a mi Gallo lindamente,
Quedando ya por suya la campaña.
Y el vencido sultán de aquel serrallo
Dijo, cuando el contrario no lo oía:
—¡Eh!, con el tiempo no será mal gallo;
El pobrecillo es mozo todavía... —.

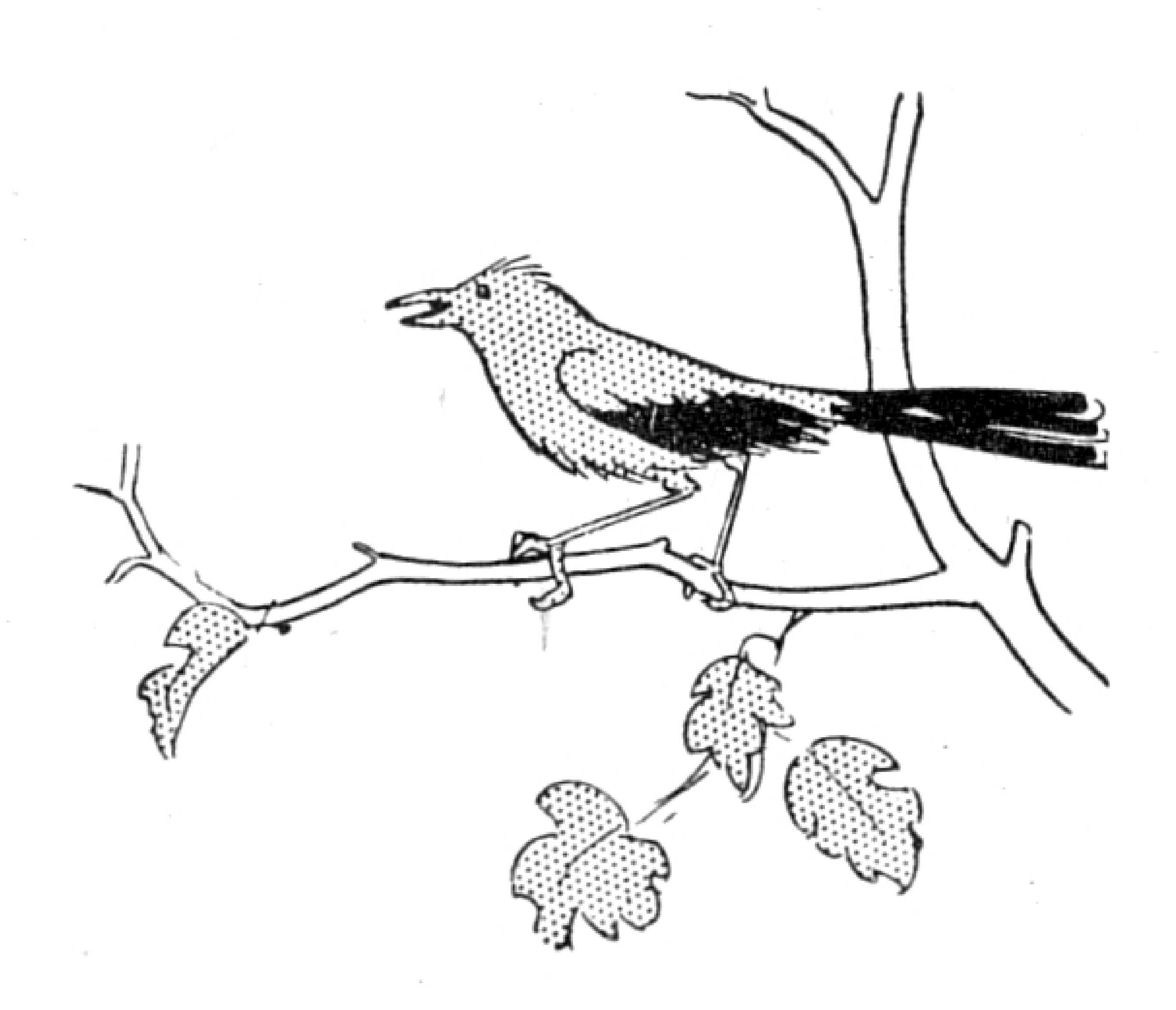


Jamás volvió a meterse con el Pollo;
Mas en otra ocasión, por cierto embrollo,
Teniendo un choque con un Gallo anciano,
Guerrero veterano,
Apenas le quedó pluma ni cresta;
Y dijo al retirarse de la fiesta:
—Si no mirara que es un pobre viejo...
Pero chochea, y por piedad le dejo —.

Quien se meta en contienda,
Verbigracia, de asunto literario,
A los años no atienda,
Sino a la habilidad de su adversario.

No ha de considerarse en un autor la edad, sino el talento.





XLIX

LA URRACA Y LA MONA



A una Mona
Muy taimada
Dijo un día
Cierta Urraca:
—Si vinieras
A mi casa,
¡Cuántas cosas
Te enseñara!
Tú bien sabes
Con qué maña
Robo y guardo
Mil alhajas.
Ven, si quieres,
Y veráslas
Escondidas
Tras de un arca —.
La otra dijo:
—Vaya en gracia —.
Y al paraje
Le acompaña.

Fué sacando
Doña Urraca
Una liga
Colorada,
Un tontillo
De casaca,



Una hebilla,
Dos medallas,
La contera
De una espada,
Medio peine
Y una vaina
De tijeras;
Una gasa,
Un mal cabo
De navaja,
Tres clavijas
De guitarra,
Y otras muchas
Zarandajas.



—¿Qué tal? — dijo —.
Vaya, hermana;
¿No me envidia?
¿No se pasma?
A fe que otra
De mi casta
En riqueza
No me iguala —.

Nuestra Mona
La miraba
Con un gesto
De bellaca;
Y al fin dijo:



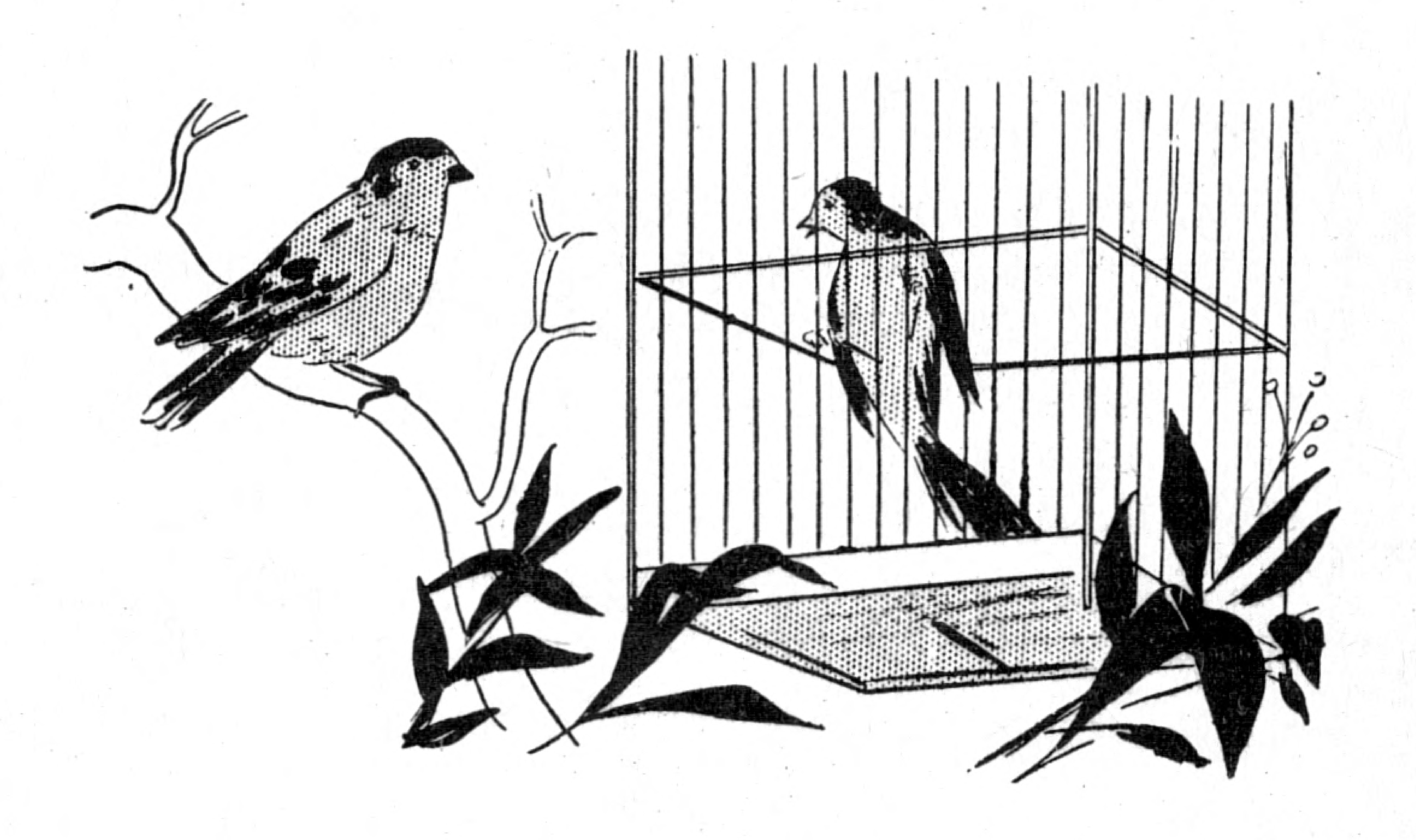
—¡Patarata!
Has juntado
Lindas maulas.
Aquí tienes
Quien te gana,
Porque es útil
Lo que guarda.
Si no, mira
Mis quijadas.
Bajo de ellas,
Camarada,
Hay dos buches
O papadas,
Que se encogen
Y se ensanchan.

Como aquello
Que me basta,
Y el sobrante
Guardo en ambas
Para cuando
Me haga falta.
Tú amontonas,
Mentecata,
Trapos viejos
Y morralla;
Mas yo, nueces,
Avellanas,
Dulces, carne
Y otras cuantas
Provisiones
Necesarias —.



Y esta Mona
Redomada,
¿Habló sólo
Con la Urraca?
Me parece
Que más habla
Con algunos
Que hacen gala
De confusas
Misceláneas,
Y fárrago
Sin substancia.

El verdadero caudal de erudición no consiste en hacinar muchas noticias, sino en recoger con elección las útiles y necesarias.



L

EL RUISEÑOR Y EL GORRION

Siguiendo el son del organillo un día
Tomaba el Ruiseñor lección de canto,
Y a la jaula llegándose entretanto
El Gorrión parlero así decía:

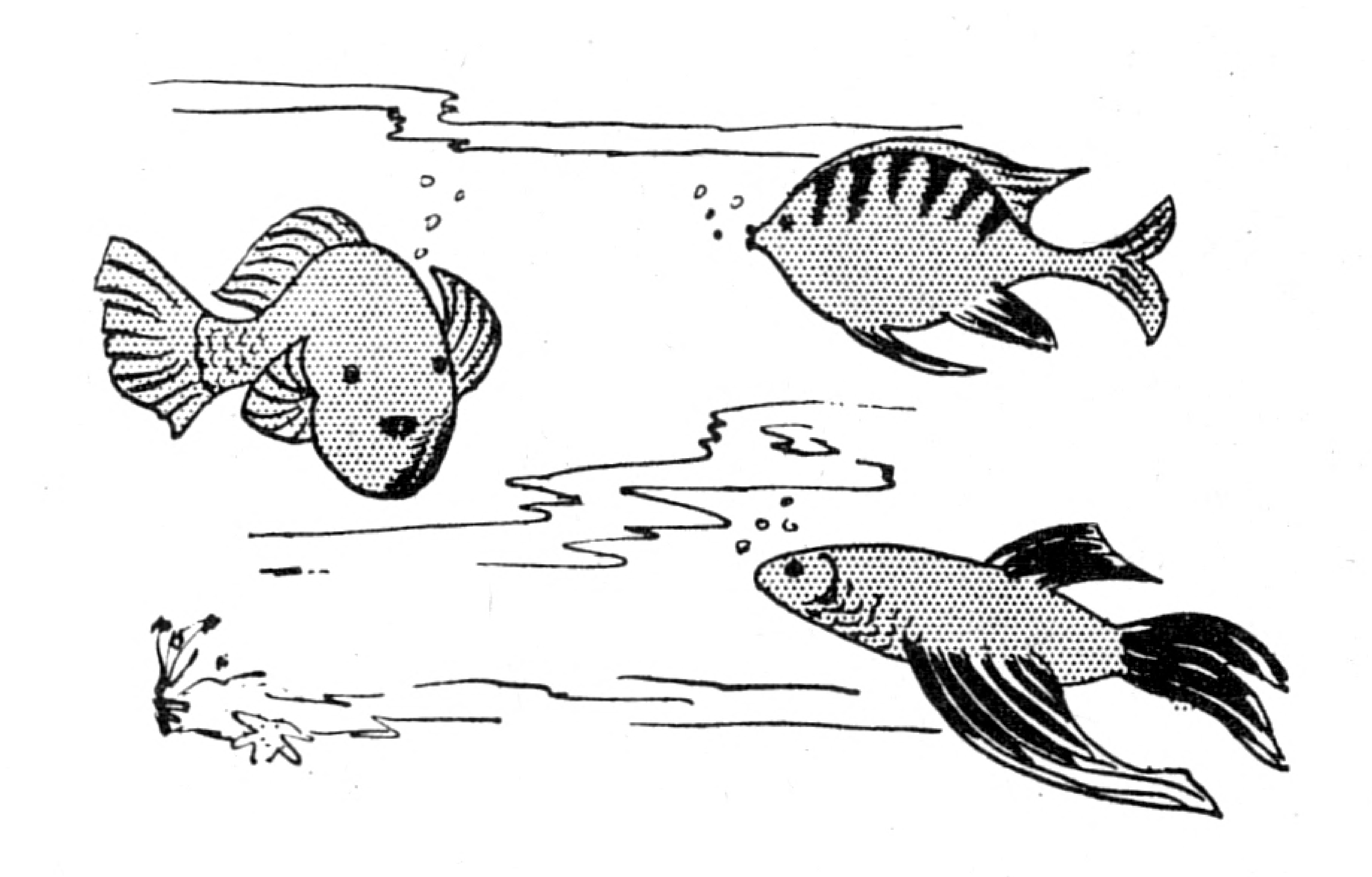
—¡Cuánto me maravillo
De ver que de ese modo
Un pájaro tan diestro
A un discípulo tiene por maestro!
Porque, al fin, lo que sabe el organillo
A ti lo debe todo.

—A pesar de eso — el Ruiseñor replica —,
Si él aprendió de mí, yo de él aprendo.
A imitar mis caprichos él se aplica:
Yo los voy corrigiendo
Con arreglarme al arte que él enseña;
Y así pronto verás lo que adelanta
Un Ruiseñor que con escuela canta —.

¿De aprender se desdeña
El literato grave?
Pues más debe estudiar el que más sabe.

Nadie crea saber tanto que no tenga más que aprender.





LI

EL JARDINERO Y SU AMO

En un jardín de flores
Había una gran fuente,
Cuyo pilón servía
De estanque a carpas, tencas y otros peces.

Unicamente al riego
El Jardinero atiende,
De modo que entretanto
Los peces agua en que vivir no tienen.

Viendo tal desgobierno,
Su Amo le reprende;
Pues, aunque quiere flores,
Regalarse con peces también quiere.



Y el rudo Jardinero,
Tan puntual le obedece,
Que las plantas no riega
Para que el agua del pilón no merme.

Al cabo de algún tiempo
El Amo al jardín vuelve;
Halla secas las flores,
Y amostazado dice de esta suerte:

—Hombre, no riegues tanto
Que me quede sin peces,
Ni cuides tanto de ellos
Que sin flores, gran bárbaro, me dejes —.

La máxima es trillada,
Mas repetirse debe:
No escriba quien no sepa
Unir la utilidad con el deleite.

La perfección de una obra consiste en la unión de lo útil y de lo agradable.



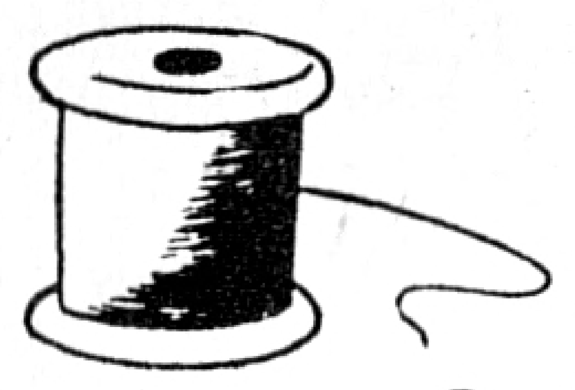


LII

EL FABRICANTE DE GALONES Y LA ENCAJERA

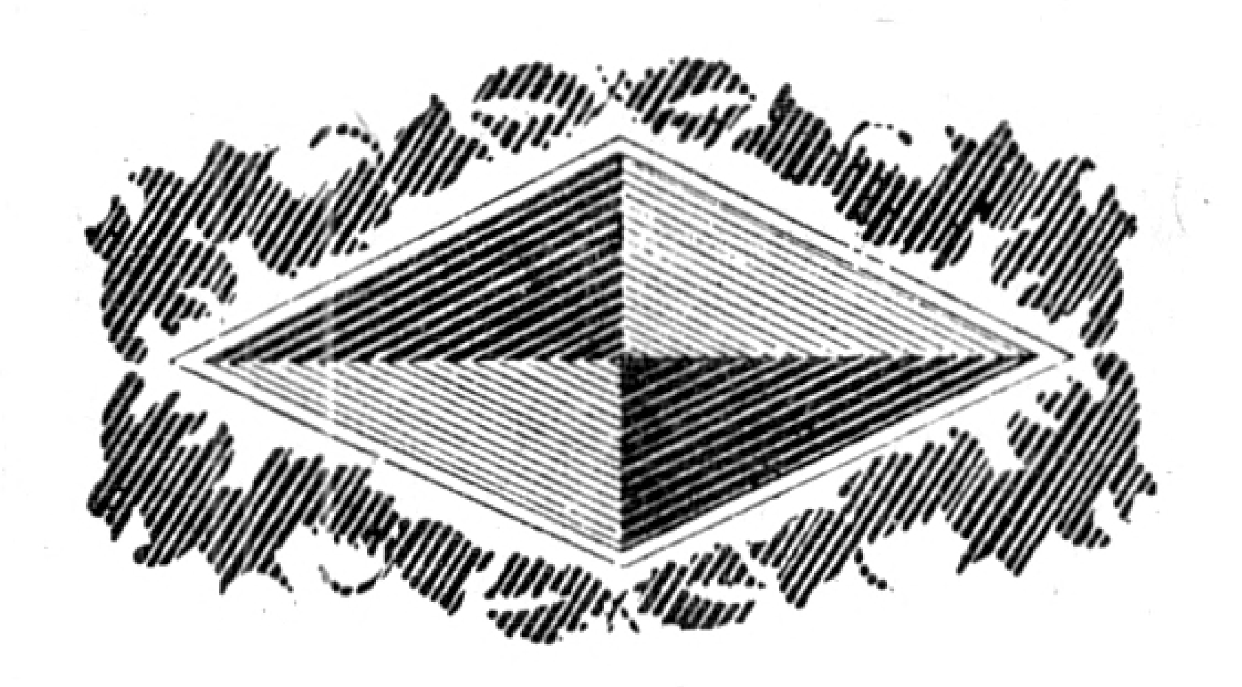
Cerca de una Encajera
Vivía un Fabricante de galones.
—Vecina, ¡quién creyera
—Le dijo — que valiese más doblones
De tu encaje tres varas
Que diez de un galón de oro de dos caras!

—De que a tu mercancía
—Esto es lo que ella respondió al vecino —
Tanto exceda la mía,
Aunque en oro trabajas, y yo en lino,
No debes admirarte;
Pues más que la materia vale el arte —.



Quien desprecie el estilo
Y diga que a las cosas sólo atiende,
Advierta que si el hilo
Más que el noble metal caro se vende,
También da la elegancia
Su principal valor a la substancia.

No basta que sea buena la materia de un escrito: es menester que también lo sea el modo de tratarla.





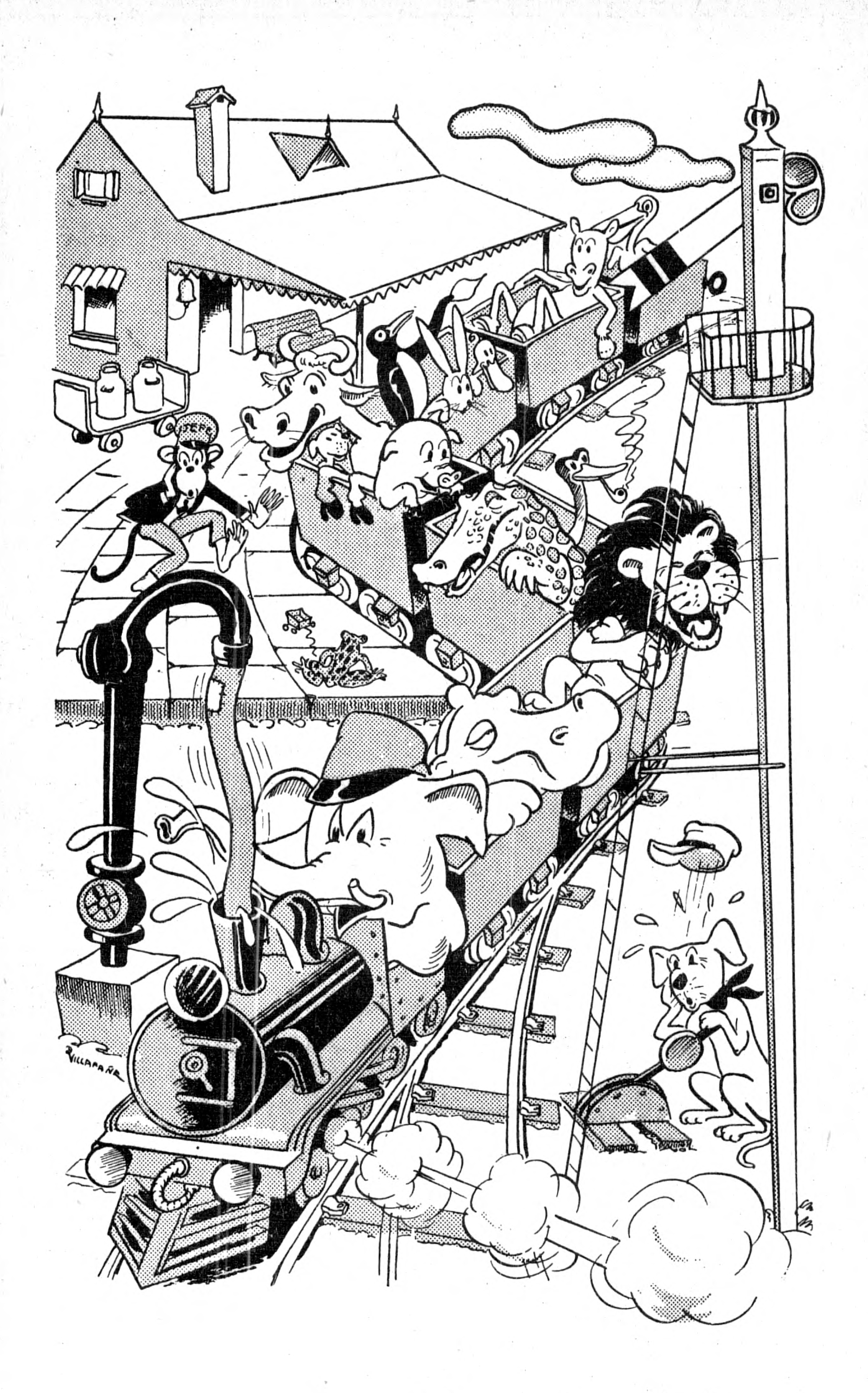
LIII

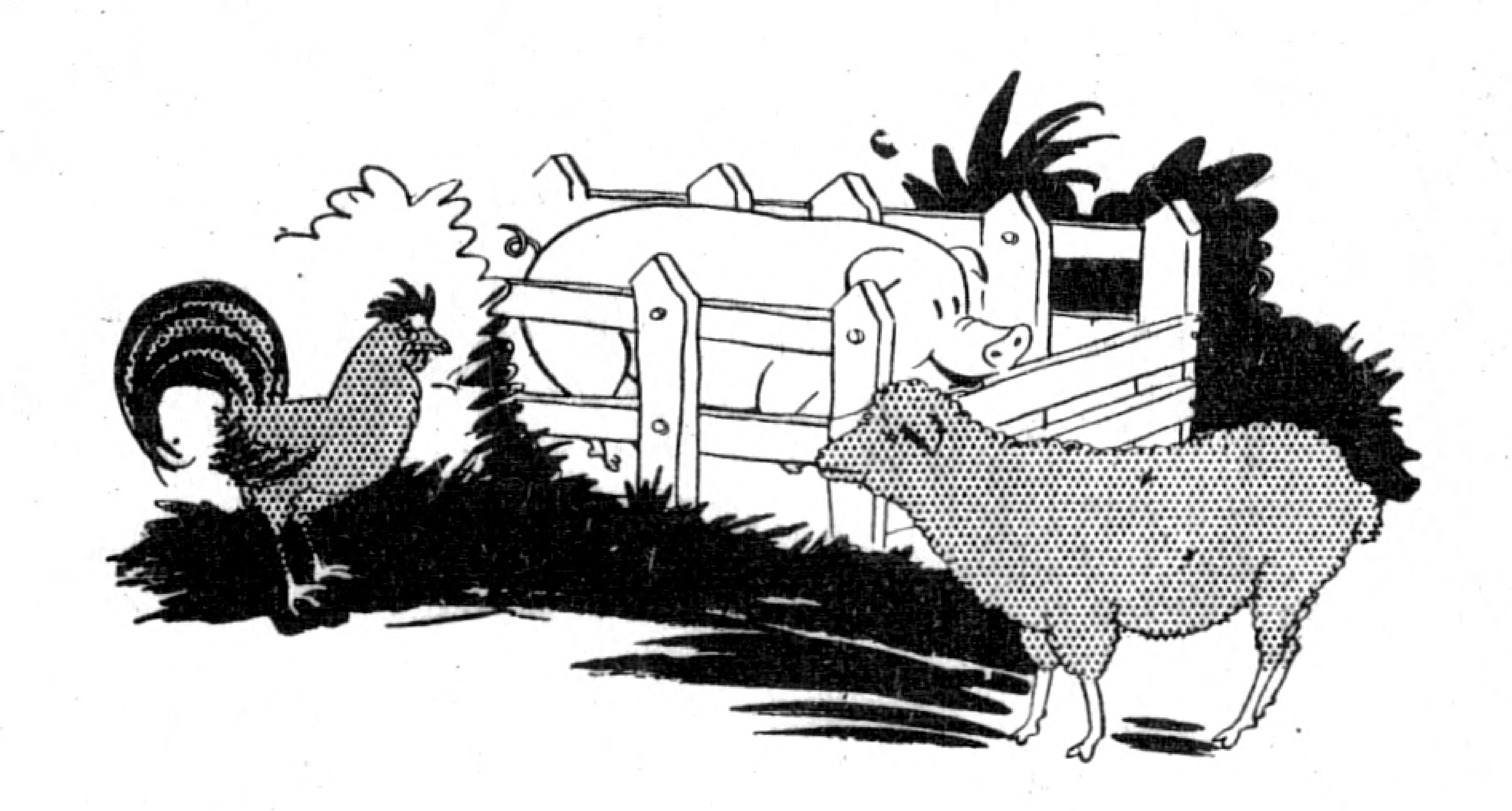
LA CRIADA Y LA ESCOBA

Cierta Criada la casa barría
Con una Escoba muy puerca y muy vieja.
—Reniego yo de esta Escoba — decía —:
Con su basura y pedazos que deja
Por donde pasa,
Aun más ensucia que limpia la casa —.

Los remendones, que escritos ajenos
Corregir piensan acaso de errores,
Suelen dejarlos diez veces más llenos...
Mas no haya miedo que de estos señores
Diga yo nada:
Que se lo diga por mí la Criada.

Hay correctores de obras ajenas que añaden más errores de los que corrigen.





LIV

EL GALLO, EL CERDO Y EL CORDERO

Había en un corral un gallinero;
En este gallinero un Gallo había;
Y detrás del corral, en un chiquero,
Un Marrano grandísimo yacía.
Item más: se criaba allí un Cordero;
Todos ellos en buena compañía.
¿Y quién ignora que estos animales
Juntos suelen vivir en los corrales?

Pues (con perdón de ustedes) el Cochino
Dijo un día al Cordero: —¡Qué agradable,
Qué feliz, qué pacífico destino
Es el poder dormir! ¡Qué saludable!
Yo te aseguro, como soy gorrino,
Que no hay en esta vida miserable
Gusto como tenderse a la bartola,
Roncar bien y dejar rodar la bola —.

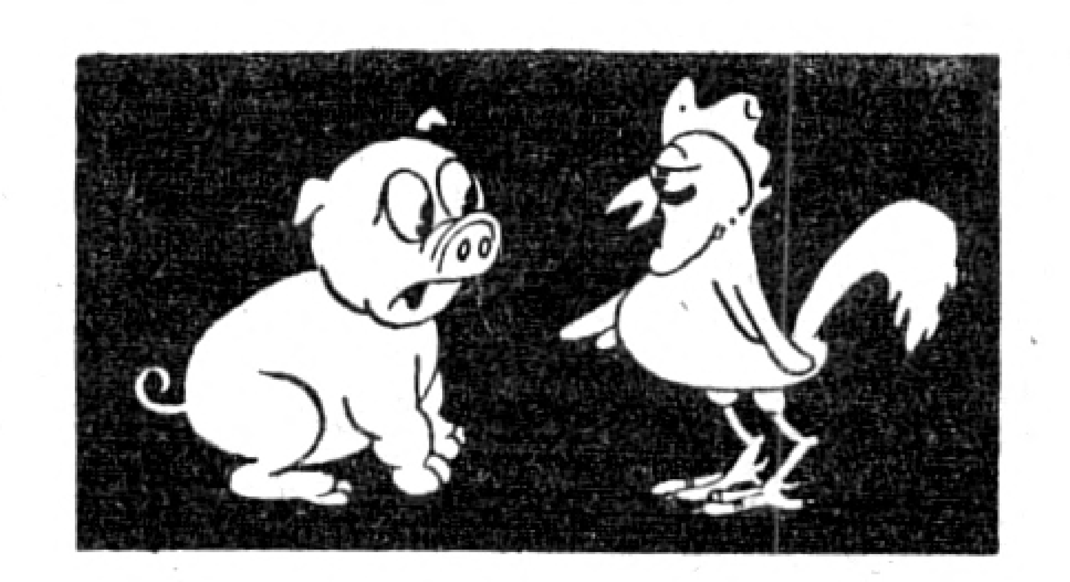


El Gallo, por su parte, al tal Cordero
Dijo en otra ocasión: —Mira, inocente,
Para estar sano, para andar ligero,
Es menester dormir muy parcamente.
El madrugar en julio o en febrero
Con estrellas, es método prudente,
Porque el sueño entorpece los sentidos,
Deja los cuerpos flojos y abatidos.

Confuso, ambos dictámenes coteja
El simple Corderillo, y no adivina
Que lo que cada uno le aconseja
No es más que aquello mismo a que se inclina.

Acá entre los autores ya es muy vieja
La trampa de sentar como doctrina
Y gran regla, a la cual nos sujetamos,
Lo que en nuestros escritos practicamos.

Suelen ciertos autores sentar como principios infalibles del arte aquello mismo que ellos practican.

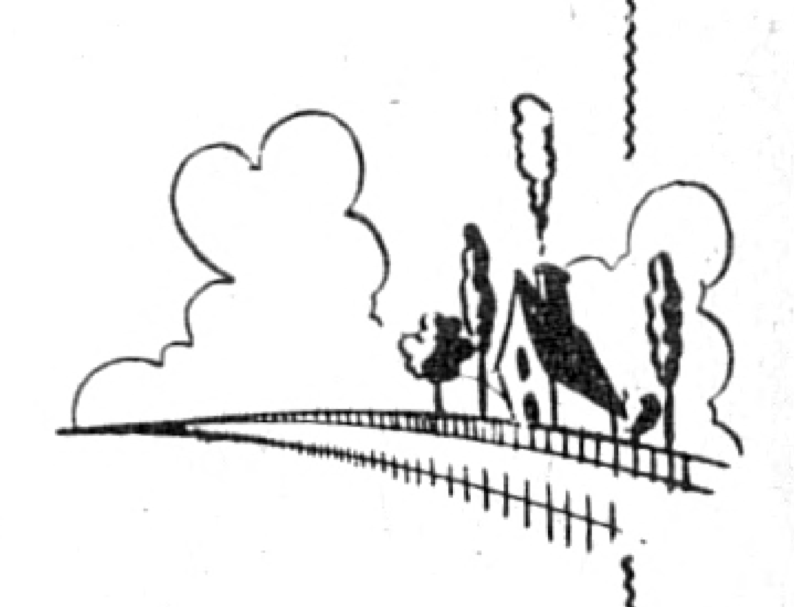




LV

EL CAZADOR Y EL HURON

Cargado de conejos
Y muerto de calor,
Una tarde de lejos
A su casa volvía un Cazador.



Encontró en el camino,
A un amigo y vecino,
Muy cerca del lugar,
Y su fortuna le empezó a contar.

—Me afané todo el día
—Le dijo —; pero qué,
Si mejor cacería
No la he logrado ni la lograré.

Desde por la mañana
Es cierto que sufrí
Una buena solana;
Mas mira qué gazapos traigo aquí.

Te digo y te repito,
Fuera de vanidad,
Que en todo este distrito
No hay Cazador de más habilidad —.

Con el oído atento
Escuchaba un Hurón
Este razonamiento
Desde el corcho en que tiene su mansión.

Y el puntiagudo hocico
Sacando por la red,
Dijo a su amo: —Suplico
Dos palabritas, con perdón de usted.



Vaya, ¿cuál de nosotros
Fué el que más trabajó?
Esos gazapos y otros,
¿Quién se los ha cazado sino yo?

Patrón, ¿tan poco valgo
Que me tratan así?
Me parece que en algo
Bien se pudiera hacer mención de mí —.



Cualquiera pensaría
Que este aviso moral
Seguramente haría
Al Cazador gran fuerza; pues no hay tal.

Se quedó tan sereno
Como ingrato escritor
Que del auxilio ajeno
Se aprovecha, y no cita al bienhechor.

A los que se aprovechan de las noticias de otros y tienen la ingratitud de no citarlos.



LVI

EL JUEZ Y EL BANDOLERO

Prendieron por fortuna a un Bandolero
A tiempo cabalmente
Que de vida y dinero
Estaba despojando a un inocente.
Hízole cargo el Juez de su delito,
Y él respondió: —Señor, desde chiquito
Fuí gato algo feliz en raterías;
Luego, hebillas, relojes, capas, cajas,
Espadines, robé y otras alhajas;
Después, ya entrado en días,
Escalé casas; y hoy, entre asesinos,
Soy salteador famoso de caminos.

Conque vueseñoría no se espante
De que yo robe y mate a un caminante,
Porque éste y otros daños
Los he estado yo haciendo cuarenta años —.

¿Al Bandolero culpan?
¿Pues por ventura dan mejor salida
Los que cuando disculpan
En letras su error, o su mal gusto,
Alegan la costumbre envejecida
Contra el dictamen racional y justo?

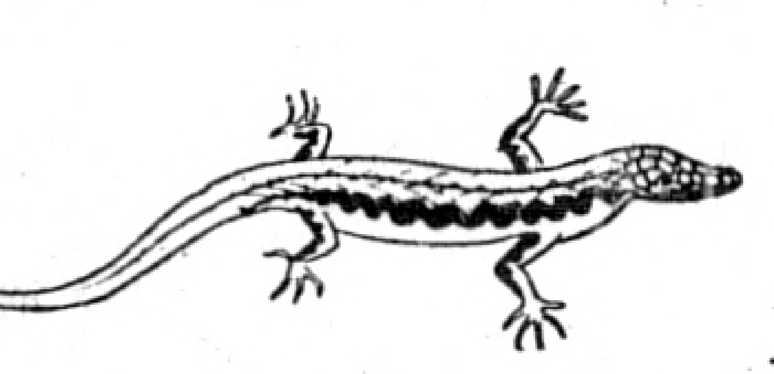
La costumbre inveterada no debe autorizar lo que la razón condena.





LVII

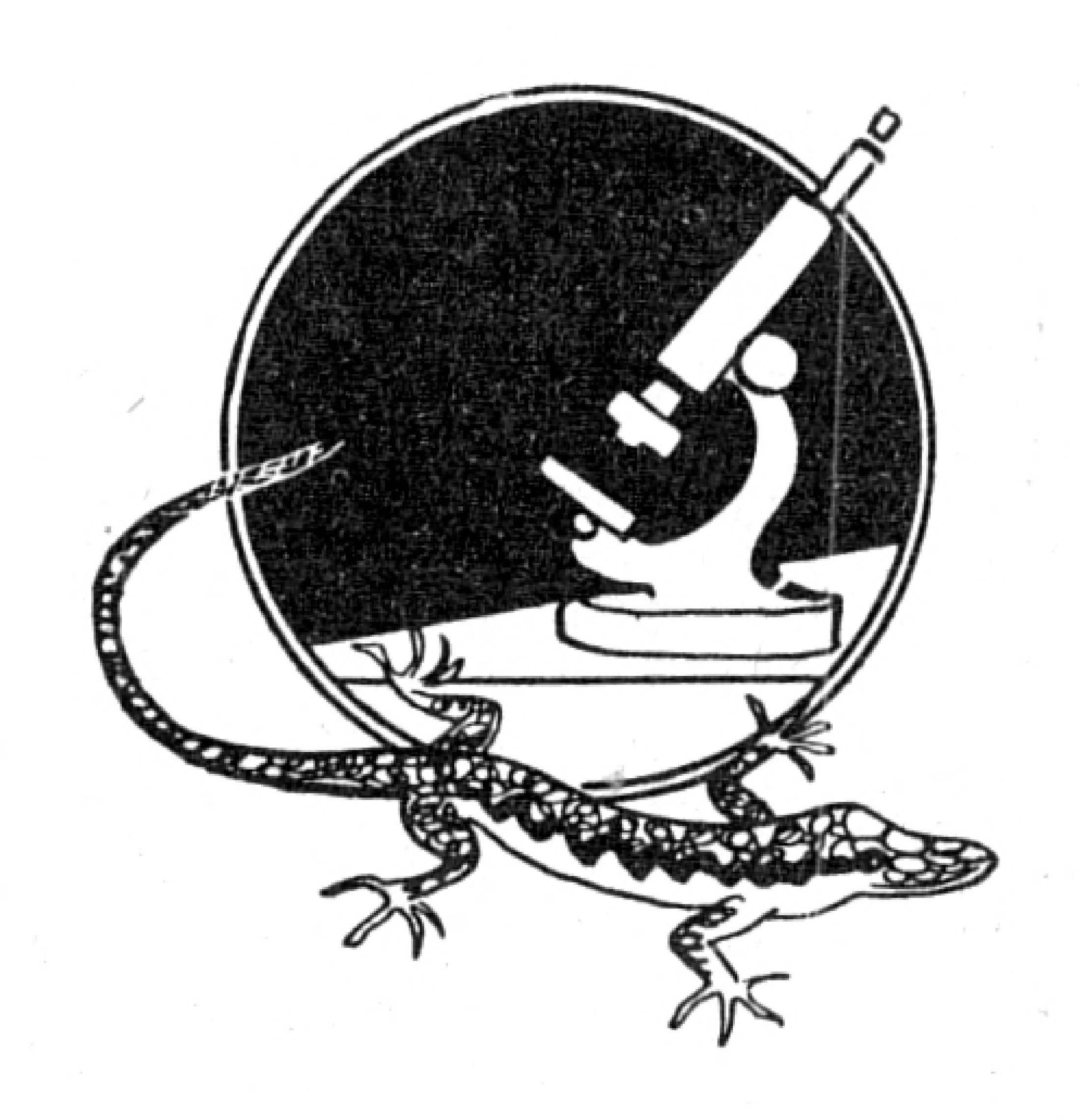
EL NATURALISTA Y LAS LAGARTIJAS



Vió en una huerta
Dos Lagartijas
Cierto curioso
Naturalista.
Cógelas ambas,
Y a toda prisa
Quiere hacer de ellas
Anatomía.
Ya me ha pillado
La más rolliza;
Miembro por miembro
Ya me la trincha:
El microscopio
Luego le aplica.
Patas y cola,
Pellejo y tripas,
Ojos y cuello,

Lomo y barriga,
Todo lo aparta
Y lo examina.
Toma la pluma;
De nuevo mira,
Escribe un poco,
Recapacita.
Sus mamotretos
Después registra,
Vuelve a la propia
Carnicería.
Varios curiosos
De su pandilla
Entran a verle;
Dales noticia
De lo que observa:
Unos se admiran,
Otros preguntan,
Otros cavilan.
  Finalizada
La anatomía,



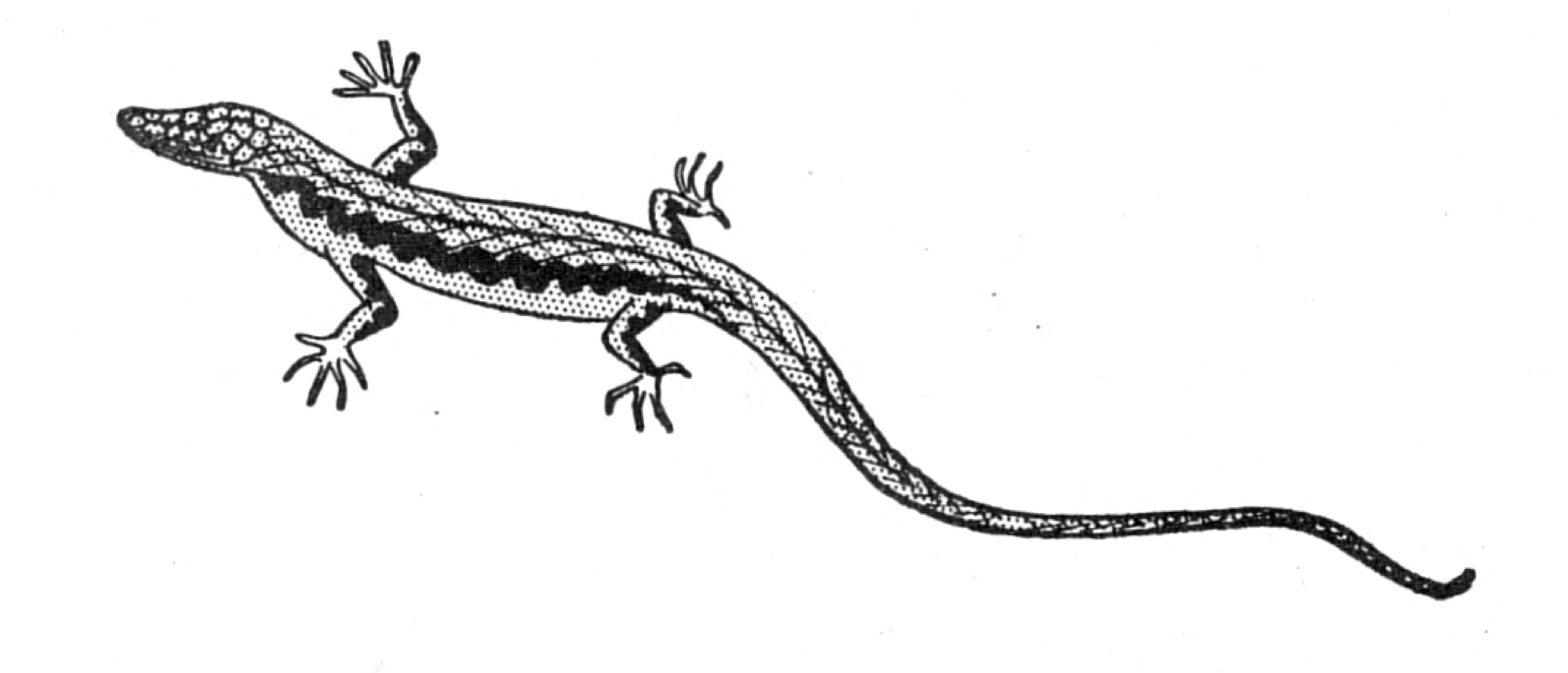


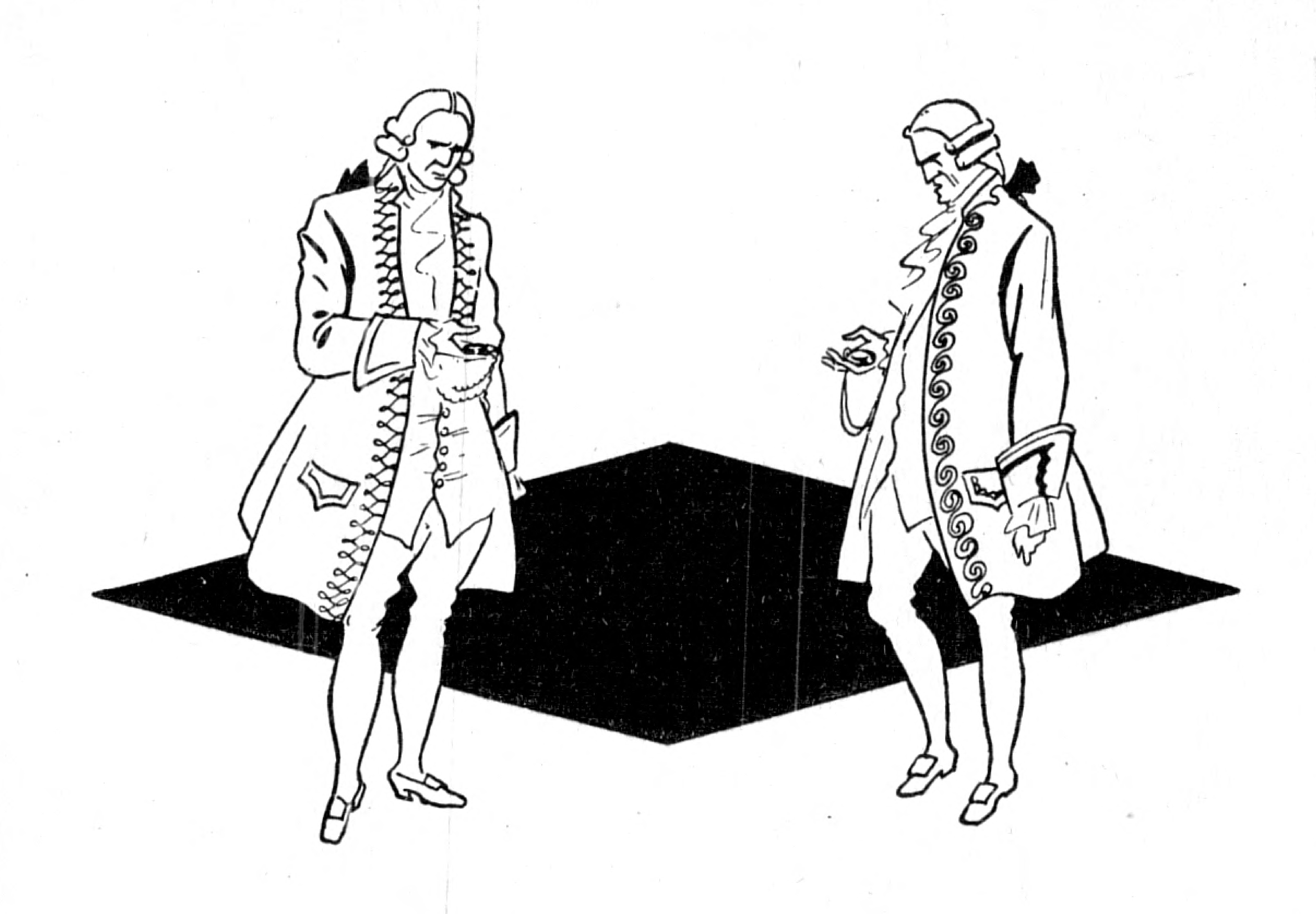
Cansóse el Sabio
De Lagartija.
Soltó la otra
Que estaba viva,
Ella se vuelva
A sus rendijas,
En donde, hablando
Con sus vecinas,
Todo el suceso
Les participa.
—No hay que dudarlo,
No — les decía —.
Con estos ojos
Lo vi yo misma.
Se ha estado el hombre
Todito un día
Mirando el cuerpo
De nuestra amiga.
¿Y hay quien nos trate
De sabandijas?
¿Cómo se sufre
Tal injusticia,

Cuando tenemos
Cosas tan dignas
De contemplarse
Y andar escritas?
No hay que abatirse,
Noble cuadrilla:
Valemos mucho,
Por más que digan —.

¿Y querrán luego
Que no se engrían
Ciertos autores
De obras inicuas?
Les honra mucho
Quien los critica.
No, seriamente:
Muy por encima
Deben notarse
Sus tonterías;
Que hacer gran caso
De Lagartijas
Es dar motivo
De que repitan:
—Valemos mucho,
Por más que digan.

A ciertos libros se les hace demasiado favor en criticarlos.



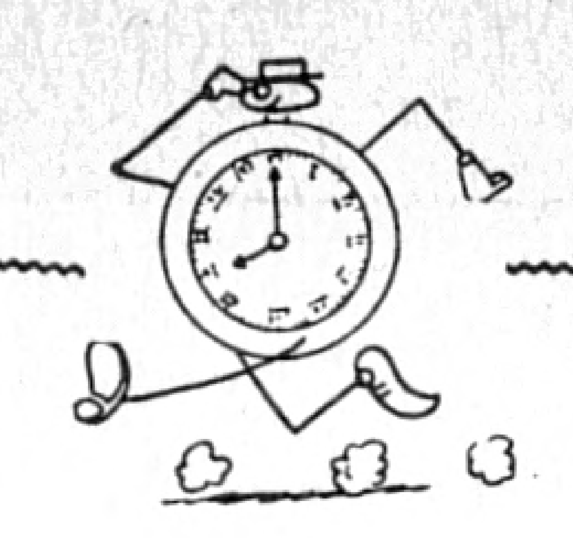


LVIII

LA DISCORDIA DE LOS RELOJES

Convidados estaban a un banquete
Diferentes amigos, y uno de ellos,
Que faltando a la hora señalada
Llegó después de todos, pretendía
Disculpar su tardanza. —¿Qué disculpa
Nos podrás alegar? — le replicaron.
Él sacó su Reloj, mostróle y dijo:
—¿No ven ustedes cómo vengo a tiempo?
Las dos en punto son. —¡Qué disparate!
—Le respondieron —: tu Reloj atrasa
Más de tres cuartos de hora. —Pero, amigos





—Exclamaba el tardío convidado —,
¿Qué más puedo yo hacer que dar el texto?
Aquí está mi Reloj... —. Note el curioso
Que era este señor mío como algunos,
Que un absurdo cometen, y se excusan
Con la primera autoridad que encuentran.

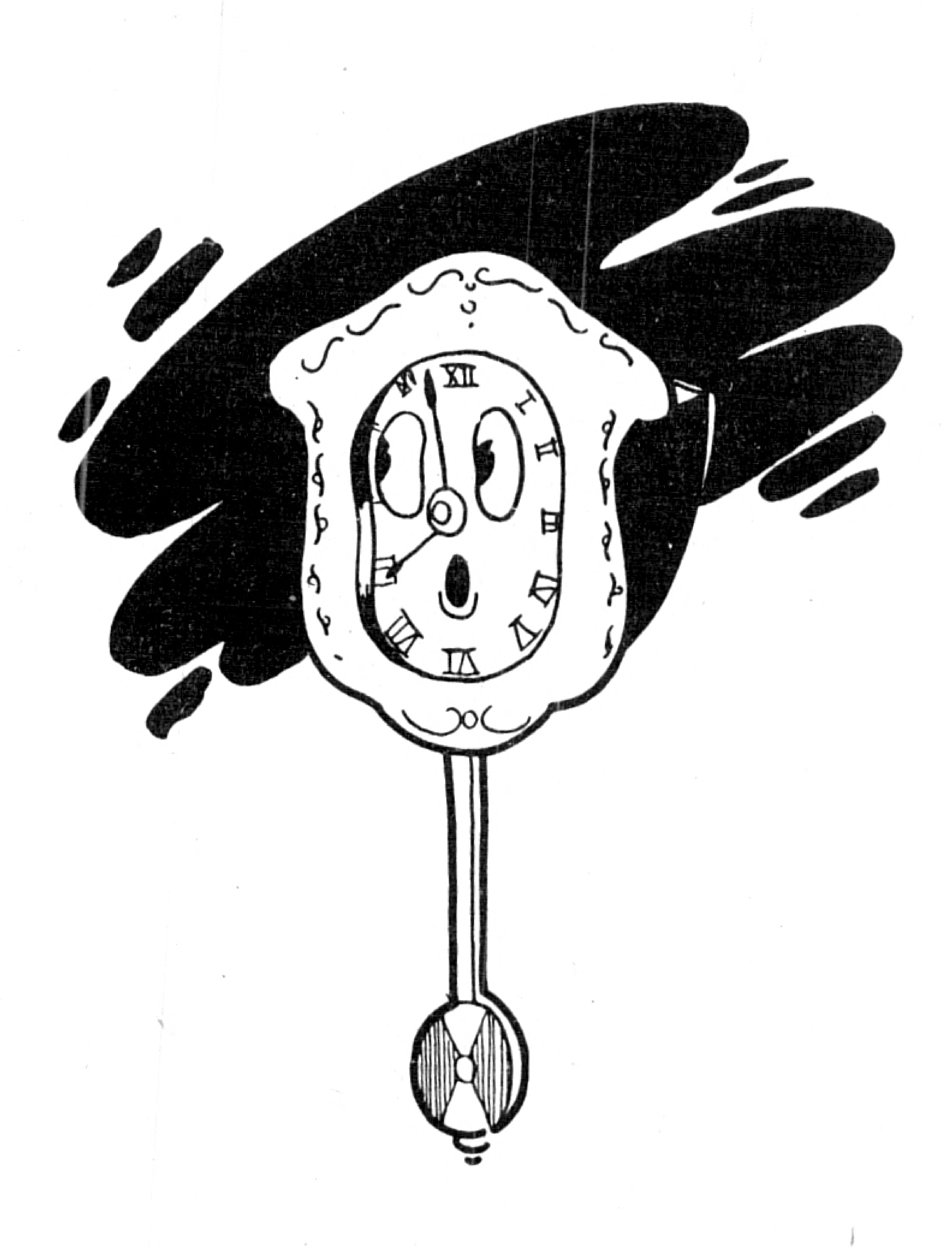
Pues, como iba diciendo de mi cuento,
Todos los circunstantes empezaron
A sacar sus Relojes en apoyo
De la verdad. Entonces advirtieron
Que uno tenía el cuarto, otro la media,
Otro las dos y treinta y seis minutos,
Este catorce más, aquél diez menos:
No hubo dos que conformes estuvieran.

En fin, todo eran dudas y cuestiones.
Pero a la Astronomía cabalmente
Era el amo de casa aficionado:
Y consultando luego su infalible,
Arreglado a una exacta meridiana,
Halló que eran las tres y dos minutos,



Con lo cual puso fin a la contienda,
Y concluyó diciendo: —¡Caballeros,
Si contra la verdad piensan que vale
Citar autoridades y opiniones,
Para todos las hay; mas, por fortuna,
Estas pueden ser muchas, y ella es una!

Los que piensan que con citar una autoridad, buena o mala, quedan disculpados de cualquier yerro, no advierten que la verdad no puede ser más que una, aunque las opiniones sean muchas.





LIX

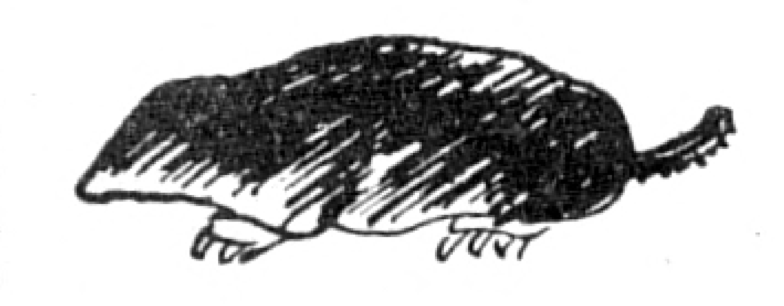
EL TOPO Y OTROS ANIMALES

Ciertos animalitos,
Todos de cuatro pies,
A la gallina ciega
Jugaban una vez.

Un Perrillo, una Zorra
Y un Ratón, que son tres;
Una Ardilla, una Liebre
Y un Mono, que son seis.

Este a todos vendaba
Los ojos, como que es
El que mejor se sabe
De las manos valer.

Oyó un Topo la bulla
Y dijo: —Pues, pardiez,
Que voy allá, y en rueda
Me he de meter también —.





Pidió que le admitiesen;
Y el Mono, muy cortés,
Se lo otorgó (sin duda,
Para hacer burla de él).

El Topo a cada paso
Daba veinte traspiés,
Porque tiene los ojos
Cubiertos de una piel.

Y a la primera vuelta,
Como era de creer,
Facilísimamente
Pillan a su merced.

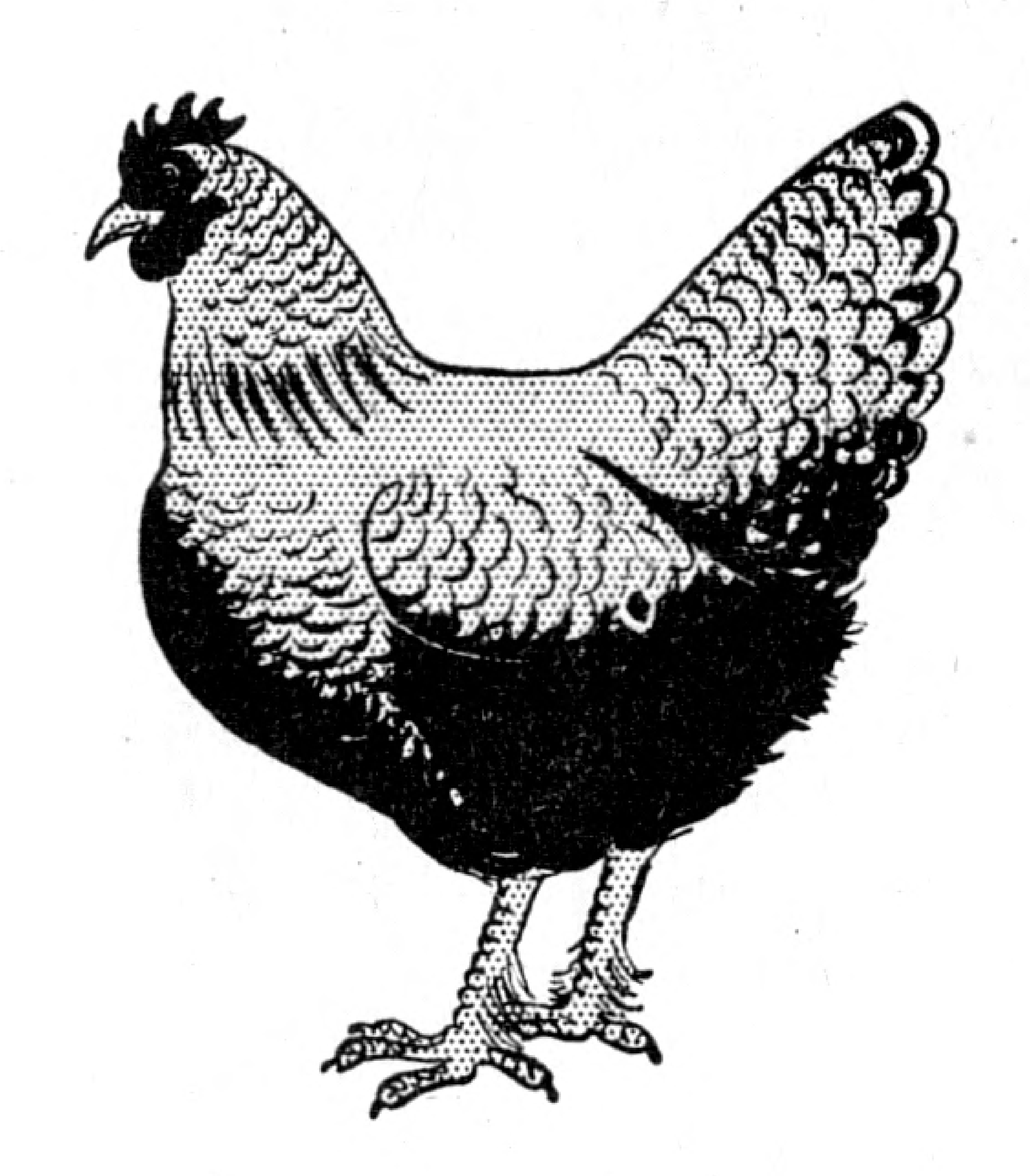
De ser gallina ciega
Le tocaba la vez;
Y ¿quién mejor podía
Hacer este papel?

Pero él, con disimulo
Por el bien parecer,
Dijo al Mono: —¿Qué hacemos?
Vaya, ¿me venda usted? —.

Si el que es ciego y lo sabe,
Aparenta que ve;
Quien sabe que es idiota,
¿Confesará que lo es?

Nadie confiesa su ignorancia, por más patente que ésta sea.

♣





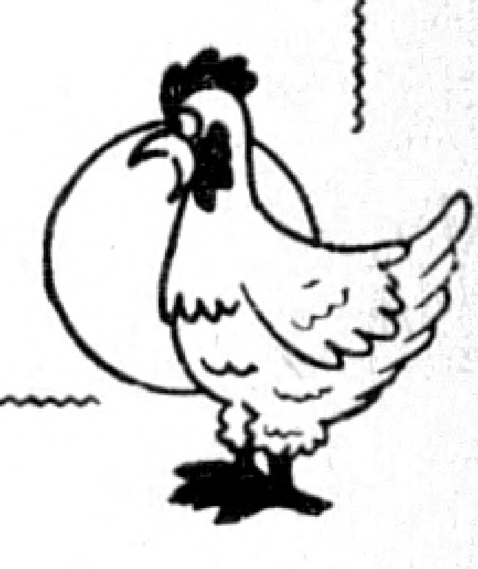
LX

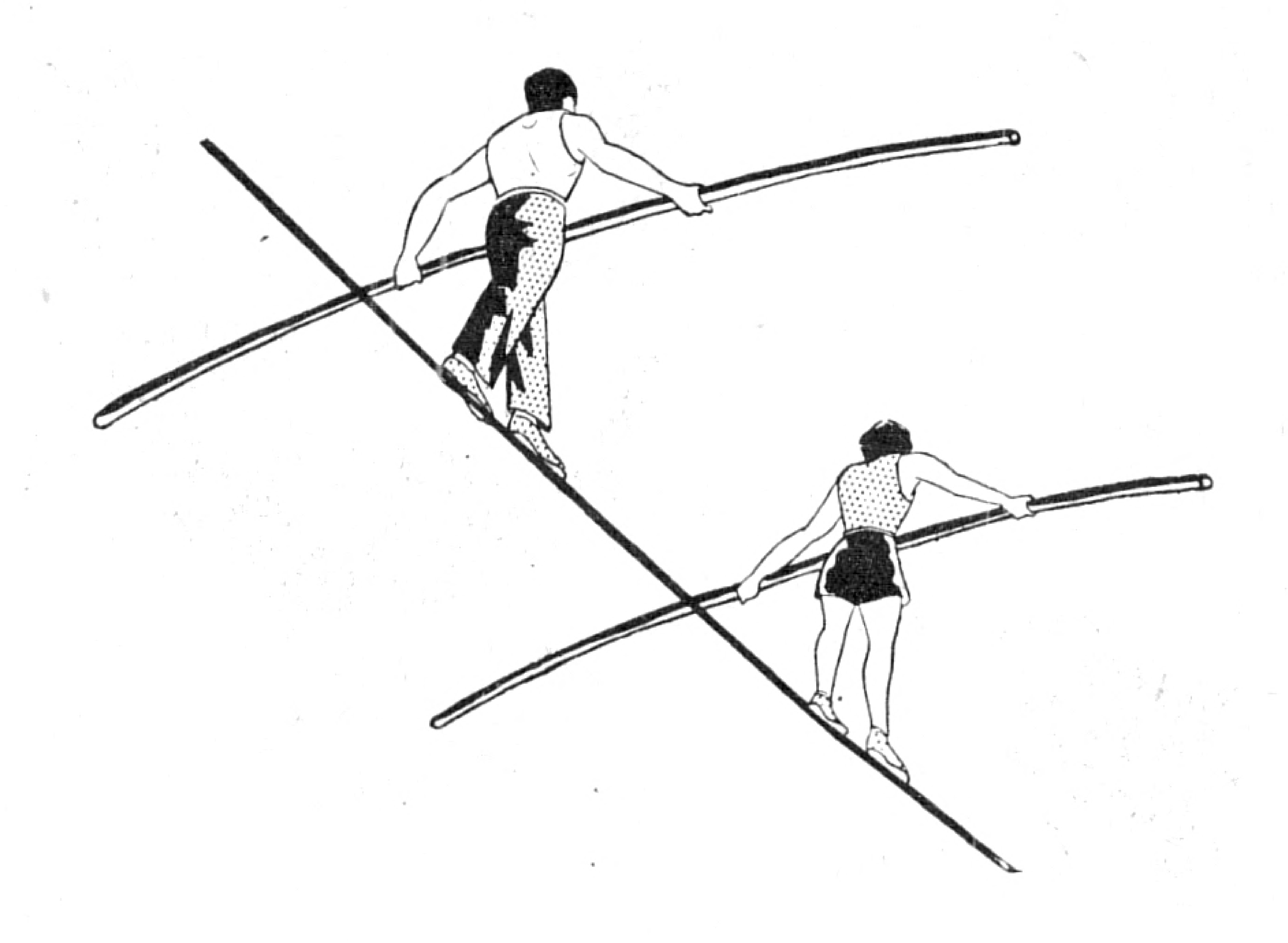
LA RANA Y LA GALLINA

Desde su charco una parlera Rana
Oyó cacarear a una Gallina.
—Vaya — le dijo —; no creyera, hermana,
Que fueras tan incómoda vecina.
Y con toda esa bulla, ¿qué hay de nuevo?
—Nada, sino anunciar que pongo un huevo.

—¿Un huevo solo? ¡Y alborotas tanto!
—Un huevo solo; sí, señora mía.
¿Te espantas de eso, cuando no me espanto
De oírte cómo graznas noche y día?
Yo, porque sirvo de algo, lo publico;
Tú, que de nada sirves, calla el pico.

Al que trabaja algo puede disimulársele que lo pregone; el que nada hace, debe callar.





LXI

EL VOLATIN Y SU MAESTRO

Mientras de un Volatín bastante diestro
Un principiante mozalbillo toma
Lecciones de bailar en la maroma,
Le dice: —Vea usted, señor Maestro,

Cuánto me estorba y cansa este gran palo
Que llamamos chorizo o contrapeso;
Cargar con un garrote largo y grueso
Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.

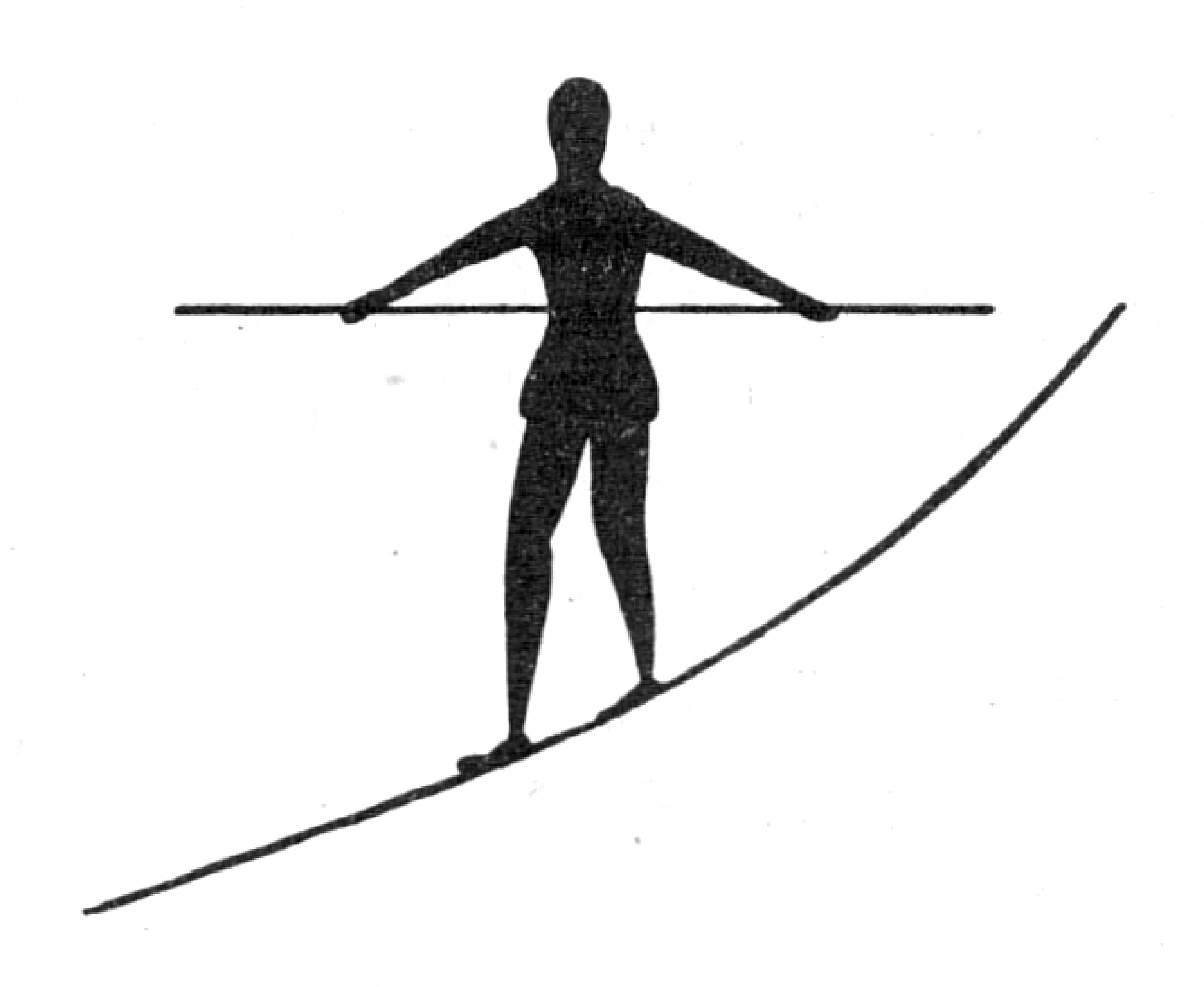
¿A qué fin quiere usted que me sujete,
Si no me faltan fuerzas ni soltura?
Por ejemplo, este paso, esta postura,
¿No la haré yo mejor sin el zoquete?

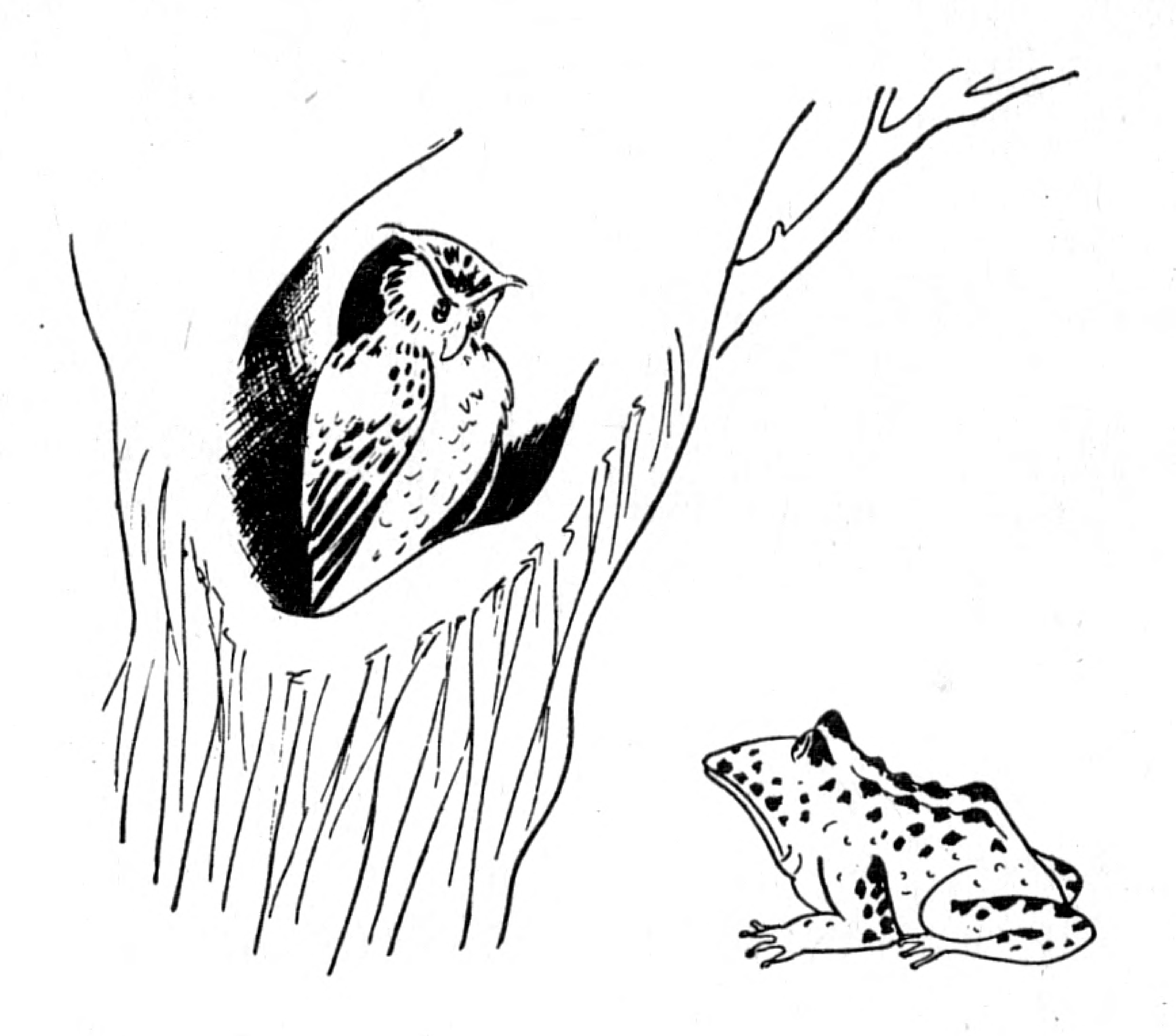


Tenga usted cuenta...No es difícil...nada...—.
Así decía, y suelta el contrapeso.
El equilibrio pierde... ¡Ay, Dios! ¿Qué es eso?
¿Qué ha de ser? Una buena costalada.

—¡Lo que es auxilio, juzgas embarazo,
Incauto joven! — el maestro dijo —.
¿Huyes del arte y método? Pues, hijo,
No ha de ser éste el último porrazo.

En ninguna facultad puede adelantar el que no se sujeta a principios.





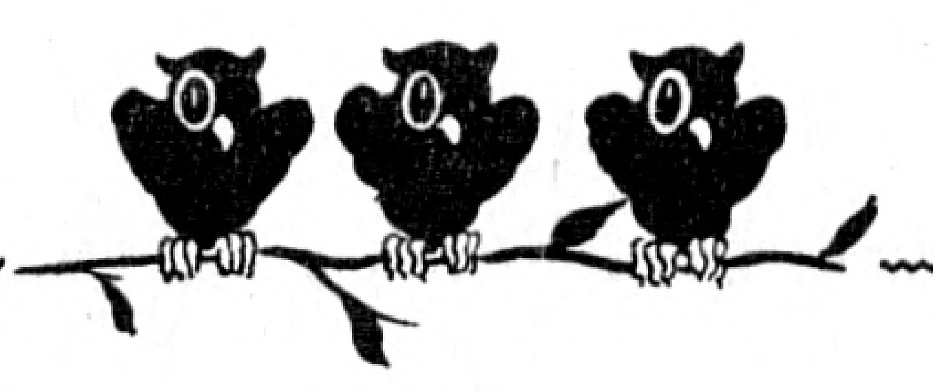
LXII

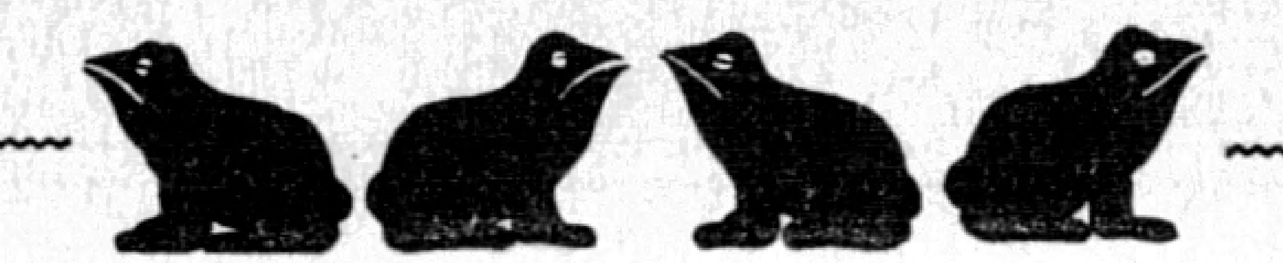
EL SAPO Y EL MOCHUELO

Escondido en el tronco de un árbol
Estaba un Mochuelo,
Y pasando no lejos un Sapo,
Le vió medio cuerpo.

—¡Ah de arriba, señor solitario!
—Dijo el tal escuerzo —;
Saque usted la cabeza, veamos
Si es bonito o feo.

—No presumo de mozo gallardo
—Respondió el de adentro —;
Y aun por eso a salir a lo claro
Apenas me atrevo.





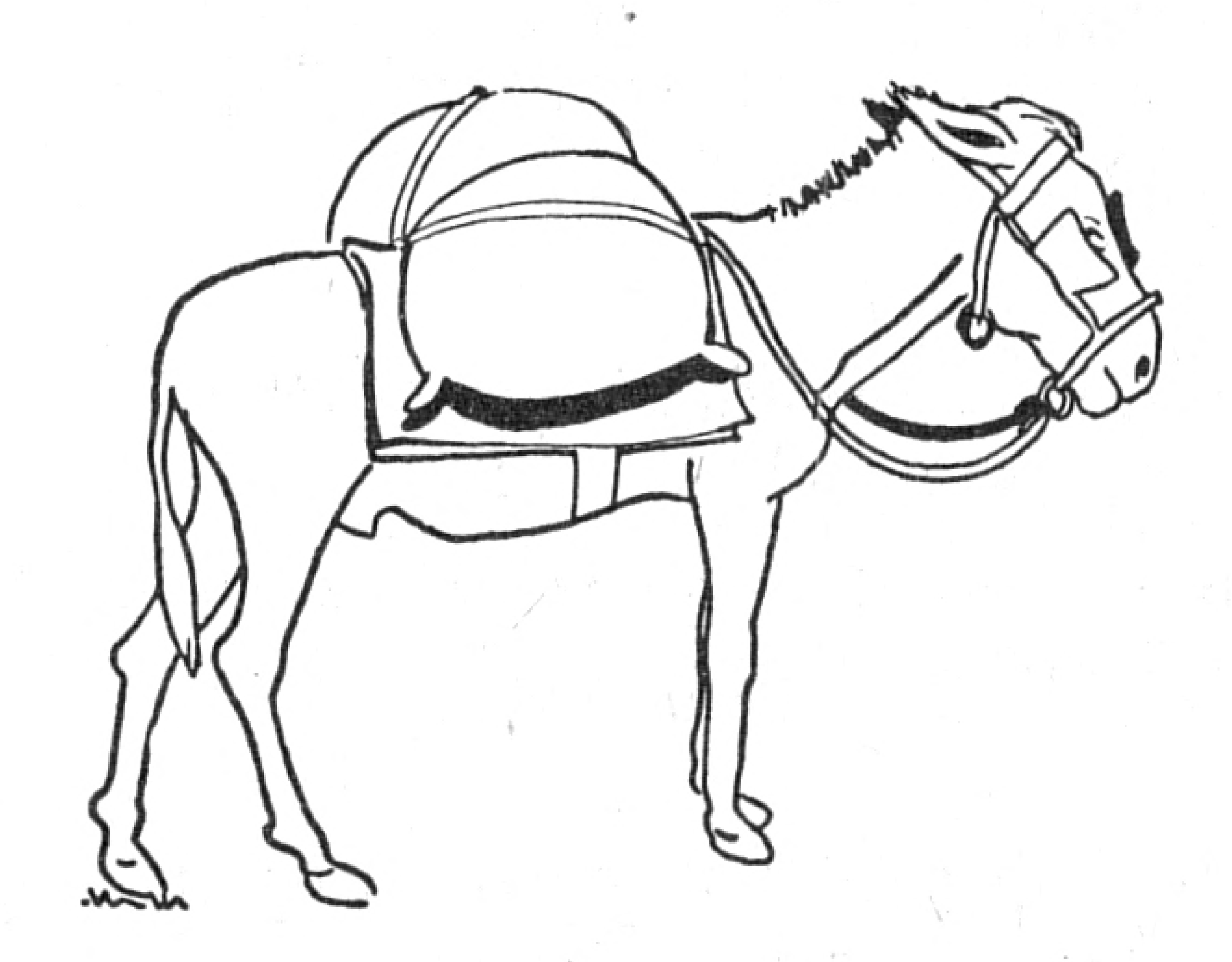
Pero usted, que de día su garbo
Nos viene luciendo,
¿No estuviera mejor agachado
En otro agujero? —.

¡Oh, qué pocos autores tomamos
Este buen consejo!
Siempre damos a luz, aunque malo,
Cuanto componemos.

Y tal vez fuera bien sepultarlo;
Pero, ¡ay, compañeros!,
Más queremos ser públicos Sapos
Que ocultos Mochuelos.

Hay pocos que den sus obras a luz con aquella desconfianza y temor que debe tener todo escritor que no esté poseído de vanidad.





LXIII

EL BURRO DEL ACEITERO



En cierta ocasión, un cuero
Lleno de aceite llevaba
Un Borrico que ayudaba
En su oficio a un Aceitero.

A paso un poco ligero
De noche en su cuadra entraba,
Y de una puerta en la aldaba
Se dió el porrazo más fiero.

—¡Ay! — clamó —. ¿No es cosa dura
Que tanto aceite acarree
Y tenga la cuadra oscura? —.

Me temo que se mosquee
De este cuento quien procura
Juntar libros que no lee.

¿Se mosquea? Bien está.
Pero este tal, ¿por ventura
Mis fábulas leerá?

A los que juntan muchos libros y ninguno leen.





LXIV

LA CONTIENDA DE LOS MOSQUITOS

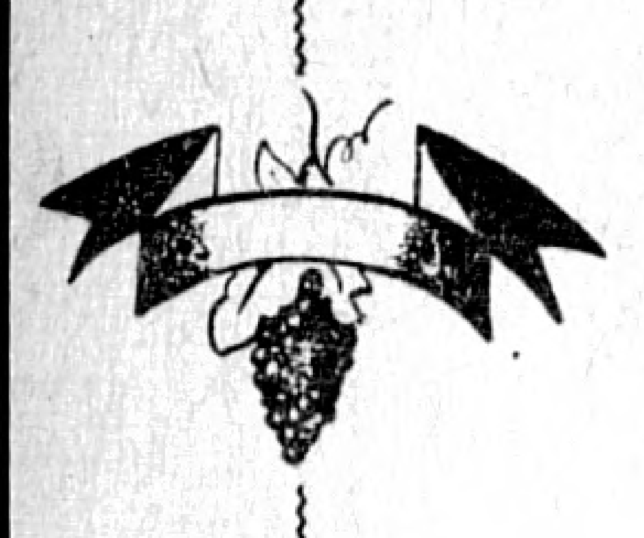
Diabólica refriega
Dentro de una bodega
Se trabó entre infinitos
Bebedores Mosquitos.
(Pero extraño una cosa:
Que el buen Villaviciosa
No hiciese en su *Mosquea*
Mención de esta pelea.)
Era el caso que muchos,
Expertos y machuchos,
Con tesón defendían
Que ya no se cogían
Aquellos vinos puros,
Generosos, maduros,
Gustosos y fragantes
Que se cogían antes.



En sentir de otros varios,
A esta opinión contrarios,
Los vinos excelentes
Eran los más recientes;
Y del opuesto bando
Se burlaban, culpando
Tales ponderaciones
Como declamaciones
De apasionados jueces,
Amigos de vejeces.

Al agudo zumbido
De uno u otro partido
Se hundía la bodega;
Cuando héteme que llega
Un anciano Mosquito,
Catador muy perito,
Y dice, echando un taco:
—¡Por vida del dios Baco!
(Entre ellos ya se sabe
Que es juramento grave.)
Donde yo estoy, ninguno
Dará más oportuno
Ni más fundado voto:
Cese ya el alboroto.
¿No ven que soy navarro,
Que en tonel, bota o jarro,
Barril, tinaja o cuba,
El jugo de la uva
Difícilmente evita
Mi cumplida visita?
¿Que en esto de catarle,
Distinguirle y juzgarle,



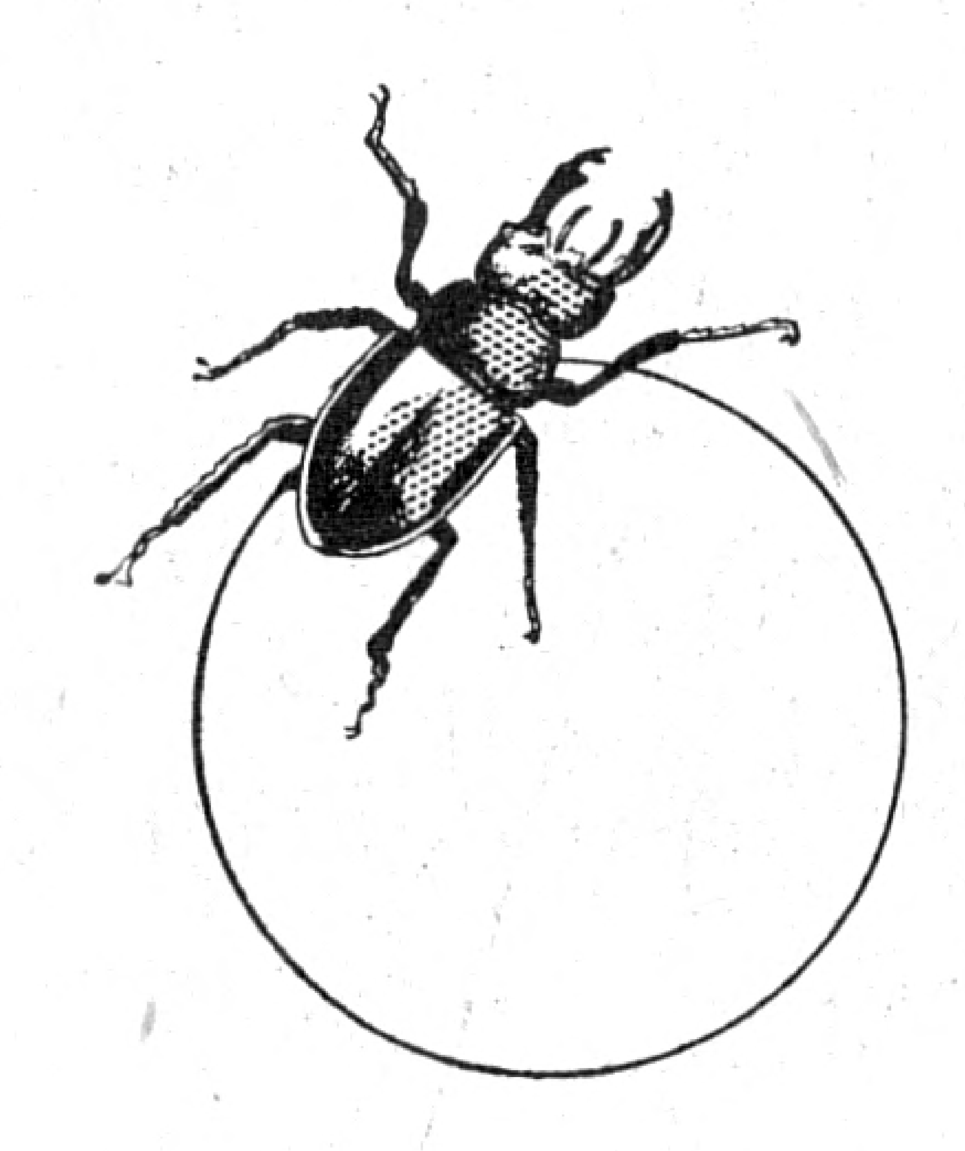

Puedo poner escuela
De Jerez a Tudela,
De Málaga a Peralta,
De Canarias a Malta,
De Oporto a Valdepeñas?
Sabed, por estas señas,
Que es un gran desatino
Pensar que todo vino
Que desde su cosecha
Cuenta larga la fecha,

Fué siempre aventajado.
Con el tiempo ha ganado
En bondad, no lo niego;
Pero si él, desde luego,
Mal vino hubiera sido,
Ya se hubiera torcido;
Y al fin, también había,
Lo mismo que en el día,
En los siglos pasados
Vinos avinagrados.
Al contrario, yo pruebo
A veces vino nuevo
Que apostarlas pudiera
Al mejor de otra era;
Y si muchos agostos
Pasan por ciertos mostos
De los que hoy se reprueban,
Puede ser que los beban
Por vinos exquisitos
Los futuros Mosquitos.
Basta ya de pendencia;
Y por final sentencia

El mal vino condeno;
Lo chupo cuando es bueno,
Y jamás averiguo
Si es moderno o antiguo —.

Mil doctos importunos,
Por lo antiguo los unos,
Otros por lo moderno,
Sigan litigio eterno.
Mi texto favorito
Será siempre el Mosquito.

Es igualmente injusta la preocupación exclusiva a favor de la literatura antigua o a favor de la moderna.





LXV

EL ESCARABAJO

Tengo para una fábula un asunto
Que pudiera muy bien..., pero algún día
Suele no estar la musa en punto.

Esto es lo que hoy me pasa con la mía,
Y regalo el asunto a quien tuviere
Más despierta que yo la fantasía;

Porque esto de hacer fábulas requiere
Que se oculte en los versos el trabajo;
Lo cual no sale siempre que uno quiere.

Será, pues, un pequeño Escarabajo
El héroe de la fábula dichosa,
Porque conviene un héroe vil y bajo.

De este insecto refieren una cosa:
Que, comiendo cualquiera porquería
Nunca pica las hojas de la rosa.

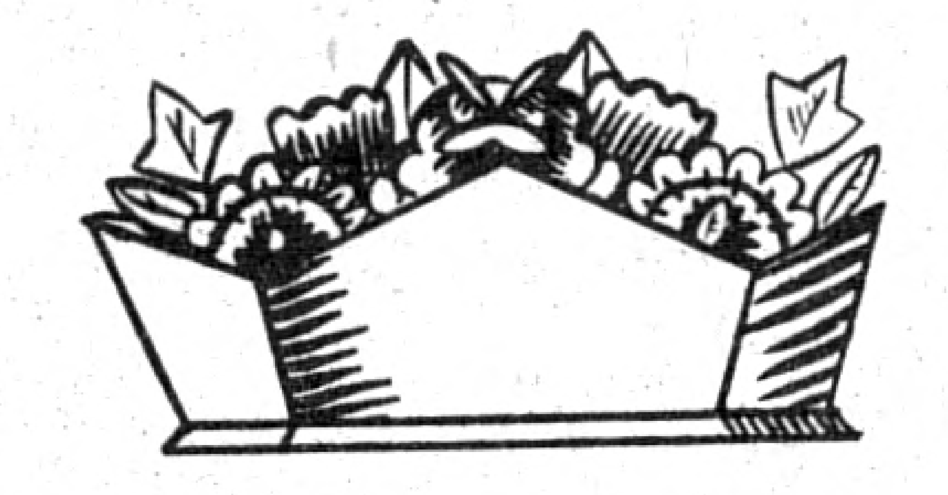
Aquí el autor, con toda su energía,
Irá explicando como Dios le ayude
Aquella extraordinaria antipatía.

La mollera es preciso que le sude
Para endilgar después una sentencia
Con que sepamos a lo que esto alude;

Y según le dictare su prudencia,
Echará circunloquios y primores,
Con tal que diga en la final sentencia:

Que así como la reina de las flores
Al sucio Escarabajo desagrada,
Así también a góticos doctores
Toda invención amena y delicada.

Lo delicado y ameno de las buenas letras no agrada a los que se entregan al estudio de una erudición pesada y de mal gusto.





LXVI

EL RICOTE ERUDITO

Hubo un Rico en Madrid (y aun dicen que era
Más necio que rico)
Cuya casa magnífica adornaban
Muebles exquisitos.

—¡Lástima que en vivienda tan preciosa
—Le dice un amigo —
Falte una librería! Bello adorno,
Util y preciso.

—Cierto — responde el otro —; ¡que esa idea
No me haya ocurrido!...
A tiempo estamos; el salón del norte
A este fin destino.

Que venga el ebanista y haga estantes
Capaces, pulidos
A toda costa. Luego trataremos
De comprar los libros —.



Ya tenemos estantes. —Pues ahora
—El buen hombre dijo —,
¡Echarme yo a buscar doce mil tomos!
¡No es mal ejercicio!

Perderé la chaveta, saldrán caros,
Y es obra de un siglo...
Pero, ¿no era mejor ponerlos todos
De cartón fingidos?

¡Ya se ve! ¿Por qué no? Para estos casos
Tengo un pintorcillo
Que escriba buenos rótulos e imite
Pasta y pergamino.

¡Manos a la labor! —. Libros curiosos,
Modernos y antiguos
Mandó pintar, y a más de los impresos,
Varios manuscritos.

El bendito señor repasó tanto
Sus tomos postizos,
Que aprendiendo los rótulos de muchos
Se creyó Erudito.

Pues, ¿qué más quieren los que sólo estudian
Títulos de libros,
Si con fingirlos de cartón pintado
Les sirven lo mismo?

Muchos fundan su ciencia únicamente en saber muchos títulos de libros.



LXVII

EL MEDICO, EL ENFERMO Y LA ENFERMEDAD

Batalla el Enfermo
Con la Enfermedad:
El por no morirse,
Y ella por matar.
Su vigor apuran
A cual puede más,
Sin haber certeza
De quién vencerá.

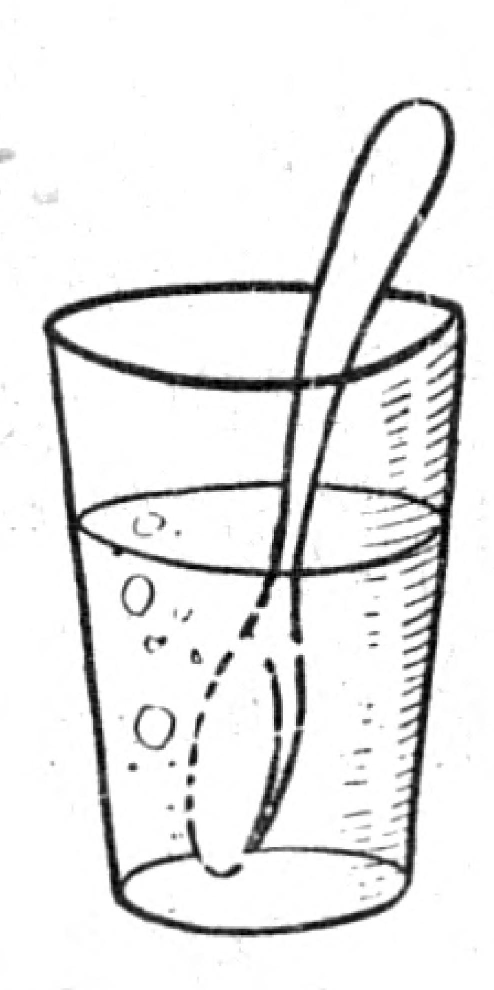
Un corto de vista,
En extremo tal
Que apenas los bultos
Puede divisar,
Con un palo quiere
Ponerlos en paz;
Garrotazo viene,
Garrotazo va:

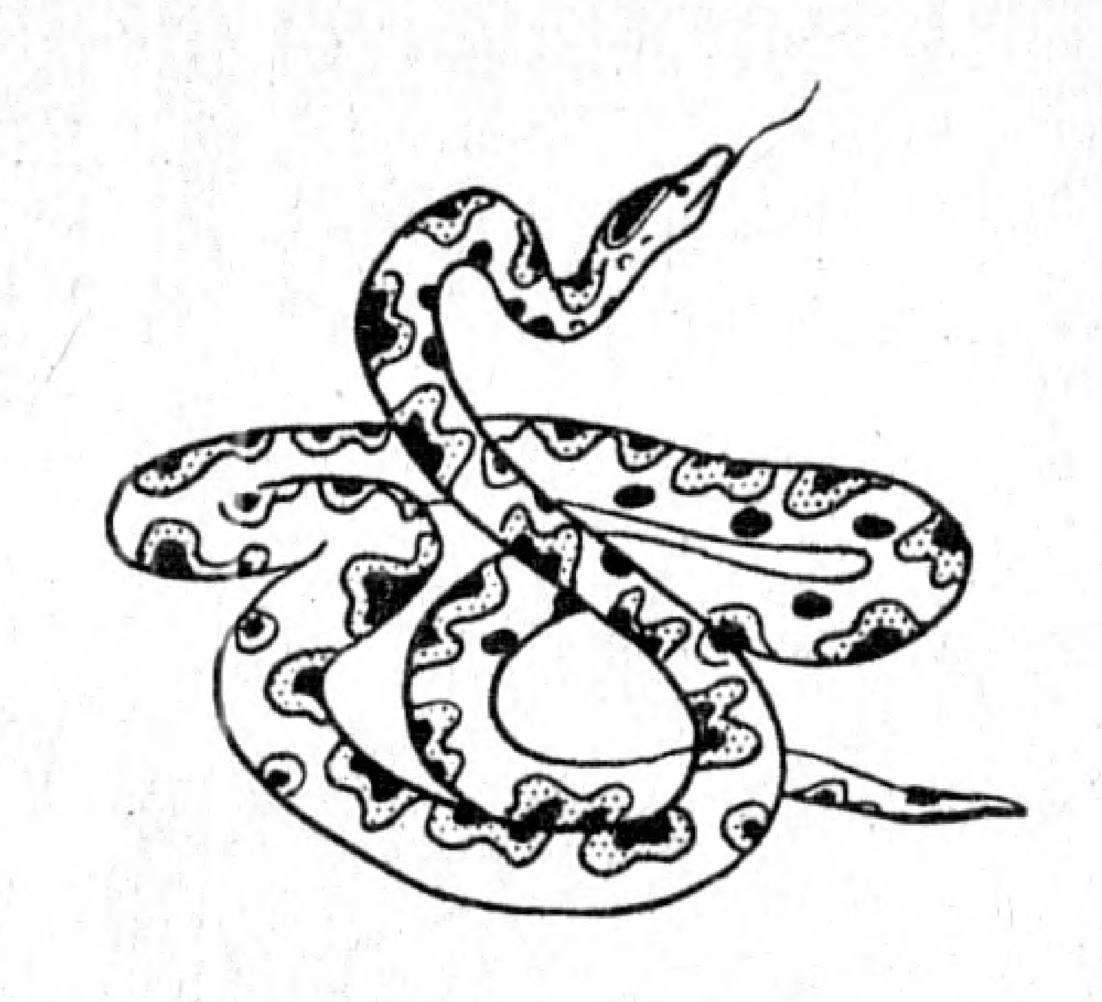
Si tal vez sacude
A la Enfermedad,
Se acredita el ciego
De lince sagaz;
Mas, si por desgracia
Al Enfermo da,
El ciego no es menos
Que un topo brutal.

¿Quién sabe cuál fuera
Más temeridad:
Dejarlos matarse,
O ir a meter paz ?

Antes que te dejes
Sangrar o purgar,
Esta es fabulilla
Muy medicinal.

Es peligroso encomendar asuntos graves a quien de cierto no se sabe si podrá llevarlos a feliz término.





LXVIII

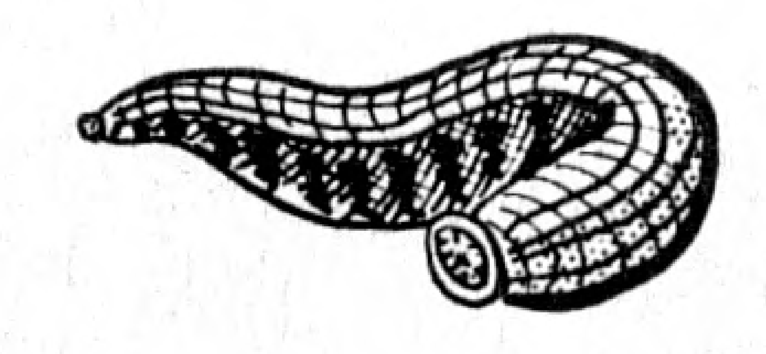
LA VIBORA Y LA SANGUIJUELA

—Aunque las dos picamos — dijo un día
La Víbora a la simple Sanguijuela —,
De tu boca reparo que se fía
El hombre, y de la mía se recela —.

La Chupona responde: —Ya, querida;
Mas no picamos de la misma suerte:
Yo, si pico a un enfermo, le doy vida.
Tú, picando al más sano, le das muerte —.

Vaya ahora de paso una advertencia:
Muchos censuran, sí, lector benigno;
Pero a fe que hay bastante diferencia
De un censor útil a un censor maligno.

No confundamos la buena crítica con la mala.




INDICE

COLECCION ORBE

QUEVEDO: Discursos festivos.
BRETÓN DE LOS HERREROS: Muérete ¡y verás!...
QUEVEDO: Poesías burlescas.
BELISARIO ROLDÁN: Rozas.
FRANCISCO DE ROJAS: Entre bobos anda el juego.
CERVANTES: Viaje del Parnaso.
QUEVEDO: Prosa festiva.
VÉLEZ DE GUEVARA: El diablo cojuelo.
JUAN DE VALDÉS: Diálogo de la lengua.
QUEVEDO: Sátiras poéticas.
SHAKESPEARE: El sueño de una noche de verano.
VÉLEZ DE GUEVARA: Reinar después de morir.
CALDERÓN DE LA BARCA: Guárdate del agua mansa.
QUEVEDO: Prosa satírica.
LOPE DE VEGA: La dama boba.
QUEVEDO: Escritos burlescos.
BELISARIO ROLDÁN: El puñal de los troveros.
QUEVEDO: Poesías amorosas.
LOPE DE VEGA: El mejor alcalde, el rey.
GARCILASO DE LA VEGA: Obras completas.
HARTZENBUSCH: Los polvos de la madre Celestina.
QUEVEDO: Marco Bruto.
CHÂTEAUBRIAND: Vida de Rancé.
SHAKESPEARE: Macbeth.
ERCKMANN - CHATRIAN: Recuerdos del canal de Suez
LONGO: Dafnis y Cloe (Traducción de Juan Valera).
SHAKESPEARE: El rey Lear.
BELISARIO ROLDÁN: El rosal de las ruinas.

ESTE
LIBRO
SE
TERMINO
DE
IMPRIMIR
EN
LOS
TALLERES
GRAFICOS
DE
LA
COMPAÑIA
GENERAL
FABRIL
FINANCIERA
IRIARTE
2035
BUENOS
AIRES
EL
DIA
30 DE
ABRIL
DE
1940


Biblioteca Mundial Sopena